IRENE M. ADLER

SHERLOCK, LUPIN Y YO

EN BUSCA DE ANASTASIA

Londres, 1919. Una pequeña multitud se ha reunido para el funeral del doctor Watson. Entre quienes rinden homenaje al ayudante del gran detective está Irene Adler, que casi cincuenta años después ha regresado para buscar a sus viejos amigos. Solo con ayuda de ellos podrá defender a Mila, su hija adoptiva, de las intenciones de un enemigo muy poderoso. ¿Conseguirá convencer al arisco e infalible Sherlock Holmes y a Arsène Lupin, el fascinante y poco fiable bandido, para recomponer el extraordinario trío de otros tiempos?

Irene Adler

En busca de Anastasia

Sherlock, Lupin y yo - 14

ePub r1.0
Titivillus 24.01.2020

Título original: *In cerca di Anastasia*
Irene Adler, 2016
Traducción: Miguel García

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

En busca de Anastasia

Capítulo 1 Lágrimas, ángeles e Hiedra

Capítulo 2 Todo ha cambiado

Capítulo 3 Entre pasado y futuro

Capítulo 4 Dos extranjeras en París

Capítulo 5 El flecha del Este

Capítulo 6 Habitación número 19

Capítulo 7 El taller del relojero

Capítulo 8 La última obra maestra de Franz

Capítulo 9 Como un oscuro cuento

Capítulo 10 Cita en el puerto

Capítulo 11 Un juego peligroso

Capítulo 12 La sombra de un dolor

Capítulo 13 Dos hermanas

Capítulo 1 El coro del miedo

Capítulo 15 Otra huida

Capítulo 16 Un último secreto

Capítulo 17 LLegada a Briony Lodge

Capítulo 18 Alguien con quien contar

CAPÍTULO 1

LÁGRIMAS, ÁNGELES Y HIEDRA

25 de junio de 1940.

Soplan vientos de tormenta. El mundo está a punto de cambiar de nuevo. No sé lo que ocurrirá, pero creo que nos esperan años difíciles y peligrosos.

He dejado Londres y no lo lamento en absoluto. Mi lugar ya no está allí. En realidad, no sé dónde está exactamente, pero mi intuición me dijo que viniera aquí, a Capri. No pienso que vaya a estar a salvo de esta nueva guerra, pero al menos hay mar. Todos los días me siento en la terraza de la casita que he alquilado sobre el acantilado, desde la que puedo admirar los farallones. Por encima de mí vuelan las gaviotas y la brisa trae la fragancia de los arbustos aromáticos y los limoneros. La anciana propietaria de la casa no habla ni una palabra de ninguna de las lenguas que conozco y, cuando piensa que no la veo, me lanza miradas de perplejidad. Creo que es porque llegué aquí sola y no llevo alianza en el dedo. Pero luego me prepara el café más rico que he tomado nunca y se asegura de que coma lo bastante y no me queme con el sol, por lo que al final he decidido que no podría tener mejor compañía.

He dejado atrás casi todo. Lo más difícil fue abandonar para siempre Briony Lodge, nuestra casa en el barrio londinense de Notting Hill, pero en la que, por lo demás, no vivía desde hacía muchos años. Y ya no hay nadie por quien valga la pena regresar. De todos los que vivimos allí en mis años más locos, emocionantes y desesperados, soy la única que sigue viva. Y lo que me liga a los desaparecidos no puede sino permanecer conmigo para siempre.

Igual que el nombre de la persona a la que más he querido, Irene Adler, mi madre adoptiva. El nombre con el que ahora firmo estas memorias: Irene Mila Adler.

Además de la ropa, la maleta con que llegué aquí solo contenía un joyero y los diarios de cuando tenía trece años. Así que me he decidido: ha llegado el momento de que cuente mi historia. Aquí, en esta terraza, mientras la naturaleza me ofrece su espectáculo trepidante y la humanidad amenaza de nuevo con autodestruirse, ¿qué otra cosa podría hacer con mi tiempo interrumpido e incierto que no sea poner en orden mis recuerdos?

Que quede claro que no lo hago por huir del presente. Al contrario. Cuanto más complicada se vuelve la realidad, más importante es mantener vivo lo que haya habido de hermoso e increíble para que no desaparezca con el paso de los años.

Sobre todo, si concierne a personas extraordinarias en circunstancias extraordinarias.

Incluso cuando los preliminares no parecían nada buenos.

Mi relación con Sherlock Holmes y Arsène Lupin comenzó, de hecho, de la peor de las maneras, cuando fui a Londres con Irene para convencerlos de que dejaran a un lado cincuenta años de resentimientos y rencores, y nos ayudaran en una misión desesperada.

Irene Adler caminaba por delante de mí, precediéndome en el cementerio londinense de Highgate. El vestido negro y la gravedad del momento hacían aún más solemne su figura recta y delgada. Era 1919, la Primera Guerra Mundial había dado paso a un nuevo amanecer de posibilidades y a pugnas más o menos disimuladas que, por buena voluntad, todos seguíamos llamando «paz». Aquel día, sin embargo, el peso de la historia cedía ante una tragedia privada que, aunque ocurrida a alguien que nunca había visto, me obligaba a reflexionar sobre mi lugar en el mundo.

—Ven, Mila, el funeral ya ha empezado.

—Sí, mamá —contesté espontáneamente.

No la llamaba así muy a menudo. Prefería usar su nombre de pila, y también a ella parecía gustarle más. Tal vez fuera por la diferencia de edad, que le hacía imposible pasar por mi madre biológica. O tal vez fuera porque durante toda su vida se había opuesto fieramente a las convenciones sociales. Pero, en un día así y

en un lugar así, usar aquel apelativo me hizo sentir mejor.

Ella se volvió hacia mí y me sonrió. La red de arrugas que se extendía por su rostro como una filigrana delataba sus sesenta y un años, pero le confería un encanto indefinido. Los pómulos altos y la mirada luminosa le daban una belleza que trascendía la edad y nunca se marchitaría. Yo le devolví la sonrisa, procurando ocultar el nerviosismo que me invadía por lo que nos aguardaba. El lugar en que estábamos contribuía a acentuar la sensación de excepcionalidad que experimentaba. En Highgate, los difuntos reposaban bajo lápidas de las formas más diversas, pero todas de una belleza sombría y doliente. Mientras seguía a Irene, dejé que aquellas melancólicas maravillas capturasen mi mirada. Ángeles llorosos, reclinados o con las alas abiertas. Rostros de mármol o bronce. Cruces de todas clases. La escultura de un gato adormilado sobre un cojín, haciendo guardia para siempre a su amo. Y la naturaleza alrededor, abrazándolo todo, libre para expresarse y atestiguar la presencia de la vida incluso en un sitio como aquel. Estaba observando una estatua recubierta de hiedra como si fuera una capa cuando, de improviso, percibí un movimiento entre los arbustos.

Se me escapó un gritito y dos ojos brillantes me miraron.

Un zorro.

Que desapareció en un instante.

—Aquí, en Londres, hay más animales salvajes de lo que se cree —dijo Irene al notar mi sorpresa.

Aceleré el paso para no quedarme atrás, empujada por un cauto optimismo. Quería tomar aquel fugaz encuentro como una buena señal.

—Hemos llegado —dijo Irene poco después, señalando a una multitud reunida delante de un ataúd cubierto de flores.

Yo puse cara de asombro. Debía de haber más de cien personas congregadas allí.

—Son curiosos —explicó Irene—. Gracias a los libros, se había vuelto notablemente famoso.

Y aunque obtener la información sobre la hora y el lugar de aquel funeral no había sido sencillo ni siquiera para nosotras, de algún modo la noticia se habría filtrado y había atraído a sus más apasionados seguidores. La multitud, no obstante, permanecía

respetuosamente unos pasos por detrás del reducido grupo que rodeaba el ataúd, sin duda formado por amigos y familiares, mientras el pastor pronunciaba las últimas palabras antes de que se procediera al enterramiento. Aquella no dejaba de ser la vieja y formal Inglaterra, muy diferente de Estados Unidos, que para entonces había aprendido a considerar mi casa.

Nosotras observábamos la escena a la debida distancia, desde un punto privilegiado a espaldas del pastor. No veía el nombre sobre la sobria lápida rectangular, pero lo conocía bien. Estaba en las tapas de muchos libros que había tomado prestados de la biblioteca de Irene para sumergirme durante horas en aventuras misteriosas y trepidantes.

John Watson.

Una mujer muy mayor, con las mejillas surcadas por lágrimas, nos vio y por un instante fijó su atención en Irene. El sombrerito con velo de mi madre adoptiva apenas ocultaba su cabello, que del rojo encendido de su juventud había pasado a ser de un anaranjado más claro con mechones blancos, cortado justo por debajo de las orejas conforme a la audaz moda norteamericana.

Yo ya estaba acostumbrada al efecto que producía Irene en las personas: ir por ahí con ella significaba resignarse a ser invisible. Al menos para mí, que no tenía ni trece años y luchaba cada día con un pelo de color paja, reacio a todo peinado decente, y que carecía casi por completo de formas, lo que convertía en insignificante todo vestido en cuanto me lo ponía.

—La señora Hudson, supongo —susurró Irene, que me señaló discretamente a la anciana. Ni yo ni Irene la habíamos visto nunca, pero la persona cuyo funeral se estaba oficiando había logrado que nos fuese tan familiar como una conocida.

Un hombre corpulento y ceñudo se volvió para ver qué había distraído a la señora.

—El inspector Lestrade —añadió Irene.

Contuve la respiración. Todo era cierto. Las personas que solo conocía por las narraciones estaban allí, delante de mí, como salidas de las páginas que había devorado. Miré a mi alrededor febrilmente.

—¡Él no está! —suspiré desilusionada.

Irene negó con la cabeza.

—Demasiada gente. No querrá dejarse ver.

—Entonces, ¿todo ha sido inútil? —le pregunté yo, asaltada por la preocupación.

Hasta aquel momento no había pensado ni por un segundo en la posibilidad de que el plan de Irene pudiera fracasar. Ella, sin embargo, me miró con una expresión indescifrable y con un gesto me dijo que esperara.

Así que asistimos de lejos mientras cubrían el féretro de tierra, los pocos amigos y familiares se marchaban tras un último pésame y también la pequeña multitud de curiosos se deshacía y se desperdigaba por los silenciosos senderos del cementerio de Highgate.

—¿Y ahora? —pregunté yo cuando aquel rincón se sumió otra vez en la quietud.

—Y ahora esperamos más —respondió Irene, serena.

Apoyé mi peso en uno y otro pie varias veces mientras empezaba a dolerme la espalda y sentía que los botines negros me oprimían fastidiosamente los tobillos. Después, un ruido repentino detrás de nosotras hizo que me volviera de sopetón.

Ante mí estaba un hombre que no tenía necesidad de presentarse. Era aún más alto de lo que imaginaba y su delgadez acentuaba la excepcional altura. El cuello blanco de la camisa, perfectamente almidonado, resaltaba contra el negro riguroso del traje, el abrigo y el sombrero de copa. Sujetaba en sus manos enguantadas un bastón, pero, observando su porte, tuve claro que solo era un hábito. O quizá, quién sabe, fuera un arma defensiva. También en su rostro, como en el de mi madre adoptiva, la edad había dejado su maraña de marcas, pero los ojos penetrantes y la nariz aguileña eran exactamente los descritos por el doctor Watson. Y por Irene.

—¿Señor Holmes? —pregunté con un hilo de voz mientras Irene seguía dándole la espalda.

Él titubeó un instante.

—¿Sí? —preguntó.

—Encantada de conocerlo, señor Holmes… —contesté, tratando de recomponerme y tendiéndole una mano con reverencia—. Es realmente… un placer. Mi madre me ha hablado muchísimo de usted.

Solo entonces se volvió Irene. Y como si solo ella existiera en el mundo, Sherlock no hizo caso de mi mano.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con brusquedad.

CAPÍTULO 2

TODO HA CAMBIADO

—Pero cómo, esto es Carnaby Street, así que tendría que estar aquí… —dijo Irene juntando las cejas.

Tras unos larguísimos instantes en los que estuve segura de que Sherlock Holmes daría media vuelta y se perdería en el horizonte, Irene lo había convencido para que nos acompañara a Shackleton Coffee House, el lugar en que ellos dos y Arsène Lupin, de jóvenes, se encontraban siempre para hablar de investigaciones y casos misteriosos.

Solo que Shackleton Coffee House ya no existía.

—Han pasado muchos años, todo ha cambiado en esta calle —respondió con sequedad Holmes, echando un vistazo en torno a él.

Ante nosotros había un salón de té a la moda, con lindas mesitas redondas cubiertas con manteles blancos de encaje. Yo sonreí; me parecía encantador, pero la sonrisa se me borró en el acto cuando vi la expresión desilusionada y amarga de mis acompañantes.

—Pero puesto que ya estamos aquí… —constató Sherlock, que señaló un sitio junto al ventanal.

—¿No quieres sentarte allí? Era nuestra mesa… —dijo Irene, señalando por su parte un rincón apartado.

—¡No seas infantil, no es «nuestra mesa»! Ni siquiera es el mismo local —rebatió Sherlock, y yo me mordí la lengua para no decirle que el comportamiento pueril parecía el suyo por el tono enrabietado con que había pronunciado aquellas palabras.

Pero no dejaba de ser el detective que había resuelto el misterio del perro de los Baskerville y el del carbunclo azul, un hombre en el que siempre iban de la mano genialidad y falta de templanza. Un aspecto de su carácter que el doctor Watson, en sus páginas, había

sabido describir con gran eficacia.

—Perdona que hayamos irrumpido en tu vida en este momento tan triste —dijo Irene cuando estuvimos sentados—, pero era la única manera en que estaba segura de localizarte. Necesito tu ayuda.

—¿Y qué te hace pensar que yo tenga intención de ayudarte?

Irene suspiró y su mirada vagó lejos. En cuanto a la mía, saltaba de ella a Sherlock Holmes sin lograr captar ningún signo de distensión.

—Tú sola concebiste el plan para escapar a Estados Unidos, dejándonos aquella ridícula carta —soltó Holmes de repente—. ¿Creías que Arsène y yo no te habríamos ayudado a escapar? ¿Acaso pensabas que te traicionaríamos?

Antes de que Sherlock se convirtiese en el célebre investigador que todo el mundo conocía, había sido un chiquillo despierto y curioso. Él e Irene, así como Arsène Lupin, habían sido grandes amigos. En su primera aventura se habían definido solemnemente como «el trío de la Dama Negra» y se habían jurado amistad eterna. Juntos habían resuelto muchos casos complicados, pero después Irene había roto aquel pacto huyendo a Estados Unidos.

—No fue así y lo sabes… Era hija del príncipe Félix von Hartzenberg de Bohemia, sus partidarios querían dar un golpe de Estado en mi nombre y proclamarme reina… Querían usarme como un peón en su maldito juego. Yo no podía permitirlo y tampoco podía permitir que vosotros os vieseis implicados en mi huida. No quería poneros en dificultades.

—Estás mintiendo —aseveró Holmes.

—Yo…

—Sé reconocer una mentira. Ahora mucho mejor que entonces.

Entre los dos volvió a hacerse el silencio. Era un silencio que pesaba como cincuenta años de granos cayendo en un reloj de arena. Duraba desde el momento en que Irene, legítima heredera del trono de Bohemia, había decidido no ocupar el puesto de quien había usurpado la corona de su padre Félix, tal como quería una facción de los nobles disidentes. Irene había decidido escapar, cambiar de nombre y de vida, y ser dueña de su destino. Y nunca se lo reveló a sus dos mejores amigos, Sherlock Holmes y Arsène Lupin. Es más, los había involucrado a sus espaldas, aprovechando

lo que sabía de ellos para que el plan fuese perfecto y sin fisuras, convirtiéndolos así en cómplices involuntarios.

Yo no podía soportar aquella tensión ni un segundo más.

—¡Mirad qué maravillosas telas! —dije en voz quizá demasiado alta, poniéndome en pie y señalando por el ventanal del salón de té una tienda en la acera de enfrente—. ¡Voy a echar un vistazo!

Sin esperar el permiso de Irene, y captando una mirada desdeñosa del señor Holmes, salí corriendo. Así tendrían oportunidad de hablar con más libertad. Solo esperaba que no terminaran atacándose con el cuchillo de la mantequilla. Las telas del escaparate eran, en realidad, bastante insignificantes, de colores tenues y desvaídos. Nada que ver con los tonos y las fantasías que podían encontrarse en Nueva York. Seguí fingiendo interés y di con un punto donde el reflejo en un espejo del centro del establecimiento me permitía ver cómo marchaban las cosas entre Irene y el señor Holmes.

Primero hubo un cruce de miradas rencorosas. Después vino una fase de discusión acalorada, que no me fue difícil imaginar llena de acusaciones y recriminaciones. Tras lo cual llegó el camarero para preguntarles qué iban a tomar y ambos se recompusieron al instante, borrando de su rostro cualquier expresión. De aquella frialdad derivó al fin una conversación tensa pero civilizada en la que Irene habló largamente, interrumpida por breves preguntas de Holmes. Cuando Irene se calló y se puso a remover el contenido de su taza, decidí que era el momento de volver con ellos.

Después de todo, estaban hablando de mí. No solo de mí, en realidad, sino de algo que me atañía de cerca. Algo que había sido educada desde siempre para mantener en secreto y que últimamente había adquirido nuevos y tenebrosos matices. Algo que me había arrancado de mi patria antes de que pudiese suceder lo irreparable. Algo que, cuando todo se había venido abajo, solo había dejado dos pequeños vestigios en el mundo. Mi hermana Asia y yo.

«No, no es justo decir que estén hablando de mí», me dije mientras me sentaba de nuevo a la mesa. No se trataba de mí. Yo estaba segura con Irene. Se trataba de Asia: era ella la que estaba en peligro, atrapada en un país hostil a la espera de que alguien fuese a salvarla. Y aquel alguien éramos nosotras, Irene y yo. Pero, para

hacerlo, necesitaríamos toda la ayuda posible, por eso estábamos allí.

—Te he pedido un chocolate, Mila —me dijo Irene, invitándome a tomarlo.

—¡Es mi bebida favorita! —dije, mirando la taza también de chocolate que tenía delante el señor Holmes y tratando de establecer algún tipo de vínculo entre él y yo—. ¿También a usted le encanta el chocolate?

—No, de ningún modo —respondió él, dando un sorbo y dejándome, como es comprensible, bastante confundida.

Irene esbozó una sonrisa y me explicó:

—El señor Holmes solo lo toma porque está convencido de que estimula las facultades intelectivas.

—Facultades que en tu caso deben de estar bastante apagadas, Irene, si crees que tengo intención de ayudaros —dijo Holmes—. Te presentas aquí con una historia propia de una novela barata y piensas que me muero de ganas por convertirme en uno de sus personajes.

—Mila está aquí, si no me crees a mí, créela a ella. Pon a trabajar tu famosa capacidad deductiva, mírala, y decide tú mismo si te estoy diciendo la verdad o no —replicó Irene.

Enderecé instintivamente la espalda con las manos apretadas en el regazo mientras Sherlock Holmes me escrutaba sin decir palabra, con una expresión tan neutra como la de una máscara funeraria. Sabía que podía deducir el pasado de una persona con solo echarle una ojeada, cosa que siempre me había parecido un don fascinante, pero verlo actuar conmigo me puso algo nerviosa.

—¿Y bien? —preguntó Irene cuando yo empezaba ya a sentirme realmente a disgusto—. ¿Vienes con nosotras?

—¿Por qué yo? —dijo él sin mostrar concesión alguna.

—Porque eres el mejor investigador del mundo y tus dotes podrían ser cruciales en este caso.

—Ya no soy investigador. Me he retirado, ahora me dedico a la apicultura.

—Fascinante —suspiró Irene, poco convencida.

—Ni te imaginas cuánto —replicó él con una sarcástica expresión de desafío—. Incluso he escrito un tratado al respecto.

—¿Sherlock Holmes, autor de libros? Lo que hay que oír… Pero

si incluso hiciste que tus aventuras las escribiera siempre… —comentó Irene entre risitas, pero se calló de golpe por delicadeza.

—Puedes pronunciar tranquilamente el nombre de Watson, Irene. John y yo no nos veíamos desde hacía tiempo. Y, lamentablemente, no gozaba de buena salud, tenía ya sus años…

—No digas eso, era más joven que nosotros.

—Me temo que ser más joven que nosotros no significa ser joven *tout court*, por desgracia —ironizó Holmes—. Y, de todas formas, volviendo al asunto de las historias, nunca he sido capaz de escribirlas. Comporta una cierta dosis de invención y a mí, en cambio, solo me interesa verificar hechos realmente acontecidos.

—¿Estás diciendo que lo que escribía Watson no siempre era cierto?

Sherlock Holmes sonrió enigmáticamente, pero no añadió nada.

Irene se aclaró la garganta, adoptó un tono de cortés interés y preguntó:

—¿Cómo se titula ese libro tuyo?

—*Manual práctico del criador de abejas, con algunas observaciones sobre la segregación de la reina* —respondió cumplidamente él.

Irene contuvo la risa, pero después la dejó estallar de repente.

—¿Segregación de la reina?

—Se hace sacando a la abeja reina para… —empezó a decir Sherlock, pero luego se interrumpió abruptamente al ver que Irene le sonreía y frunció el ceño.

—El Sherlock Holmes que yo recuerdo liberaba a las reinas —bromeó Irene, y por un momento tampoco el investigador retirado pudo quedarse serio—. De todos modos, nunca te di las gracias.

—¿Por haberme dejado embaucar de aquella manera en Farewell's Head? Te rogaría que, en nombre de nuestra vieja amistad, tuvieras la suficiente consideración hacia mí de no mencionarlo nunca más.

—En realidad quería agradecerte las halagadoras observaciones sobre mi inteligencia en el relato sobre el escándalo en Bohemia en que estuvimos envueltos hace años. Si no me equivoco, me definías como «la Mujer»… —dijo Irene, y en sus ojos brilló una luz coqueta que casi me hizo enrojecer a mí de rebote.

Sherlock soltó un suspiró seco y replicó:

—Fue John quien te definió así, dijo que a las lectoras les gustaría… ¡Como si eso pudiera importarme!

Este intercambio de pullas despertó mucho mi curiosidad. No había leído aquel relato; a saber por qué Irene me lo había tenido escondido.

La palabra «escándalo» me hacía pensar en algo escabroso que tal vez se me había ocultado debido a mi edad, y en aquel momento deseé con más fuerza aún descubrir de qué se trataría.

Irene sostuvo su mirada inflexible y huidiza al tiempo, sin que sus labios perdieran una media sonrisa divertida.

—Y antes de que me lo preguntes, porque sé que estás a punto de hacerlo, ¡esa absurda historia según la cual pedí una fotografía como pago a la conclusión del caso fue una pura invención de John! ¡Él y sus ridículos guiños a las lectoras! —exclamó Sherlock, haciendo callar a Irene antes incluso de que pudiera abrir la boca—. Pero me parece obvio que estamos divagando… Mi pregunta todavía no ha tenido respuesta: ¿por qué tendría que seguiros en esta absurda aventura?

—¡Porque a ti te gustan las aventuras absurdas! ¿No te aburres en Sussex, allí solo, retirado? ¡El aburrimiento siempre fue tu peor enemigo! —respondió Irene con las mejillas ardiendo.

—Mis abejas me tienen bastante ocupado. Y empiezo a apreciar, además, la vida sana y regulada. Mi difícil relación con el aburrimiento me ha llevado, en algunas ocasiones, a hacer cosas que… Pero no es apropiado hablar de ellas delante de una niña.

—¡No puedo creerlo, Sherlock Holmes ha envejecido! Y pensar que, al verte hace un momento, me has parecido el de siempre…

—Irene, han pasado muchos años. Y en un día como este es superfluo recordar la caducidad de la vida.

Las palabras salieron de mi boca de improviso:

—Señor Holmes, usted no debería tener ya ningún miedo… ¿No es cierto, acaso, que ya murió una vez?

Había leído aquella historia. Es más, me la sabía de memoria: para engañar al doctor Moriarty, su archienemigo, Sherlock Holmes incluso había fingido su muerte. Y antes de reaparecer con vida, ¡había pasado nada menos que tres años en los servicios secretos de Su Majestad!

Él me miró parpadeando, luego volvió a ignorarme

completamente y, dirigiéndose a Irene, exclamó:

—¡¿Le has dejado leer los libros de John a una niña?!

Aquella manera suya de tratarme como si no fuera del todo merecedora de su atención empezaba a ponerme un poco de los nervios.

—¿Por qué? ¿Es que contienen algo de lo que no esté orgulloso? —le pregunté, entrecruzando las manos bajo la barbilla y entornando los ojos para intentar poner la expresión de mujer de mundo que le había visto tantas veces a mi madre adoptiva.

—Son lecturas para un público adulto, llenas de crímenes, muertes violentas y brutalidades —insistió él con la mirada fija en Irene.

—Cosas, todas ellas, que nos atraían como las lámparas a las polillas cuando teníamos la edad de Mila —respondió Irene, encogiéndose de hombros.

—Irene me ha contado todo sobre ustedes. —Me entrometí de nuevo, clavándole una mirada intensa para que a su vez se decidiese a mirarme a los ojos y se dignara a contestarme—. Y… sí, he leído los libros del doctor Watson. Y aunque sé que en todo relato hay un poco de ficción, de algo estoy segura: usted no es la clase de persona indiferente a las injusticias.

Por fin había conseguido mi propósito: Sherlock Holmes me estaba mirando con sus ojos indagadores y penetrantes. Y, pese a mis facultades deductivas ciertamente inferiores a las suyas, no podía dejar de captar el profundo fastidio y la irritación que contraían sus finos labios.

—Usted, señorita, no sabe nada de mí —repuso, e hizo ademán de levantarse.

Irene trató de detenerlo poniéndole una mano en el brazo. Él se estremeció como si hubiese recibido una descarga eléctrica.

—Mañana en Dover. El transbordador de las doce y cuarenta y cinco —dijo Irene.

Sherlock se libró de su contacto, se puso en pie y nos dio la espalda, igual que en mis lúgubres previsiones de aquella mañana.

Me levanté también de golpe y casi hice caer la silla. Irene la sujetó con un gesto preciso antes de que golpeara el suelo.

—Al menos… ¡Al menos piénselo, señor Holmes! —le grité cuando, tras pagar la cuenta, el investigador se alejaba por las calles

de Londres sin despedirse de nosotras siquiera.

CAPÍTULO 3

ENTRE PASADO Y FUTURO

Aquel día, Irene y yo dimos un largo paseo en carruaje por Londres. De cada rincón de la ciudad, mi madre adoptiva tenía una anécdota que se remontaba a su juventud. Yo ya conocía sus aventuras: habían sido las historias que me contaba antes de dormirme desde el día en que había ido a buscarme a Ellis Island diciendo que ella se encargaría de que estuviera a salvo. Quizá por eso precisamente el ver aquellos lugares provocó en mí fuertes emociones.

Me fascinó la Royal Opera House, que por entonces se llamaba solamente Opera House, con sus columnas blancas que destacaban entre el intenso alboroto cotidiano de Covent Garden. Irene me había transmitido su pasión por el canto y, aunque yo no era ni remotamente igual de buena que ella, había crecido con el mito de los grandes teatros de ópera europeos.

—Aquí vi a la reina Victoria en persona —me explicó Irene con los ojos brillantes— y sobre todo tuve la suerte de oír la voz de la gran soprano Ophelia Merridew.

—Y hubo aquel homicidio… —añadí yo, que, además de la musical, había heredado también su pasión por los casos misteriosos.

—No aquí, sino en el hotel Albion, que se encuentra a unas dos millas en aquella dirección —dijo Irene señalando el este.

—Fue allí donde Arsène y tú os besasteis… —insinué, lanzándole una mirada furtiva.

Ella fingió pudor y respondió:

—Doy mi palabra de que no sé en qué me he equivocado… ¡Estoy educando a una hija realmente descarada!

Nos echamos a reír las dos. Luego ella reconoció:

—Hubo un tiempo en que fantaseé con que Arsène fuera mi novio.

—¿Y Sherlock?

—Él siempre se comportó como si el amor no le interesara.

—Pero tú le interesabas.

—¡Aquel precisamente era el problema! Creo que buscó la manera de complicarlo todo cuando… Pero ¿qué estoy haciendo? No debería hablar de esto contigo, tú eres demasiado…

—¿Joven?

—¡Pues sí, joven!

—¡Igual de joven que tú cuando besaste a Arsène!

—¡Fue él quien me besó a mí!

—No veo cómo influye eso en la cuestión de la edad.

Irene resopló, arrugando burlonamente la frente en una falsa expresión de indignación.

—¡Hay veces en que hablas igual que Sherlock! Vosotros dos os llevaríais bien si consiguiéramos que se uniera a nosotras.

Un escalofrío me corrió por la espalda. Sherlock Holmes era un genio sin igual en el campo de la investigación y durante todo el viaje a Londres yo había estado terriblemente emocionada ante la idea de conocerlo. De todos modos, cuando por fin se había producido el tan anhelado encuentro, me había sentido tratada como una invitada indeseada. Peor aún: como una mancha de moho aparecida en una preciada tapicería. Me habría gustado cogerle antipatía automáticamente, pero en cambio…

—¿Te apetece ir a visitar Baker Street, Irene? —le pregunté de golpe.

—Mira que él ya no vive allí… —contestó ella.

—Lo sé, pero ¿no sientes curiosidad por ver cómo es el celebérrimo apartamento del número 221B?

Irene, sin dudarlo ni un momento, dio instrucciones al cochero y en menos de media hora llegamos a nuestro destino.

O casi.

—Sería mejor que se bajaran aquí, señoras —nos dijo el cochero.

La calle estaba intransitable por un increíble ir y venir de gente.

—Pero ¿qué hacen? —pregunté perpleja. Luego vi flores en las manos de los transeúntes y lo comprendí—: ¡Están rindiéndole homenaje al doctor Watson!

Irene y yo, sin bajar del carruaje, observamos de lejos el alcance del mito de aquel hombre áspero y seco con el que habíamos estado poco antes, que respondía al nombre de Sherlock Holmes pero que para muchos era, sobre todo, el héroe cuyas hazañas había narrado un humilde y voluntarioso médico aficionado a la literatura.

—Ahora hay un último lugar que me gustaría enseñarte —dijo Irene tras unos minutos de respetuoso silencio.

Estaba a solo media milla de allí y, cuanto más se acercaba nuestro carruaje, más veía crecer las expectativas en el rostro de Irene. Pero, cuando el vehículo se detuvo en el lugar que ella indicó y ambas bajamos a la acera, la cara de mi madre adoptiva se tiñó de desconcierto, rabia y, por último, tristeza.

—¿Qué te turba así? —le pregunté, aunque ya lo había adivinado. En el lugar en que estaban puestos los ojos incrédulos de Irene había un novísimo edificio de estilo modernista.

—Mi casa… ya no está —susurró ella.

Sentí que se me encogía el corazón. Comprendía perfectamente su dolor, tampoco mi casa existía ya. Estaba a cientos de millas de allí y ni siquiera habría podido mirarla desde fuera.

—Tenía una vista espectacular de los tejados de la ciudad y, esforzándose un poco, hasta se podía distinguir el reloj del Big Ben —recordó Irene, sonriendo de pronto. Quizá se hubiese dado cuenta de mi decaimiento y no quisiese traer a mi mente malos recuerdos. O quizá se trataba de que la mujer más orgullosa que conocía no era capaz de mostrarse frágil o infeliz durante más de unos segundos.

»Mi habitación, además, disponía de un práctico acceso por la escalera de servicio, que subía un piso más, hasta las buhardillas, donde se encontraba el cuarto del señor Nelson, y por abajo llegaba al patio, lo que me permitía algunas salidas no autorizadas —añadió mientras sus dedos finos trazaban recorridos imaginarios por escaleras ya desaparecidas, hasta los tejados y más allá, para descender luego, volando como un pájaro, a las calles de la ciudad.

Y también sus palabras se pusieron a correr y me habló por enésima vez de Leopold, su extraordinario padre adoptivo de bigote engominado y carácter incurablemente optimista. Había sido él quien había comprado aquella casa y hacía ya mucho tiempo que había fallecido, pero no sin antes haber organizado la venta de

todas las propiedades familiares en la vieja Europa para enviar lo obtenido a su hija, que había huido con su ayuda al otro lado del océano.

Quisiera regalarte el futuro, no encadenarte al pasado, le había dejado escrito en su testamento.

Al recordar aquella frase, los ojos se le humedecieron.

Yo la cogí del brazo, con fuerza.

—¡Pues entonces vayamos a coger ese futuro! —le susurré al oído.

Irene me miró. Me pareció ver cómo el brillo de las lágrimas se transformaba en aquella luz especial que enciende la mirada de un niño revoltoso.

—Tienes razón… ¡Y vayamos aprisa! —respondió sonriendo—. Si no, ¡perderemos el tren para Dover!

Recogimos nuestro equipaje en el hotel, cercano a la estación Victoria, y emprendimos la etapa siguiente. Nos alojamos en una modesta pensión con vistas a los nada modestos acantilados blancos por los que aquella localidad costera es famosa en todo el mundo. Cenamos unos delicados lenguados de Dover a la mantequilla y nos acostamos temprano. Pero el ruido del mar, con su invitante y pavorosa promesa de nuevas aventuras, casi no me dejó dormir. Estábamos a punto de embarcarnos hacia una misión quizá imposible y todavía no sabíamos si los excepcionales aliados que habíamos elegido para tener alguna oportunidad más estarían dispuestos a ayudarnos.

—¡Ese insoportable misógino! —exclamó Irene, apretando tanto la barandilla de cubierta que los nudillos se le pusieron blancos, mientras el transbordador se alejaba de la costa sin que Sherlock Holmes hubiera dado señales de vida.

«El que siente aversión por las mujeres», pensé, recordando la primera vez que le había oído aquella palabra a Irene y había buscado la definición en el diccionario. Pero después no me había costado mucho descubrir que los misóginos eran numerosos incluso en un lugar que consideraba la vanguardia de la modernidad. En todo caso, Irene no era la clase de mujer que se dejara frenar por prejuicios así. Era tan independiente que, por ejemplo, había tomado clases de conducir automóviles y haría que yo también aprendiera cuando alcanzara la edad debida. Consideraba una

bobada que se mirara mal a las mujeres si se atrevían a usar pantalones, así que me había prometido que tarde o temprano nos presentaríamos con esmoquin en una fiesta de etiqueta. Pero, por mucho que siguiera y apoyara con fervor sus iniciativas para la igualdad entre hombre y mujer, me pareció que en aquel caso la misoginia no tenía demasiado que ver.

—Han pasado muchos años, Irene. Debías de habértelo esperado.

—No digas eso.

—Eso, ¿el qué?

—No digas que han pasado muchos años —me rogó Irene, sonriente—. Yo me siento aún como una chiquilla.

—Y, si puedo decírtelo, por cómo te observaba… también él parece pensar lo mismo —respondí yo, lanzándole una mirada tal vez un poco impertinente.

—¿Quién? ¿Sherlock? No me miraba a mí —replicó Irene—. Él odia a las mujeres, te lo he dicho, es un viejo misógino momificado. ¡Probablemente solo estaba estudiándome para saber, por mi indumentaria, cómo me ha ido en los cincuenta años en que no nos hemos visto!

—Dudo que haya sido capaz, ni siquiera con sus extraordinarias facultades.

—Tú no lo conoces.

—Y, de todos modos, en mi opinión, no es que la tenga tomada con las mujeres, o quizá sí, pero… —Me interrumpí para afinar más mis pensamientos—. En fin, yo solo conozco al señor Holmes por lo que me has contado y por los relatos del doctor Watson, que según parece eran también bastante fantasiosos, pero si tuviera que apostar diría que sigue enfadado contigo —concluí sin más rodeos.

Irene me miró atónita, parpadeando, y respondió:

—¡A veces sabes ser realmente desalentadora, Mila!

Me mordí el labio inferior para contener una risita y ella suspiró.

—Monté un buen lío hace cincuenta años… En el fondo me lo esperaba, ¿sabes? Pensaba que Sherlock reaccionaría así. Siempre fue terriblemente orgulloso…

—¿Y Arsène Lupin?

—Por cómo lo recuerdo, es un poco más… imprevisible. Pero tampoco él ha respondido a mi carta —reflexionó Irene con otro

pequeño suspiro.

—¿Por qué vamos a Francia, entonces?

—No quiero dejar nada sin intentar. Y en la carta le informaba del horario de salida de nuestro tren de la estación del Este, en París, así que, si quiere aparecer, ¡todavía está a tiempo!

Irene pronunció las últimas palabras de forma enérgica y rápida, como si tuvieran el poder de acabar con dudas y amarguras.

Cuando el transbordador atracó por fin en Calais, por un instante esperé que Sherlock Holmes nos diera la sorpresa de aparecer de improviso, como por arte de magia.

La ilusión no me duró mucho.

—¡Mila! —me llamó Irene mientras me demoraba observando bajar a los últimos pasajeros.

Negué con la cabeza. Tenía razón, así que la seguí.

Un joven mozo venía detrás de nosotras empujando un carrito con nuestro equipaje. Para aquel viaje habíamos decidido llevar lo mínimo indispensable, pero las costumbres de aquel tiempo, si bien mitigadas por la guerra recién terminada que había hecho más sencilla y práctica la moda femenina, exigían vestidos distintos para cada ocasión que pudiera presentarse en la vida social de una señora. Aquel día yo llevaba un vestido de viaje de aspecto marinero, con falda hasta la pantorrilla que dejaba ver mis medias blancas y un par de botitas de cordones asimismo blancas. Completaba el conjunto un sombrerito de paja para evitar que el sol tiñese de rojo mi sensible nariz.

—Quisiera un automóvil —dijo Irene en perfecto francés al alquilador de transportes que, de los pocos del puerto, exhibía los modelos más recientes de vehículos a motor.

—Por supuesto, enseguida mando llamar al *chauffeur*.

—No, gracias, nada de *chauffeur*, prefiero conducir yo.

Yo me regocijaba en silencio con la escena, preparada para lo que ocurriría al cabo de poco. Como preveía, el alquilador abrió mucho los ojos, atónito, y farfulló:

—Pero… pero… ¡Usted es una señora!

—¿Y qué?

—Bueno, las señoras no… no…

—Ojo con lo que va a decir, señor mío —respondió Irene, y el hombre enmudeció.

Lo oí refunfuñar mientras nos alejábamos, pero el alegre petardeo del motor tapó inmediatamente sus petulantes recriminaciones.

Irene agarraba el volante con gran seguridad, sonriente. Conducir siempre la ponía de excelente humor. Yo tenía más reparos, en vista de que su estilo de conducción era, como mínimo, muy vivo, por no decir temerario. O quizá fuese yo la que todavía albergaba un irracional e inmotivado temor a aquellos carruajes motorizados. Fuera como fuese, me calé bien el sombrerito en la cabeza, sujetándolo con una mano, y confié en llegar entera a nuestro destino. ¡Habría sido una pena el haber hecho todo aquel viaje para acabar estrellándonos contra un árbol entre Calais y París!

Acabábamos de describir una amplia curva entre campos cuando Irene anunció:

—¡Mila, he tenido una idea! Haremos un pequeño alto en el camino.

—Pero ¿no llegaremos tarde a París entonces? —pregunté, pese a considerar con alivio la idea de romper con una pausa nuestra carrera a bordo de aquel bólido infernal.

—No, solo es un ligero desvío. Solo tenemos que seguir por la costa un poco más, te llevo a Boulogne —me respondió ella.

—¿Y qué hay en Boulogne?

—¡El Grand Cochon, cielo! Un restaurante al que me llevó Leopold cuando partimos para Londres la primera vez.

Yo me mordí la lengua, insegura sobre si decir o no lo que tenía en mente. Me habría disgustado enormemente que, después de Shackleton Coffee House y la vieja casa de Aldford Street, Irene fuera a llevarse otra desilusión. Traté de medir mis palabras.

—¿Y tú crees que aún existirá ese restaurante?

Irene se encogió de hombros.

—Bueno, Leopold me llevó allí precisamente porque su restaurante favorito de la comarca había cerrado… ¡Quiero pensar que el Grand Cochon es imperecedero!

Una sonrisa me curvó los labios. Era una especie de rito supersticioso, un desvío despreocupado y de buen augurio en nuestro periplo lleno de incertidumbre.

—¡Ya llegamos, señor *cochon*! —bromeé, ondeando el

sombrerito hacia el cielo, e Irene hizo sonar alegremente el claxon.

CAPÍTULO 4

DOS EXTRANJERAS EN PARÍS

A la mañana siguiente, París nos recibió con un cálido sol repleto de promesas. Nos alojamos en el hotel Majestic, cerca de la Ópera, y yo no dejaba de mirarlo todo, conquistada por los estucos, los grandes ventanales, las gigantescas alfombras persas y las plantas que adornaban aquel lugar tan suntuoso.

—Se avecinan días difíciles, no hay nada malo en mimarse un poco… —comentó Irene en el desayuno mientras untaba con mermelada un trozo de *baguette*.

Yo le di con gusto un mordisco a una napolitana y saboreé el hojaldre con mantequilla y el goloso relleno. No era que me hubiese despertado hambrienta, sino más bien que nuestra pequeña búsqueda en Boulogne había dado fruto: habíamos encontrado el restaurante descubierto por Irene y Leopold muchos años antes y habíamos degustado una sólida comida de marineros en el Grand Cochon. Éramos las únicas mujeres, rodeadas por un enjambre de miradas curiosas.

De todos modos, como tenía desde siempre debilidad por los dulces, aquella mañana no me refrené y probé también un trozo de *baguette* con una cucharada de mermelada de fresa, mientras Irene pensaba en cómo pasar nuestro día de espera en la ciudad. Como en Londres, teníamos intención de detenernos un par de días para darle tiempo a aparecer a Arsène Lupin, como habíamos hecho con Sherlock. La triste circunstancia del funeral de Watson nos había permitido tener un lugar en el que buscar al detective. En cuanto a *monsieur* Lupin, el hecho de que fuese un personaje casi igual de

famoso, pero seguramente más «huidizo», no nos facilitaba el establecer contacto con él de una manera tan fácil. Así que no nos quedaba más que esperar y confiar en que aceptara nuestra petición.

—Lo he decidido: después del Grand Cochon, ¡basta de darle vueltas al pasado! —dijo Irene, resuelta—. Hoy quiero hacer algo nuevo y ver algo moderno.

Yo asentí. Irene había vivido en París en su juventud, y también allí había vivido aventuras misteriosas con sus amigos. Pero París era asimismo el lugar que más le recordaba de todos a Geneviève, su madre adoptiva. La verdadera madre de Irene, Sophie Alexandra von Klemnitz, mujer secreta del rey de Bohemia Félix von Hartzenberg, había entregado a su hija al matrimonio Geneviève y Leopold Adler cuando el golpe de Estado dado por el usurpador Gustav von Ormstein y el asesinato de Félix habían puesto en peligro su vida.

Pero, mientras que con Leopold, Irene siempre se había llevado bien, al menos por lo que contaba, entre ella y Geneviève debía de haber habido no pocas incomprensiones. Yo estaba segura, aunque Irene nunca lo hubiese dicho abiertamente. A decir verdad, nunca hablaba de Geneviève como no fuera para hacer breves y vagos comentarios, y siempre contrayendo un poco los labios como si se recrudeciera una antigua pena.

Y eso me traía a la memoria toda una serie de recuerdos confusos, lejanos y dolorosos que se remontaban a la época anterior a mi encuentro con Irene. A cuando la palabra «mamá» tenía una connotación más oscura y penosa también para mí. Decidí inmediatamente desechar aquellos pensamientos.

—¡Buena idea! ¡Ya sé adónde ir! —exclamé convencida.

—¿Adónde? —preguntó Irene con los ojos brillándole con aquella inagotable energía suya.

—¡A Galeries Lafayette! —declaré triunfante.

Irene bufó y adoptó al instante una expresión incrédula.

—¡¿A Galeries Lafayette?! De todo París, cuna del arte y la cultura del nuevo siglo, ¿a ti te interesan los grandes almacenes?

—No son unos simples grandes almacenes, Irene. ¡Allí está la verdadera moda de París! ¡Esa de la que se habla hasta en Nueva York!

—¿No habíamos dicho que viajaríamos ligeras?

—Sí, pero las miradas a los escaparates no hacen más pesado el equipaje…

Irene se rio con la cabeza levemente ladeada, mientras me miraba con indulgencia.

—Entonces haremos una visita rápida, después de todo parece ser que el edificio de los almacenes la merece por sí mismo. Pero luego quiero llevarte a ver otra cosa: la construcción más alta del mundo. ¡La *tour* Eiffel! Y el Campo de Marte, los jardines que la rodean.

¡La torre! ¿Cómo no lo había pensado? En aquel tiempo, los rascacielos no eran más que simples proyectos en la mente de osados constructores, así que ni los edificios de Nueva York podían competir con su increíble altura.

—¿Subiremos a la cúspide? —pregunté esperanzada.

—Claro, ¿de qué valdría ir, si no? —me contestó Irene.

Nuestro día transcurrió jubiloso y despreocupado. Pese a mis promesas, cedí ante la belleza de un sombrerito de color azul claro en Galeries Lafayette, y corrí el riesgo de que se me volara en el segundo nivel de la torre. Por la tarde, rendidas y hambrientas, cogimos un carruaje para que nos llevara a Montparnasse. Allí nos sentamos en un café, pedimos pan caliente y queso camembert, y asistimos a una curiosa escena. Un joven, con un blusón de trabajo manchado de pinturas al óleo y un cuadro bajo el brazo, entró pidiendo vino a voces.

—Vete, estoy harto de fiarles a tipos como tú —dijo el dueño del café.

—¡Pero puedo pagar! —exclamó el pintor, enseñándole el cuadro.

—¡Ah, vosotros los pintamonas que queréis pagarme con vuestras obras de tres al cuarto! Si con ellas no coméis vosotros, ¿cómo queréis que coma yo? —respondió el hostelero abriendo los brazos.

—Yo pagaré la cuenta del señor —dijo Irene, que se levantó de nuestra mesa mientras yo la miraba con los ojos como platos.

—Gracias, madame. Tiene usted un alma noble y su hermoso rostro es prueba de ello. Si me hace el honor de pasar por mi estudio, le pintaré un retrato —respondió el artista mirándola con

una pizca de descaro.

Irene, sin el menor azoramiento, sostuvo la mirada del pintor y le sonrió para después volver a sentarse a mi lado.

—¿Por qué lo has hecho, mamá? —le pregunté yo, sorprendida.

—No lo sé, me he sentido generosa. Además, aquí en Montparnasse viven y pintan grandes artistas. Muchos de ellos, antes de alcanzar la fama, tuvieron que cambiar sus obras por un plato de sopa.

—Entonces, ¡quizá debiéramos pedirle el cuadro que quería cambiar por vino, a lo mejor se hace famoso! —comenté, señalando al pintor apoyado en la barra.

Irene pareció sopesar mi afirmación y después asintió.

—Cuando hayamos concluido nuestra misión, volveremos aquí y trataremos de descubrir si he apostado por un caballo ganador.

Una sombra pasó por mi corazón al instante. Irene había dicho «cuando», pero yo me pregunté si no hubiese sido más realista decir «si». El resultado de nuestra misión era mucho más incierto de lo que queríamos reconocer.

La estación del Este era una encrucijada de rostros, acentos y atuendos de todo el mundo. De aquella misma estación, antes de la guerra, salía el célebre *Orient Express*. Fantaseé por un momento con que me dirigía a Constantinopla sin más pretensión que la de visitar lugares remotos. Pero aquel no era nuestro destino y el *Orient Express* aún no había vuelto a cruzar la convaleciente Europa. Nuestro tren se llamaba *Flecha del Este* y, según me había asegurado Irene, en aquel momento era el más lujoso de los que hacían la ruta París-Viena. Mientras un mozo se apresuraba a cargar nuestro equipaje en el compartimento que habíamos reservado, me demoré en el andén admirando el convoy reluciente y oscuro que nos llevaría a Viena. También Irene estaba paseando la mirada a su alrededor, pero por razones muy distintas.

—¿No lo ves? —le pregunté yo.

—No.

—Bueno, han pasado…

—No digas que han pasado muchos años, Mila, o me pongo a gritar —dijo Irene medio en serio, medio en broma.

—Solo quería decir que tal vez *monsieur* Lupin haya cambiado bastante —aclaré.

—Siempre he pensado que, si volvíamos a vernos, nos reconoceríamos al instante —suspiró Irene, negando levemente con la cabeza.

Esperamos fuera del vagón hasta que el revisor vino a avisarnos de que el tren se disponía a dejar París. Irene fue a cerciorarse de que nuestro compartimento estaba listo. Iba a subir yo también cuando una ráfaga de viento barrió los andenes e hizo volar mi sombrerito nuevo.

—¡Oh! —exclamé, tratando inútilmente de cogerlo con una mano mientras con la otra me agarraba al pasamanos de la puerta del tren.

El sombrerito flotó entre los acompañantes que despedían a amigos o familiares a punto de partir y su ala le golpeó en la frente a un señor elegante pero pálido y cargado de hombros que portaba trabajosamente una enorme maleta a punto de explotar. Y, pese al calor de aquellos días, con la mano que tenía libre sostenía un paraguas, así que tenía ocupadas las dos. No obstante, intentaba inútilmente llevarse a la frente un pañuelo arrugado. Mi sombrerito le dio el golpe de gracia, sorprendiéndolo hasta el punto de que se le cayeron de las manos tanto la maleta como el paraguas. Él se abanicó un momento con el pañuelo, mirando con enfado el sombrerito azul a sus pies. Las gafitas de montura dorada le daban un aspecto de estudioso, igual que la fina barbita en punta, pero arruinaba el conjunto una nariz grande, colorada y con protuberancias que contrastaba con la palidez del resto de la cara. Su figura, delgada en general, estaba lastrada por un vientre redondo y prominente, acentuado por un chaleco chillón y fuera de moda.

—¡Perdóneme, caballero! —exclamé mientras corría en su ayuda.

—¿Es suyo? —dijo el hombre en un francés de fuerte acento teutónico, recogiendo el sombrerito y tendiéndomelo.

—Gracias, le pido disculpas de nuevo…

—¿Y por qué, querida? —dijo el hombre, endosándome el paraguas con desenvoltura y alzando de nuevo la maleta con alguna dificultad.

—¿También usted viaja en el *Flecha del Este*?

—Así es. Eso si consigo subir, en vista de que esta maleta pesa

como un alma condenada al infierno… —resopló él, y yo le hice señas a un mozo para que le echara una mano.

—Se lo agradezco infinitamente —dijo el hombre, mirándome un poco a mí y un poco al mozo. Yo esbocé una inclinación y subí tras él al tren. El hombre se acababa de meter en su compartimento, justo al lado del nuestro, cuando Irene asomó en el pasillo.

—¿De dónde has sacado eso? —me preguntó. Me di cuenta de que todavía tenía en la mano el paraguas del extravagante señor de poco antes.

—¡Ah, esto! Voy ahora mismo a devolverlo.

Toqué a la puerta por la que lo había visto desaparecer y él abrió inmediatamente y me miró con cierta sorpresa.

—¡Ah, es usted, la señorita del sombrerito azul! ¿Qué feliz motivo la…? —empezó a decir, luego vio el paraguas y sonrió enseñando unos anchos dientes torcidos—. Mi paraguas, he ahí dónde estaba… Pero ¿con quién tengo el honor de hablar?

—Mila —contesté—. Mila Adler.

—Profesor Joris-Karl Schellinger, para servirla —dijo él con una respetuosa reverencia.

—¿Es usted alemán?

—¡Oh, no, santo Dios, no! —respondió el profesor mirando a los lados—. ¿Sabe?, en estos tiempos, después de la guerra tan sangrienta que nos ha enfrentado a nuestros vecinos teutones, es realmente una circunstancia infausta provenir de una región fronteriza que siempre ha estado como suspendida entre Francia y Alemania. —Ante mi mirada perpleja, el hombre se colocó bien las gafitas sobre la nariz, carraspeó y anunció—: Soy alsaciano, de Estrasburgo, pero llevo media vida en París. ¿Y usted?

—Vengo de… Nueva York.

—Qué raro, en su acento hay un no sé qué de… —comentó él, y yo me puse rígida. Irene me había pedido que no dijera nunca ni palabra sobre mi origen.

—¿Todo bien, Mila? —preguntó ella, apareciendo a mi espalda.

—Todo bien, mamá, le he devuelto el paraguas al señor.

El hombre entornó los ojos y su mirada se endureció por un momento. Después, la sonrisa volvió a su cara y el profesor se presentó a Irene con jovialidad.

Pensé que no había sido más que un simple momento de

irritación por ser interrumpido; sin embargo, no pude quitarme de la cabeza ese instante en que el profesor Schellinger había mirado a Irene de aquella manera.

CAPÍTULO 5

EL FLECHA DEL ESTE

Aquella noche, cuando entramos en el coche restaurante, el profesor Schellinger ya estaba sentado a una mesa con la servilleta metida en el cuello de la camisa y nos hizo seña para que fuéramos hasta él.

Irene y yo nos acercamos cautamente.

—Queridas mías, ¿me conceden el honor y el privilegio de tenerlas como comensales? Comer es siempre un placer, pero en compañía se vuelve aún más agradable.

Yo miré a Irene y ella le sonrió afablemente al profesor. Nos sentamos a su mesa y hojeamos la carta.

—Este tren, pobres de nosotros, no es el *Orient Express*, pero esperemos que la comida que sirven sea apreciable —deseó el profesor, palmeándose con una mano su redonda tripa—. Como solemos decir los alsacianos, ¡el corazón es francés, pero el estómago es germánico!

Las esperanzas del profesor estaban bien fundadas: cenamos un exquisito solomillo Wellington con deliciosas patatas gratinadas de guarnición. El profesor pidió también vino tinto, que Irene apenas probó. El vaso del hombre, en cambio, siempre estaba lleno y, conforme avanzaba la cena, Schellinger estaba cada vez más alegre y parlanchín.

—¿Y qué es lo que estudia, profesor? —le preguntó Irene. Habíamos charlado de temas amenos, pero ninguno de nosotros había contado aún nada de sí mismo.

—Confío en que dos mujeres modernas como ustedes, que viajan solas, sean de miras suficientemente amplias para comprender lo que estoy por revelarles —dijo Schellinger con los ojos brillantes.

—Pónganos a prueba —contestó Irene, intrigada.

—Yo, queridas, estudio las ciencias ocultas —anunció con una sonrisa que dejó ver su precaria dentadura.

—¿Es ocultista? —preguntó Irene con los ojos de par en par.

Yo traté de ocultar mi perplejidad.

—¿Se refiere a la magia? —pregunté.

—La señorita no cree en el ocultismo, por lo que veo —dijo él con una pizca de condescendencia—. No se trata solamente de magia, sino de conocer lo que está oculto, de encontrarse con lo sobrenatural. La realidad espiritual del ser humano es algo mucho más profundo que lo que podemos experimentar en la vida diaria o aprender gracias a la ciencia.

Ante las dos mousses de chocolate, para él y para mí, y la tarta de manzana que había pedido Irene, el extravagante profesor se lanzó a explicaciones de muy difícil comprensión sobre lo importante que era su disciplina para aspirar a una experiencia de vida más plena y gratificante.

—Los números, por ejemplo. ¿Qué saben de los números? —preguntó, y su voz iba volviéndose pastosa, un poco por la *mousse* y un poco por el último vaso de tinto ingerido como si fuera agua.

—Ejem… ¿que son una abstracción del concepto de cantidad? —aventuré yo.

—Ahí está, ¿ven? Una visión limitada. Los números no son solamente una abstracción. Son elementos místicos que están en relación con todo lo existente, ya sea animado o inanimado. Y tienen un inmenso poder, hasta pueden llegar a predecir el futuro. ¿Sabían que también los primeros matemáticos, como por ejemplo Pitágoras, estuvieron interesados en la adivinación numerológica? Por desgracia, esta práctica se ha perdido.

—¿Tal vez porque prever el futuro quiere decir creer en el destino y el destino no existe? —respondió Irene.

El profesor se recolocó las gafitas sobre la nariz y replicó divertido:

—Ah, según usted, por tanto, ¿el destino no existe? ¿Y qué las ha traído aquí, entonces, a esta alegre velada?

—Una combinación de decisiones propias, decisiones ajenas y casualidades —respondió Irene con prontitud.

El profesor Schellinger se encogió de hombros y sonrió.

—Puede ser… O tal vez el destino las haya puesto en mi camino

precisamente para que conozcan las ciencias ocultas y comprendan su importancia para sus vidas. Sepan que mi papel de divulgador me impone el abrirles los ojos a quienes me parecen lo bastante inteligentes para entender que la realidad no se limita a lo que vemos. Y las señoras, permítanme decirlo, parecen poseer mentes ágiles y despiertas —explicó Schellinger. Pero para entonces su voz se estaba volviendo cada vez más baja y pastosa, y sus ojos se cerraban alternativamente, por lo que solo tenía uno abierto a la vez, para que descansara el otro.

—A propósito de mentes despiertas —bromeó Irene—, quizá nos convenga a todos retirarnos, porque si no dormimos bien corremos el riesgo de levantarnos atontados mañana por la mañana.

—Pero si yo no estoy… No estoy nada cansad… —farfulló el profesor Schellinger. Un instante después se le cayó la barbilla sobre la servilleta que se había colgado sobre el pecho y se puso a roncar de golpe.

—Pero ¡¿se ha dormido?! —susurré yo, estupefacta.

—Quizá sufra narcolepsia —contestó Irene con una risa sarcástica—, o quizá haya entrado en contacto con otro plano de la existencia vetado para los no iniciados…

Ahogué yo también una risita con la servilleta.

Irene, de todos modos, se puso seria de nuevo.

—Su invitación, sin embargo, me ha parecido un poco precipitada —me bisbiseó al oído—. ¿Y si no fuese quien dice ser?

Me acordé de golpe de la mirada que Schellinger le había lanzado a Irene.

—¡Tengo una idea! Pero necesito tu ayuda —contesté yo en voz baja.

—¿Cómo?

—Quiero ir a echar un vistazo a su compartimento para verificar su identidad.

Irene sonrió y asintió.

—Y yo me quedaré aquí vigilándolo —dijo.

—No dejes que se levante de la mesa hasta que yo haya vuelto.

—Por ahora no parece una labor difícil… —observó Irene, que señaló al profesor dormido tan a gusto frente a ella.

Schellinger había dejado la llave del compartimento junto a su plato, así que la cogí con un gesto discreto y me dirigí con paso

seguro a nuestro vagón. Si alguien del personal me veía, podría decirle que había confundido mi llave con la de nuestro compañero de mesa. Pero no fue necesaria ninguna llave, el compartimento de Schellinger estaba abierto.

Tras un último vistazo al pasillo para cerciorarme de que nadie me viera, entré y cerré la puerta a mi espalda. Habían bastado pocas horas de viaje para que el compartimento del profesor fuera ya un completo desastre. La maleta estaba abierta y cúmulos de ropas dobladas habían sido distribuidos por todas partes. En la mesilla estaban apilados de mala manera unos libros. Procurando no moverlos, intenté leer los títulos de los lomos:

Los secretos de los números
Historia de la magia
Clarividencia y poderes ocultos
Astrología china

Nada distinto de lo que me esperaba, a juzgar por lo que contaba. Pero la maleta gigantesca que le había visto llevar parecía demasiado pesada para contener solo lo que veía esparcido por el compartimento. Palpé el fondo en busca de un hueco secreto y el forro cedió para dejar al descubierto una abertura debajo. Con el corazón en un puño metí una mano. ¿Qué podía haber allí dentro?

«¡Armas!», pensé.

Pistolas, quizá un fusil. ¿Y si el extravagante profesor era un sicario de nuestros enemigos enviado para matarnos? Mi mano encontró algo duro y frío, por lo que, dejando a un lado todo reparo, levanté el doble fondo.

—¡¿Aguardiente alsaciano?! —exclamé en voz alta, y acto seguido me tapé la boca con las manos.

En el doble fondo de la maleta había, tumbadas, tres botellas de licor transparente. Vi que una ya estaba abierta y desenrosqué cautelosamente el tapón para olerla. Torcí irritada la nariz al llegarme un olor penetrante y vagamente afrutado. No cabía duda, se trataba de una bebida alcohólica. ¡Aquel hombre no era un sicario, era un beodo!

También al día siguiente el profesor Schellinger parecía tener la intención de no dejarnos solas ni un instante, como si su destino

fuese convertirnos al ocultismo.

—¿Han participado alguna vez en una sesión de espiritismo? —nos preguntó en la comida, sentándose con nosotras sin pedir permiso siquiera—. Es una experiencia realmente reveladora si la hacen personas expertas. Ciertamente, uno no puede hacer de médium de buenas a primeras, pueden acontecer cosas imprevistas y peligrosas. Por ejemplo, una vez vi a un egiptólogo, un petimetre sabiondo y fastidioso con el bigote teñido de rojo. ¡Teñirse el bigote, figúrense! Bueno, ¿qué estaba diciendo? Ah, sí… Intentó invocar al espíritu de un faraón, ahora no recuerdo cuál, Amenofis primero o segundo… Pero no estaba suficientemente preparado y el espíritu lo arrojó por la ventana. ¡Tal como se lo digo! Sobrevivió, sí, pero puso fin a sus intentos fracasados de hacerse pasar por verdadero médium.

—Y usted, ¿ha hecho de médium en alguna sesión espiritista? —le pregunté yo con mi acostumbrado escepticismo.

—Oh, no, no es… mi campo principal de experimentación.

—¿Y cuál es su campo? —le preguntó Irene.

—La numerología, como les decía. Por ejemplo, si a las letras de su apellido y de su nombre, convertidas asignando un número a cada carácter de la a hasta la zeta, les sumamos su fecha de nacimiento, puedo obtener una cifra que me permitiría descubrir con razonable aproximación quién es y qué le reserva el futuro.

Irene se echó a reír.

—¡Pero si yo ya sé quién soy y hacia dónde va mi vida!

—¿Ah, de veras? Es mucho más de cuanto la mayoría de la gente puede decir que sabe, con toda sinceridad —sentenció sibilino el profesor—. ¿Y puedo tener la fortuna de que me ponga en conocimiento?

—Veamos —dijo Irene—. Soy una cantante lírica de éxito, dicho sin falsa modestia, aunque nunca he entrado en el Olimpo de las divas del bel canto. Pero he cantado en la Scala y he sido *prima donna* en el teatro de la Ópera de Varsovia, aunque durante un periodo muy breve. He vivido la mayor parte de mi vida en Estados Unidos, pero ahora he decidido volver a Europa, donde nací, y establecerme en alguna de sus capitales, probablemente París o Londres, para abrir una escuela de canto y legarle una actividad bien encaminada a mi hija Mila, para cuando yo ya no esté.

—Realmente admirable, una mujer con gran espíritu de iniciativa —aprobó Schellinger, que al oír la palabra «hija» había abierto mucho los ojos, aunque sin comentar nada para no parecer poco delicado. Como ya he dicho, la diferencia de edad entre Irene y yo era tanta que no pasaba inadvertida y volvía extraña aquella relación de parentesco a ojos de desconocidos. Precisamente por eso Irene recalcaba a menudo aquella palabra, para desconcertarlos y evitar preguntas inoportunas.

—Es el único «espíritu» cuya existencia estoy dispuesta a reconocer —bromeó Irene.

Nos despedimos nada más terminar de desayunar y dejamos al ocultista en el vagón restaurante para volver a nuestro compartimento.

—¡Ah, por fin un poco de *privacy*! —exclamó Irene, pasando del francés al inglés.

—Ese hombre es un auténtico tormento —dije yo entre carcajadas.

—Pero si alguien sigue nuestros pasos estará buscando a una niña y una mujer, un tercer viajero siempre con nosotras puede ser útil para desviar las sospechas.

—Sí, y además parece inofensivo… —admití yo—. Aunque de vez en cuando pone unas caras que no me convencen mucho. Tiene una expresión muy engreída y frívola, pero a veces sus ojos, detrás de esa jovialidad…

—Tal vez solo sea la sobriedad, que a ratos consigue imponerse sobre la ebriedad…

—Tienes razón, debo dejar de ver espías por todos lados —suspiré.

—¡Al contrario! Debes seguir haciéndolo, como hago yo también. Es lo que nos ha permitido llegar hasta aquí. Y desde ahora todo será más difícil, no podemos bajar la guardia.

Al oír aquellas palabras, me asaltó una amargura que casi me cerró la garganta.

—Si al menos tus amigos hubieran aceptado venir con nosotras…

Irene apretó los labios y reprimió un gesto de rabia.

—Pero esos dos viejos avinagrados no lo han hecho. No podemos contar con ellos. No importa, nos las arreglaremos solas.

Entre otras cosas porque lo cierto es que hoy Holmes y Lupin son solo dos señores de avanzada edad que no podrían sernos de ninguna ayuda… —Irene pronunció aquellas palabras con dureza, pero por su expresión me di cuenta de que se arrepintió inmediatamente de haberlas dicho—. En todo caso, en Viena, el Relojero nos entregará las instrucciones para continuar. Tendremos todo lo que nos hace falta para llevar a cabo nuestra misión, Mila, ya lo verás —añadió después, cogiéndome una mano.

El Relojero. Irene nunca había querido decirme nada de nuestro misterioso contacto vienés, salvo su sobrenombre. O quizá debiera decir nombre de guerra, en vista de la situación en que nos encontrábamos. Un escalofrío me corrió por la espalda y apreté con fuerza la mano de Irene.

—¡Volveré a ver a Asia!

Irene me sonrió y dijo:

—Sí, la verás, y vuestras penas habrán acabado.

—¿Y si no se acuerda de mí?

—Imposible, pasaste meses enteros con ella. Además, sois como dos gotas de agua, solo que tú tienes el pelo rubio.

—Espero que esté bien después del encarcelamiento y… —Las lágrimas me nublaron la vista. Trataba de no pensarlo nunca, porque solo el pensarlo me causaba dolor. No podía imaginar qué había sentido mi hermana, que sí había estado allí, mientras el mundo entero se derrumbaba y su familia…

¡Pum!

Me puse en alerta. Un ruido al otro lado de la pared me hizo callar de golpe. El profesor Schellinger debía de haber entrado en su compartimento, pero no había oído ni sus pisadas en el pasillo ni la puerta abriéndose o cerrándose. Instantes después, sin embargo, oí claramente que roncaba y apacigüé mi corazón. Por seguridad, de todas formas, ni Irene ni yo mencionamos más nuestra misión.

CAPÍTULO 6

HABITACIÓN NÚMERO 19

Pasé el resto del viaje observando a los demás pasajeros. Había hombres de cuellos almidonados y señoras elegantes, jóvenes de aspecto educado y ancianos de porte noble. Unos cuantos hombres de negocios habían hecho amistad y ya competían incesantemente por ver quién era más audaz, al menos de palabra, en inversiones y operaciones bursátiles.

Una hermosa señora de cabello con mechones blancos iba del brazo de un mocetón al que a primera vista se habría tomado por su hijo, y sonreía indiferente a las miradas de reproche o de mal disimulada envidia de algunas otras pasajeras.

Pero mi preferida era una joven pareja de ojos radiantes que no dejaban de maravillarse por todo.

—¡Prueba la sopa, es exquisita! —decía él.

—¡Mira qué bosquecillo, es encantador! —exclamaba ella, señalando por la ventanilla.

Supuse que eran una pareja en viaje de novios. Parecían entusiasmarse de verdad con cada pequeña cosa, así que me puse a fantasear sobre ellos. ¿Acabarían de heredar una pequeña fortuna de un tío de América, lo que les había permitido hacer el viaje que siempre habían soñado? ¿Acaso se habían recuperado de una larga enfermedad y habían empezado a apreciar más lo que antes daban por descontado?

—¿Qué haces? —me preguntó Irene, reuniéndose conmigo tras terminar de meter sus cosas en la maleta para la inminente llegada a Viena, al verme tomar notas en un cuadernito.

—Observo y anoto —respondí, señalando a las demás personas

con un gesto de la cabeza.

Irene sonrió y dijo:

—Sherlock, Lupin y yo también hacíamos algo parecido. Nos gustaba mirar a las personas y tratar de adivinar su identidad. Evidentemente, el mejor era Sherlock. Era un juego divertido, y audaz también. Una vez nos persiguió una banda de estibadores porque habíamos ido tras los pasos de uno de ellos, seguros de que ocultaba algo turbio, pero irrumpimos en medio de una reunión sindical no autorizada y nos tomaron por espías mandados por el patrón.

Me reí al pensar en la joven Irene y sus dos amigos a todo correr entre los almacenes del puerto.

Los ojos de Irene se encendieron con la luz del recuerdo mientras añadía:

—Otra vez, Sherlock y Arsène me retaron a que le preguntara la edad a una señora muy emperifollada de aspecto poco recomendable. Ellos estaban en desacuerdo sobre la edad que podía tener, ¡pero fui yo la que se llevó los insultos! Solo te digo que la señora poseía un léxico un tanto… ¡colorido! Ahora que lo pienso, ¡creo que, en cuestión de improperios, habría podido darles una lección a los estibadores de los que hablaba antes!

—Mis bellas señoras, ¡qué alegres las veo! —El profesor Schellinger se entrometió, sorprendiéndonos por detrás y haciendo que nos sobresaltáramos.

Pese a su gran torpeza, se había acercado sin hacer ruido. O quizá es que yo estaba tan absorta por lo que contaba Irene que no me había dado cuenta de su llegada. Tal vez siguiera dándole demasiada importancia a aquel hombre metomentodo y estrafalario, que había resultado no ser más que un charlatán al que le encantaba beber en exceso. Al menos eso me dije en aquel momento; pero había en él algo que no me cuadraba, algo que me hacía considerarlo menos inofensivo de lo que parecía.

—Así pues, casi hemos llegado a Viena —comentó él, entrechocando sus manos, cuando notó que la conversación no se animaba como esperaba.

—Sí, estamos cerca de nuestro destino.

—¿Les he dicho que yo también me quedo en Austria? A lo mejor podemos hacer un trecho de camino juntos. ¿Dónde se

alojarán?

Irene y yo cruzamos una mirada de entendimiento. Yo ni siquiera sabía el nombre del hotel al que nos dirigíamos y con seguridad ella no se lo revelaría a un desconocido.

—En casa de unos amigos —mintió Irene.

—Ah, entiendo —dijo Schellinger, que no insistió más.

Poco después, mientras nos ayudaba a bajar el equipaje al andén, se despidió:

—Bueno… Ha sido un placer conocerlas, mis queridas señoras.

Lo perdí de vista entre la multitud de viajeros que transitaban por la estación de Viena, su estrafalaria figura de nuevo encorvada por el peso de la gran maleta y con el paraguas en la otra mano.

—Vayamos a buscar un medio de transporte hacia el centro —dijo Irene, sacándome de mis pensamientos.

—¿Otro automóvil? —bromeé yo.

Esa vez optamos por un carruaje para llamar menos la atención.

—¿Adónde vamos? —pregunté, mirando la ciudad que discurría por la ventanilla como una película cinematográfica.

—Oh, a un lugar que te gustará muchísimo —dijo Irene con una sonrisita enigmática.

—¡Si es maravilloso! —exclamé yo, dando palmas y saltando casi del carruaje.

Estábamos delante de la Wiener Staatsoper, el teatro de la Ópera de Viena. Había oído decir que, cuando lo construyeron, el emperador de la época lo había definido desdeñosamente como «una estación ferroviaria». En cambio, a mí, con las largas sombras de aquella tarde estival, me pareció uno de los lugares más fabulosos que había visto nunca. Los gigantes de la lírica mundial habían cantado allí.

—¿Vamos a ir, mamá? —dije, señalando la entrada. Luego miré mi vestido de viaje y las maletas cargadas en el carruaje y resoplé —: ¡No tengo ropa adecuada!

Irene se rio y señaló en sentido opuesto.

—Adonde vamos es allí —dijo.

Me volví y me di cuenta de que a mi espalda estaba la entrada de un refinado hotel de fachada blanca. Un poco desilusionada, troté detrás de ella mientras uno de los botones del hotel venía a coger nuestro equipaje.

—¡Eh, no pongas esa cara, estamos en el hotel Sacher! —exclamó Irene.

—¿Sacher? ¿De qué me suena ese nombre? —pregunté yo, buscando en mi memoria dónde lo había oído antes.

—Bueno, aquí inventaron la célebre tarta Sacher —contestó Irene, e inmediatamente la imagen de una tarta de chocolate y mermelada, recubierta de delicioso azúcar glas, se dibujó en mi mente. Mi estómago, como si hubiese recordado que estaba en ayunas desde la comida, gruñó y me hizo enrojecer.

—Necesitamos reponernos —observó Irene— y creo que un trozo de tarta al final de una comida es lo que nos hace falta. Pero primero tenemos que ir a nuestra habitación, y no solo para refrescarnos.

En la recepción, Irene pidió información sobre la reserva a su nombre y nos acompañaron a la habitación número 19. Irene le dio las gracias al botones y, tras premiarlo con una generosa propina, la puerta se cerró detrás de nosotras. La habitación era amplia y luminosa, con un lindo saloncito color crema y una alcoba con dos camas idénticas. Desde que habíamos emprendido el viaje, Irene y yo siempre habíamos dormido juntas por razones de seguridad.

—Abre el cajón de la mesilla derecha —me pidió Irene, y yo obedecí.

Dentro del cajón había una hoja doblada en cuatro que contenía pocas palabras escritas con una letra menuda y florida.

—*17 Gellertgasse, 21.30* —leí en voz alta—. ¿Es nuestro primer paso?

—Sí —asintió Irene—, pero aún faltan unas horas. Creo que tendremos tiempo de sobra para una cena, y para ese trozo de tarta del que hablábamos.

La fama de la tarta Sacher era totalmente merecida, comprobé con satisfacción, y durante unos minutos preciosos me dejé absorber por el lujo intemporal de aquel lugar y aparté cualquier otro pensamiento. Pero, cuanto más se acercaba el momento de salir, más me dejaba dominar por el presente. El corazón se me aceleraba, las manos me temblaban hasta tal punto que tenía que apretármelas en el regazo. La mirada de un señor con la nariz ganchuda y un gran antojo rojo en la mejilla se cruzó con la mía y me sobresaltó, pero luego el hombre se concentró de nuevo en su cena. Tenía que

dejar de sentirme observada, era natural que los demás se fijaran en mí, puesto que parecía a punto de sufrir una crisis histérica.

Durante toda la primera parte de nuestra aventura, la que comprendía el intento de implicar a Sherlock Holmes y Arsène Lupin en nuestra empresa, Irene había compartido conmigo cada paso. Pero ahora estábamos entrando en el meollo del plan y había muchas cosas que mi madre adoptiva no me había dicho.

Por ejemplo, quién era el Relojero. Y los demás cómplices que habían contribuido a trazar nuestra ruta. Y cuál era la etapa siguiente. Lo había hecho para protegerme, para evitar que pudiera escapárseme algo que nos traicionara si nos interceptaban. Pero yo estaba acostumbrada a secretos y subterfugios, mi vida había estado llena de ellos desde mi nacimiento.

Tenía recuerdos vagos de mi pasado antes de la llegada a Estados Unidos. Me acordaba de una gran finca en el campo, donde había crecido. Mi verdadera madre era una doncella de una familia muy importante y había muerto al darme a luz. Yo había sido criada por los demás sirvientes, que me miraban de manera recelosa, pero me trataban con consideración. Luego había visto a Asia, unos años mayor que yo, en una de sus escasísimas visitas a la finca. Éramos como dos gotas de agua: yo hija de una doncella y ella una descendiente del señor. El ama de llaves había notado la semejanza y me había prohibido categóricamente que me dejara ver, pero había sido Asia la que me había buscado.

Sestra.

Hermana.

En realidad, había sido ella quien me había llamado así por primera vez.

No me importaba quién fuese realmente, ni quién fuese nuestro padre. Para mí, Asia solo era eso: mi hermana.

—Es hora de irnos —me dijo Irene, sacándome de mis pensamientos. Mientras me levantaba, miré de reojo hacia el señor del antojo en la cara para ver si nos estaba vigilando, pero se había ido.

Suspiré de alivio y seguí a Irene hasta fuera del hotel mientras me ponía un abrigo ligero para protegerme del vientecillo nocturno. Un carruaje negro nos esperaba. Irene le dio algunas indicaciones en voz baja al cochero mientras yo me montaba. Detrás de nosotros,

otro carruaje esperaba a que se subiera un pasajero y capté un destello, el de la punta de acero de un paraguas que quedaba suspendida en el aire antes de desaparecer detrás de la portezuela del vehículo. ¿Sería acaso…? Negué con la cabeza. No era posible, me estaba dejando llevar por la ansiedad.

—Irene… ¿y si alguien estuviera siguiéndonos? —le pregunté mientras el coche de caballos se apartaba del borde de la acera para aventurarse por las calles de Viena.

—No te preocupes, tengo un plan.

Nuestro carruaje rodó rápido por las vías de la ciudad a la luz de las farolas. Tras doblar en algunas esquinas, entró por el portón de un patio y se detuvo.

—Desde aquí daremos un paseo —me explicó Irene.

El vehículo se marchó por donde había venido e Irene me hizo seña de seguirla. Atravesamos un jardín privado con espléndidos rosales y salimos por una puertecita de servicio de la parte opuesta del edificio.

—Viejos trucos de espía —dijo mi madre guiñándome un ojo.

Las grandes avenidas del centro habían dado paso a calles sucias y mal iluminadas. Un hombre vestido con harapos se tambaleaba no lejos de nosotras con una botella en la mano. Dos niños, enroscados como gatitos, dormían a la puerta de una tienda cerrada. Irene deslizó discretamente unas monedas en la mano de uno de los dos, luego me cogió del brazo y apresuró la marcha. Me arrebujé en el abrigo, tiritando, no tanto por el frío como por la desagradable sensación que me provocaba aquella miseria.

—Casi estamos, la relojería debe de encontrarse por aquí cerca.

Por el escaparate se filtraba una luz tenue.

—¿Es esa? —le pregunté, señalando un modesto establecimiento en cuyo letrero había un reloj.

—*Uhrmacher* —leyó Irene en voz alta—. Sí, es esa.

Nos aproximamos despacio.

—Quédate detrás de mí —me dijo ella.

Junto a la relojería había una puerta desconchada, entornada. Se la señalé a Irene.

Entramos de puntillas procurando no hacer ruido y nos encontramos en un reducido patio vacío. Una puertecita, que se correspondía con la parte trasera del establecimiento, estaba

abierta.

Irene siguió precediéndome y vi que sacaba algo de un bolsillo oculto en los pliegues de la falda.

Era una pistola. Un objeto minúsculo, con cachas de madreperla.

Me estremecí, pero no dije nada. Sentía que el corazón me retumbaba en los oídos y me parecía que podía oírse en todo el edificio, que aquel ruido martilleante y enloquecido despertaría a toda la ciudad.

Irene traspasó la puertecita. Escondida detrás de ella, yo no veía más que su delgada espalda.

—Levántate y mantén las manos bien a la vista —susurró Irene.

Me asomé por encima de su hombro y lancé un grito agudo.

Habían dejado la trastienda completamente patas arriba. Relojes rotos yacían esparcidos entre papeles y herramientas, tirados al tuntún. Todos los cajones habían sido sacados de sus huecos y habían apartado los muebles de las paredes. Pero no fue aquello lo que me heló la sangre en las venas.

En el suelo había un cadáver. Y, agachado junto al cadáver, dándonos la espalda, había un hombre.

CAPÍTULO 7

EL TALLER DEL RELOJERO

—Incluso a los relojeros se les acaba el tiempo —dijo el hombre, levantándose despacio.

Su voz fue un estallido en mi mente e hizo aflorar un recuerdo reciente.

—¿Señor Holmes? —pregunté titubeante.

El hombre se volvió hacia nosotras con estudiada parsimonia. Su rostro afilado y la nariz aguileña eran inconfundibles. El elegante atuendo negro del día en que nos habíamos conocido había sido sustituido por un traje más práctico de lana fina a cuadros.

—¿Y qué haces tú aquí? —exclamó Irene, atónita.

—Te lo digo si bajas el arma —respondió él, señalando la pistola.

Irene dudó un instante, pero luego guardó el arma con un gesto crispado.

—¿Nos has seguido? —preguntó con voz cortante.

—Os he precedido —explicó Sherlock Holmes—. El día en que me expusiste vuestra… situación, decidí que la mejor manera de seros útil era actuar en secreto, por mi cuenta.

—Sherlock Holmes, siempre un paso por delante de los demás —bufó Irene.

—Es lo que me ha permitido resolver todos mis casos.

—Pero ¿no dijiste que te habías retirado? ¿Que ya no querías saber nada de investigaciones e intrigas?

—He decidido hacer una excepción.

—¿Por mí? —preguntó irónica Irene.

—Por la particular gravedad y el alcance de esta situación —contestó él, manteniendo una expresión impasible—. Así que, en vez de presentarme a la cita que me habías dado, tomé el transbordador anterior al vuestro. Os seguí hasta París y, mientras perdíais el tiempo esperando a que apareciese el golfo de Arsène, entré a escondidas en vuestra habitación del Majestic y encontré los billetes a Viena. Te conozco lo bastante para saber que no renunciarías a alojarte frente a la Ópera, así que me informé de si había una reserva a tu nombre en el hotel Sacher.

—¡Y también ha entrado a escondidas en nuestra habitación, en la que ha encontrado la nota del Relojero antes que nosotros! —exclamé yo.

Sherlock Holmes me miró como si no me hubiese visto hasta entonces.

—Obviamente —contestó, volviendo a posar sus ojos en Irene—. Vine precipitadamente aquí para poder esconderme en el taller y estar presente en la cita. Pero, por desgracia para tu amigo relojero, he llegado tarde.

Mis ojos volvieron al cuerpo, que había evitado mirar desde el momento mismo en que me había percatado de su presencia. El Relojero había sido un hombre corpulento, pero sus manos ya arrugadas y con manchas de la edad eran extraordinariamente finas. Caído en el suelo, sin heridas visibles, parecía dormir profundamente en medio de los restos pisoteados de su trabajo. Pero su pecho no subía y bajaba al ritmo de la respiración y una siniestra palidez empezaba ya a velar su rostro.

—¿Han descubierto nuestro plan, mamá? —pregunté yo en voz baja.

—Me parece patente —respondió Sherlock Holmes, contrariado, señalando el destrozo que nos rodeaba—. Y el asesino no se ha limitado a matar al Relojero. Buscaba algo. Algo que el Relojero debía entregaros a vosotras, me atrevo a suponer con razonable certeza.

Irene lo miró largos segundos sin decir nada, luego suspiró y reconoció:

—Sí, algo que necesitamos para proseguir nuestro viaje.

—Instrucciones —dedujo Holmes—. No todos vuestros pasos están ya fijados. Y no sabéis cuál es el siguiente.

—Las circunstancias no nos permitían decidirlo antes de partir —asintió Irene—. Las personas que me ayudaron a urdir este plan debían poder organizar el próximo paso, así que el Relojero se ofreció a hacer de intermediario. Me debía un favor.

Noté remordimiento en su voz y le cogí instintivamente la mano.

—Por lo tanto, ahora no sabéis qué hacer —observó Sherlock, y sentí que me derrumbaba.

Todo estaba perdido. Nuestra gran aventura. Nuestro plan de rescate. Nunca volvería a ver a Asia. Sus enemigos… nuestros enemigos la capturarían otra vez y quién sabía lo que harían con ella…

—¡No todo está perdido! —exclamó una voz de fuerte acento alsaciano.

En la puerta de la trastienda había aparecido el profesor Schellinger con su infaltable paraguas negro.

—¡¿Profesor?! —dije yo con los ojos desorbitados.

Pero luego vi que de sus movimientos había desaparecido toda torpeza. En lugar de un vientre prominente tenía un abdomen todavía plano pese a su edad y los hombros caídos habían ganado amplitud y gallardía. Sus dientes ya no estaban torcidos, sino que eran regulares y blancos. El hombre que teníamos delante ocupaba el vano de la puerta con una gracia peligrosa y elegante, de gran felino. Se quitó las gafitas de montura dorada e inmediatamente sus ojos muy abiertos parecieron límpidos y animados por una luz vivaz.

—¡Tú! —exclamó Sherlock, entre la incredulidad y el enojo.

En el rostro de Irene capté una mezcla de sorpresa, enfado y alegría.

—¡Arsène Lupin! —exclamé.

El supuesto profesor se quitó la barba y la narizota postizas, y borró su malsana palidez con un pañuelo blanco.

—En persona, para servirla —me contestó, con un relamido y sofisticado acento parisino, y me besó la mano.

Ahora que veía su auténtico rostro por primera vez, noté que estaba bronceado y que se le podía calificar de hombre guapo, con un perfil orgulloso y una frente alta coronada por una mata de cabello entrecano.

—¡Nos has seguido hasta aquí! —exclamó Irene.

—¿Por qué no nos reveló enseguida quién era, señor Lupin? —le pregunté yo, perpleja.

—Llámame Arsène y trátame de tú, Mila. Si no, podría sentirme viejo… —me dijo guiñándome un ojo, y Sherlock Holmes soltó un resoplido.

—El bufón de siempre. ¿Alguna vez te tomarás algo en serio? —le recriminó el investigador.

—¡Me he tomado en serio esta llamada a las armas! —exclamó él, abriendo los brazos.

—Entonces, ¿a qué viene el disfraz? —le preguntó Irene.

—Bueno, tenía que tomar algunas precauciones antes de zambullirme de cabeza en una nueva aventura —contestó él con sorna—. No sé si estaréis al tanto, pero tengo algunas… pequeñas cuentas pendientes con la justicia.

—El ser perseguido por comisarios de policía en varios rincones de Europa no es tan gran preocupación —rezongó Sherlock Holmes.

—Incluso varios detectives privados han intentado darme caza, con idénticos resultados. ¿Qué conclusión he de sacar? —rebatió Lupin.

—Percibo cierta ironía con respecto a mi profesión —contraatacó Holmes— por parte de una persona que no se encuentra precisamente en condiciones de expresarla, puesto que toda su vida ha sido un ladrón.

—Oh, venga… ¡un caballero ladrón! —puntualizó Arsène con una risita—. Prefiero más bien considerarme una especie de moderno Robin Hood, pero con más estilo.

—Si deseas creer en las trolas que tú mismo le cuentas a la prensa para retratarte como un héroe…, hazlo —cortó en seco Sherlock.

—¿Y yo tengo que creerme que el llorado doctor Watson no se inventó nada, que solo contó la pura verdad? —le echó en cara Lupin, picado.

—Perdonad, pero no estamos aquí para hablar de vosotros dos y de vuestros libros —los interrumpió Irene con los brazos en jarras.

—No, estamos aquí por tu culpa, que no solo te escapaste sin decirnos nada hace cincuenta años, sino que ahora has vuelto y nos has pedido ayuda como si tal cosa —resopló Sherlock Holmes.

—Señores… —quise intervenir.

—¡Bueno, si no quisierais ayudarme, no estaríais aquí ahora! —reaccionó Irene, agitando un dedo acusador.

—¡Yo no estoy aquí por ti! —rugió Holmes.

Lupin le lanzó una mirada divertida y él la captó inmediatamente.

—No acepto insinuaciones de alguien que va por ahí vestido como un imbécil solo por el gusto de hacer una entrada espectacular.

—Señores… —intenté de nuevo llamarlos al orden.

—No ha sido para hacer una entrada espectacular: tenía que proteger mi identidad antes de verificar que lo que contaba Irene era verdad —explicó Lupin, abriendo otra vez los brazos.

Irene lo miró estupefacta y dijo:

—Ah, ¿es que no me has creído?

—La última vez que nos vimos no fuiste lo que se dice sincera —observó Lupin—. Además, es inútil disimular, estoy enterado de tu actividad para los servicios secretos, Irene. No quería arriesgarme a que tu historia fuese una tapadera para arrestarme, puesto que he tenido algunos… ejem, roces con la embajada estadounidense de París. Así que decidí vigilaros un poco, de incógnito, antes de hacer acto de presencia.

Irene parpadeó, incrédula, y dijo:

—¿De verdad pensaste que podía hacerte algo así?

—En fin, sería una jugada plausible mandarte a ti, dado que él nunca ha conseguido meterme entre rejas —respondió Lupin señalando a Holmes.

—¡Pobre iluso! Simplemente decidí ignorar tu existencia en nombre de nuestra vieja amistad. Pero siempre podría cambiar de opinión —dijo Holmes, que se cruzó de brazos.

—¡Lo que hay que oír! ¡Ahora estás tan viejo y fosilizado que te has retirado a criar abejas en Sussex!

—Ah, y tú te crees que aún eres un jovencito, en cambio.

—Me he mantenido en forma. ¿Y tú? —dijo Lupin, que se puso en guardia imitando a un boxeador.

Holmes bufó con expresión aburrida y respondió:

—Salgamos y veamos si te has vuelto tan bueno en *jiujitsu* como vas alardeando o si solo es jactancia.

—Hombres. ¡Siempre dispuestos a liarse a tortas, incluso con

más de sesenta años! —comentó agriamente Irene.

—¡Señores! —solté yo sin ningún temor, logrando hacerlos callar de golpe a los tres—. ¿Les parece oportuno pelearse en un momento así? —añadí señalando el cadáver cuando estuve segura de que me prestaban toda su atención—. Y te lo digo a ti también, mamá. ¡Ya basta! Crecí oyendo contar sus aventuras de jóvenes y sé que son los mejores en circulación incluso ahora. Una espía internacional, un gran detective y un… un…

—… caballero que roba a los ricos para dárselo a los pobres… y también un poco a sí mismo. —Lupin vino en mi ayuda.

—Exacto. Los mejores, en todo caso, cada uno en su especialidad —confirmé yo—. Lo que quiero decir es que nos encontramos en el lugar de un crimen y, si hay alguna pista que puede llevarnos a descubrir cuál era el mensaje del Relojero para nosotras, bien… probablemente sois los únicos en el mundo capaces de descubrirlo.

—¡Bravo, Mila! ¡Eso era lo que yo quería decir desde el principio! —exclamó Lupin, aplaudiéndome—. Conocía a este hombre, Franz *el Relojero*. Utilicé sus servicios en el pasado para que me hiciera unos aparatos de gran calidad que solo él sabía fabricar. Mecanismos ingeniosos que pueden pasar inadvertidos. Relojes que escondían ganzúas, relojes de péndulo programados para mover las agujas adelante o atrás a determinadas horas para despistar a quien intentara reconstruir la dinámica de un golpe basándose en la hora…

Irene asintió y confirmó:

—También en los servicios secretos lo conocíamos bien. Además de ser muy hábil en su trabajo, era un hombre discreto y de fiar, por eso recurríamos a él. Lamento haber firmado yo su condena de muerte.

—La relojería de Franz siempre ha sido una especie de territorio neutral —observó Lupin—. A él acudían indistintamente espías, ladrones más o menos caballerosos, adinerados hombres de negocios con algún secreto… Todos estaban al tanto, pero nadie lo amenazó nunca, era demasiado valioso para perderlo.

—Nadie hasta hoy —dijo Sherlock, asintiendo con la cabeza, mientras yo casi podía ver a través de sus ojos los engranajes de su mente, en movimiento como los de alguno de los extraordinarios relojes de Franz.

—Tenéis unos enemigos sin escrúpulos, queridas mías —nos dijo Lupin, y sentí el abrazo helado del miedo.

Irene asintió:

—Dime algo que no sepa, Arsène.

Vencí los escalofríos y miré a mi alrededor en busca de algo que nos sacara de aquel momento de estancamiento. Observé mejor los objetos esparcidos por el suelo y noté que habían atraído la atención de Sherlock Holmes. El investigador cogió y sopesó un reloj de bolsillo, luego lo dejó donde lo había encontrado y examinó el mecanismo extirpado de un carillón, del que colgaba una triste bailarina de piernas dobladas y retorcidas. Holmes iba a abrir la boca, pero en aquel momento mi mente tuvo una iluminación fulgurante y exclamé:

—¡Puede que Franz escondiera las instrucciones en uno de sus relojes!

CAPÍTULO 8

LA ÚLTIMA OBRA MAESTRA DE FRANZ

—¡Mis felicitaciones, Mila! —exclamó Arsène. Luego le dijo a su viejo amigo—: Cuidado, Sherlock, que esta chiquilla podría aventajarte. Holmes no le hizo caso y siguió inspeccionando la relojería con la mirada.

—Sí, el Relojero siempre fue un hombre previsor y sabía guardar un secreto —dijo Irene, echando un vistazo al cuerpo que yacía en el suelo—. Estoy segura de que no ha hablado y, si le ha dado tiempo, habrá escondido las instrucciones para el viaje por aquí, en alguna parte de la relojería.

—Y era también un hombre de gran inteligencia. Burlar a quien haya hecho todo esto podría haber sido su última obra maestra —dijo Lupin, señalando el taller patas arriba.

—En todo caso, no toquéis nada —nos exhortó Sherlock Holmes —. Este no deja de ser el lugar del crimen.

—Teniendo en cuenta la naturaleza del asunto, dudo que la policía de Viena consiga ponerle las manos encima al asesino de Franz —intervino Lupin.

—Yo podría desear echarles una mano —insinuó Holmes.

—Si quieres descubrir quién ha matado a Franz, únete a nosotros —dijo Irene, tajante—. Él o los que han cometido este crimen son los mismos a los que nos enfrentaremos en adelante. Nuestro plan ha sido descubierto, pero, si las instrucciones están aquí y conseguimos encontrarlas, todavía iríamos un paso por delante.

—¡Ir un paso por delante de todos es lo que ha hecho de usted el

mejor investigador del mundo! —añadí yo, citando las palabras pronunciadas por Holmes poco antes.

Él mostró su acostumbrada frialdad, pero noté, con cierta satisfacción, que había curvado una comisura de la boca en una imperceptible sonrisa.

—¿Y a mí nadie me adula? —preguntó Lupin con una sonrisa maliciosa.

—La aportación más valiosa que puedes ofrecer tú, por ahora, es ahorrarnos tus bufonadas.

Arsène levantó las manos en señal de rendirse y me susurró al oído:

—¡Ha empeorado mucho con la edad!

Pero, mientras tanto, Holmes se movía por la habitación como un sabueso, observando cada pequeño detalle, refunfuñando para sus adentros palabras incomprensibles y soltando algún «¡Oh!» y algún «¡Ah!» cada tanto. Traté de seguirlo a distancia, pero las cosas que le arrancaban aquellas exclamaciones debían de ser invisibles a mis ojos, porque solo veía relojes hechos pedazos y papeles dispersos. Lo único que había quedado en pie era el mueble de un reloj de péndulo fijado a la pared, pero también habían roto el cristal. Después, de repente, Sherlock se detuvo delante de un objeto que yo no había visto por estar caído detrás de la mesa de trabajo. Era un huevo dorado con pedestal y coronado por un ramo de flores realizadas con piedras duras. En el contorno central, una franja de esmalte blanco reproducía las horas en números romanos y la aguja era un elemento fijo en forma de flecha. Ahora estaba parado, abollado y maltrecho, pero imaginé que la franja de esmalte podía girar sobre sí misma y marcar así la hora. Algo en aquel extraño objeto me trajo a la mente un recuerdo improviso, pero fue un destello fugaz. Por mucho que intentara recuperarlo, ya había desaparecido en una niebla de sensaciones lejanas.

—¿Lo reconoces? —me preguntó Holmes, y esta vez su mirada pareció haber dejado a un lado la ojeriza que me había manifestado hasta aquel momento.

—La verdad es que no —reconocí, haciendo un gesto vago con las manos.

—Es de fabricación rusa —me explicó él.

Mi casa.

Asia.

Peligro.

Un escalofrío me corrió por la espalda. Rusia era el país del que había escapado.

—Obviamente, es una reproducción —explicó Holmes—. Se trata de un huevo de Fabergé, el relojero de la corte zarista.

Sentí otro escalofrío. El zar. A causa del cual nos encontrábamos allí en aquel momento.

—Siempre he soñado con echarle mano a uno verdadero —intervino Lupin—. Por puro interés artístico, claro. Son piezas únicas, realizadas exclusivamente para la familia real rusa. Se tardaba un año aproximadamente en hacer uno y hacía falta todo un equipo de artesanos. Pero la principal particularidad es que tienen una estructura de matrioska y siempre contienen una sorpresa.

Impulsivamente, cogí el huevo dorado del suelo y lo puse sobre la mesa de trabajo.

—¡Quizá el Relojero escondiera las instrucciones en el huevo! —exclamé.

—Muy apropiado al menos —dijo Sherlock Holmes—. Y quien lo ha estropeado en señal de desprecio no ha comprendido que ahí dentro podía estar escondido lo que buscaba.

Con los dedos temblándome, levanté la semiesfera superior del huevo y dejé al descubierto un hueco forrado de terciopelo. Y la desilusión se dibujó en mi rostro.

—¡Está vacío!

Lupin se acercó y tomó el huevo en sus manos.

—Déjame ver a mí. Ya os he dicho que Franz no era amigo de los mecanismos sencillos —dijo, y sacó del bolsillo un estuchito de tela en el que estaban alineadas algunas ganzúas.

—Siempre listo para entrar en acción, por lo que veo —ironizó Sherlock Holmes—. Pero tal vez baste con esto —añadió mientras recogía del suelo una pequeña llave cúbica.

Me la dio y lanzó una mirada de desafío a su viejo amigo; yo la metí en el agujerito de darle cuerda al reloj. La llave funcionó a la perfección. Pero, en vez de poner en marcha el artilugio, se accionó una cerradura con un chasquido seco y se abrió para dejar a la vista otro hueco.

—¡Aquí está! —anuncié, y enseñé el contenido en la palma de la mano.

Era otra llave ancha y plana.

—¿Otra? —preguntó Irene, impaciente.

Lupin suspiró y dijo:

—Bueno, debió de inspirarse en la estructura de matrioska tan apreciada por Fabergé. Una llave que esconde una llave que… ¡a saber para qué sirve!

—¡El reloj de péndulo! —exclamamos al unísono Sherlock Holmes y yo.

La mirada asombrada del detective cayó sobre mí un instante y tuvo el mismo efecto que el más halagador de los cumplidos.

—Esperemos que el mecanismo funcione aún —dijo Irene, observando el reloj roto.

—Solo hay una forma de averiguarlo —observó Lupin. Yo di un par de vueltas de cuerda.

¡Clac!

El reloj y la pared de atrás se movieron y dejaron a la vista un nicho secreto poco más alto que yo y de menos de un metro de profundidad, con algunos estantes. En ellos había un gran fajo de billetes alemanes y un papel de bordes irregulares, probablemente cortado a toda prisa de una hoja mayor.

Holmes cogió el papel y leyó en voz alta:

—«¡¿Párodos en el lugar del beso con espía teutónico?!».

Irene enrojeció y se rio. Refunfuñó:

—Pero mira ese idiota…, Karl, que vino a presumir ante Franz de aquella vez en que…

Holmes y Lupin miraron a Irene con los ojos muy abiertos. Lupin parecía divertirse, mientras que Holmes tenía una expresión sumamente molesta.

—¡Pero no es momento de hablar de mis peripecias sentimentales! —cortó en seco Irene, con dos discretas tosecillas.

—Lástima —lamentó Lupin—. Pero puede que tengas razón, mejor dedicarse a descifrar este absurdo mensaje.

—No es nada absurdo —dijo Holmes—. Es una referencia a la tragedia griega. Solo tenemos que averiguar qué diablos significa en un contexto así.

Irene asintió, con calma.

—Yo sé adónde tenemos que ir. Y qué debemos buscar. «Párodos», como dice Sherlock, es la palabra para referirse a la entrada del coro en las tragedias griegas. Eso significa que mi sugerencia fue tomada en consideración y es factible: partiremos con un coro femenino que nos servirá de tapadera.

—¡Desde el lugar en que te besaste con un espía alemán! En vista de que el enigma ya está resuelto, siento verdadera curiosidad por escuchar esa historia… —dijo Lupin, sin ninguna intención de olvidarse del tema.

—Pues yo con mucho gusto dejaría al margen los detalles de folletín. Me interesa mucho más saber adónde nos dirigimos —cortó Sherlock Holmes.

—¿Adónde nos dirigimos? —le preguntó Irene con una sonrisa que le iluminó los ojos—. ¿Quieres decir que tienes la determinación de aceptar nuestra petición de ayuda?

El gran investigador miró a Irene y después a mí, y respondió:

—Dudo que seáis capaces de conseguirlo solas.

Yo puse ojos de estupor, pero ya empezaba a intuir que sus maneras bruscas y arrogantes eran una especie de mecanismo de defensa.

—Gracias, Sherlock —dijo Irene, prefiriendo no darse por enterada de la provocación. Luego se volvió hacia Lupin para preguntarle—: ¿Y tú? ¿Qué tienes intención de hacer?

—Yo me apunto, creo que un poco de aventura con viejos amigos es lo que hace falta para romper la rutina —respondió con una mueca divertida—. Pero ahora, ¿quieres decirnos cuál es la próxima etapa? Todo este suspense podría perjudicar a un corazón ya no tan joven… ¡El de Sherlock, por ejemplo!

Irene posó su mirada en cada uno de nosotros con solemnidad y la detuvo un instante más en mí, como diciéndome que todo saldría bien.

Éramos un equipo.

—Señoras y señores —anunció Irene—, partimos con destino a Rostock.

Cruzamos una mirada satisfecha: por fin conocíamos nuestro próximo destino. El buen ambiente, de todos modos, se rompió casi enseguida. Se acercaban unas pisadas. Sherlock recuperó en un abrir y cerrar de ojos el bastón que había dejado en un rincón y

Lupin apretó el mango de su paraguas. Irene cogió rápidamente el dinero y el papel del nicho y sacó del bolsillo la pistola con cachas de madreperla. Luego me empujó a la relojería por la puerta que la unía a la trastienda.

CAPÍTULO 9

COMO UN OSCURO CUENTO

—Podría ser el sicario que ha matado a Franz —susurró Irene en voz bajísima.

Nos quedamos en silencio los cuatro mientras el corazón volvía a martillearme en los oídos y me asaltaba de nuevo el temor absurdo a que pudiera delatar mi posición, como en un cuento de Edgar Allan Poe. Descubrí que todavía tenía en la mano la pequeña llave cúbica que servía para abrir la réplica del huevo, porque la apreté tan fuerte que casi me agujereé la piel. Metí la mano en el bolsillo del abrigo y la dejé caer en él.

—¿Franz? —preguntó una vocecita de mujer.

Irene nos hizo seña de no abrir la boca y se acercó a hurtadillas a la puerta entornada para atisbar en la trastienda.

—¿Franz? Soy Marianne, del piso 11B. He oído ruidos, ¿va todo bien?

Irene seguía indicándonos que estuviéramos quietos con una mano levantada en nuestra dirección. Podía ser una trampa.

Después, un chillido perforó el silencio de la noche.

—¡Franz! ¡Oh, Dios mío! ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude! —gritó la mujer, que salió corriendo.

—¡Rápido, antes de que nos encuentren aquí! —murmuró Lupin, y abrió la puerta principal de la relojería con una de sus ganzúas.

Nos precipitamos afuera, miramos a todas partes para asegurarnos de que nadie nos había visto y nos escabullimos como sombras por la calle.

—No podemos volver al hotel Sacher —dijo Irene—. Es obvio

que nuestros enemigos saben bastantes cosas, incluso hasta dónde nos hospedamos.

—Sí. Y quizá nos pisen los talones en este mismo instante —comentó Lupin, girando sobre sí para observar la calle en que estábamos, llena de entrantes oscuros y posibles escondrijos—. Quizá haya llegado el momento de que tú y Sherlock nos hagáis una demostración de vuestras habilidades. Si os aseguráis de que nadie nos siga, puedo conduciros a un lugar seguro, un piso no lejos de la casa de Mozart.

Sherlock e Irene cruzaron una mirada de entendimiento y, en silencio, nos guiaron en un largo periplo por las calles de Viena, con bruscos e improvisos cambios de dirección. A una señal suya, Lupin abría portales y verjas.

Cuando yo ya había perdido completamente la orientación y mis pies emitían repetidas y continuas señales de cansancio, Lupin nos señaló el portal de un edificio señorial. En vez de usar las ganzúas, esta vez sacó un mazo de llaves. Nos condujo a la última planta, donde abrió la puerta de un apartamento y nos invitó a entrar con una afectada reverencia.

—¡Qué maravilla! —exclamé yo, señalando los cuadros de las paredes, cuando Lupin encendió las luces.

Estábamos rodeados de obras maestras de la pintura.

—¿Ese es un Renoir original? —preguntó Irene, indicando un cuadro, y Lupin se lo confirmó.

Entretanto, había atraído mi atención un piano de cola que había en el centro del salón y me acerqué a él.

—No puedes tocarlo —me dijo Sherlock.

—Lo sé, despertaría a todos en el edificio y llamaría la atención —respondí yo, preguntándome por qué clase de insensata me había tomado.

—Quería decir que solo es de adorno, nunca se ha utilizado. Mira la banqueta, el asiento de piel no tiene ni una arruga ni un hundimiento. Y las teclas no muestran señales de uso —explicó él, acercándose también y señalando con sus dedos alargados y un poco nudosos las cosas que había mencionado.

A la tenue luz eléctrica del apartamento, observé los detalles que me había hecho notar y asentí.

—Entonces, si solo lo han puesto ahí por estética, estará

desafinado —supuse, y él me miró con una sonrisa complacida antes de volver enseguida a su expresión ceñuda habitual, al darse cuenta de que le devolvía la sonrisa.

—Supongo que no es tuyo —le dijo Irene a Lupin, señalando lo que nos rodeaba.

—No, no es mío. Y antes de que el viejo moralista que está junto al piano tenga algo que criticar, quiero precisar que he «tomado prestadas» las llaves de este sitio a un turbio negociante que se enriqueció con ciertas especulaciones durante la guerra y que, desde luego, no se verá perjudicado si usamos uno de sus diez apartamentos repartidos por todo el mundo.

Sherlock Holmes se encogió de hombros por todo comentario.

—Bien. Este piso tiene tres dormitorios. Si a Irene y Mila no les importa compartir la habitación principal, Sherlock y yo ocuparemos las otras dos. Lo contrario significaría que mi viejo amigo y yo nos resignaríamos a compartir la cama de matrimonio.

—Puedo dormir en el sofá —respondió seco Sherlock.

—No es necesario, Mila y yo dormiremos en la misma habitación, prefiero tenerla siempre conmigo. Por si acaso debo defenderla de nuestros enemigos —declaró Irene.

—Bien —dijo Lupin con una sonrisa—. Me parece que todos estáis al corriente de lo que sucede. Y no podría, obviamente, esperarme menos de nuestro querido y viejo Holmes. Pero yo he sido convocado con una carta bastante desconsolada que hablaba de una joven que proteger y de otra que salvar, y de una intriga de proporciones mundiales. Confieso que he respondido a la llamada por espíritu aventurero, pero sin comprender muy bien de qué se trata. ¿A quién tenemos que salvar? Y si la joven que hay que proteger es Mila, ¿de qué debemos protegerla y por qué?

En la casa se hizo el silencio.

—Mila, tesoro, quizá convenga que seas tú quien lo cuente todo.

Asentí, pero de repente tenía la boca seca. Todo aquello que me habían educado para no decir nunca estaba a punto de salir y de improviso me parecía insoportable, gigantesco.

Si cuentas un secreto, ya no puedes hacer que te lo devuelvan.

Pero había algo más: me gustaba y me tranquilizaba ser conocida como Mila, hija de Irene Adler. Porque aún hoy eso es lo que siento que soy, más que todo lo demás. La familia puede no

estar formada por el padre y la madre que te trajeron al mundo, y en casos como el mío es una bendición. Mi verdadera familia empezó a formarse el día de mayo en que desembarqué en la isla de Ellis tras un largo viaje desde Rusia del que conservo recuerdos vagos. Y se completó al final de esta loca misión que estoy rememorando.

En aquella noche en Viena, de todos modos, apreté los puños y encontré valor para decir:

—Me llamo Liudmila Romanova y soy la hija secreta del último zar de Rusia.

Así es. Nací en Gátchina en los albores del siglo XX. Mi padre, el zar Nicolás II, permitió que yo viviera en la residencia campestre en que él había crecido y me garantizó una buena educación, a condición de no aparecer nunca ante él ni ante la familia real. Pero alguien se las arregló para sortear sus órdenes y por eso ahora me encontraba allí. Durante la revolución, la familia real fue masacrada por los insurgentes. Mi padre y mis hermanastros estaban todos muertos. Todos menos un componente de la familia.

—¡Vuestra Alteza! —exclamó Lupin estupefacto.

—No, te lo ruego, no me llames así. Soy Mila, solo Mila —protesté yo—. Además, no estamos aquí por mí, ¡sino porque debemos salvar a Asia!

—¿Asia? —preguntó Lupin.

—Anastasia Romanova —intervino Sherlock, y en aquel momento le estuve agradecida por haber hablado, porque sentía que se me saltaban las lágrimas y la voz se me quebraba.

Traté de recomponerme y continué:

—Ella había descubierto mi existencia. ¡Era la única! Nos parecíamos muchísimo, le había bastado con verme en Gátchina para comprenderlo todo. Cuando el zar se enteró, me mandó a Estados Unidos para separarnos. ¡Cuánto sufrí al saber que los habían matado a todos! Pero luego me llegó esta carta.

Metí la mano por el cuello de mi vestido y saqué una bolsita que me había colgado con un cordón. Extraje cuidadosamente la carta que contenía y se la enseñé a Holmes y Lupin.

Querida Mila:

No he muerto, y necesito tu ayuda. Tu madre adoptiva sabrá qué

hacer. El conde G. guiará vuestros pasos por la ciudad de nuestro amigo Wolf.
Espero volver a verte pronto.

A.

—¿Estás segura de que es de su puño y letra?

—Sin duda. La ciudad de nuestro amigo Wolf es Viena. Wolf era el apodo que le había puesto Asia a Wolfgang Amadeus Mozart, su pesadilla en las clases de piano. Era una broma entre nosotras, no podían saberlo otros. El conde G. es un noble ruso leal al zar. Es el que me expatrió —expliqué.

—Y que hizo todo el esfuerzo posible para salvar a la familia real y ha conseguido esconder a Anastasia para que huyera a escondidas de Rusia —añadió Irene.

—¿Desde cuándo te interesas por las familias reales? Te escapaste de una de ellas… —preguntó Lupin con una mueca burlona disimulada bajo la máscara de la cortesía.

—Desde que Mila está conmigo —respondió Irene con una vehemencia que me estremeció—. Desde que sus hermanastros fueron masacrados sin piedad…

—Y desde que aquella brutal ejecución se hizo para borrar completamente alguna importante información, quizá un secreto de Estado —la interrumpió Sherlock.

Irene, sorprendida, se volvió para mirarlo.

—¿Has mantenido tus contactos con los servicios secretos?

—Ni se me pasa por la cabeza. No tengo ninguna obligación con Su Majestad salvo como súbdito. De vez en cuando le envío un tarro de mi miel y sus secretarios me mandan agradecimientos tan refinados como impersonales. Pero creo que tú si has mantenido tus relaciones con la inteligencia norteamericana y que sabes más de lo que quieres revelarnos.

Yo puse los ojos como platos.

¿Acaso había algo que Irene no me había dicho?

Hasta entonces me había fiado ciegamente de ella y no había pretendido saber de su plan más de lo que ella quisiera contarme. Yo tenía que saber lo menos posible, reflexionaba. Así, si me capturaban, no daría al traste con todo. Me sentía fuerte y heroica. En los momentos de máxima agitación, me veía inmolándome para

salvar a Asia en un fin trágico y grandioso. Tontas fantasías de niña. Pero, más que nada, quería complacer a Irene, demostrar estar a la altura de aquella mujer increíble que había aceptado hacer de madre para mí. Sin embargo, su mirada ante la afirmación de Sherlock hizo que el corazón me diera un vuelco. ¿Había algo que yo debiera saber? De pronto quería preguntarle todo, hacer que me revelara cada paso, cada razón, cada conversación secreta con el conde G. o con cualquier otra persona implicada en aquella historia. Abrí la boca para hablar, pero Irene se me adelantó diciendo:

—Mariscal Kinzhal. Así se hace llamar nuestro enemigo. Es un sicario bolchevique, pero puede que tenga motivos o intereses personales que lo empujen a encargarse de este asunto. Está dedicando toda su energía a la búsqueda de Anastasia y eso ha puesto en alarma a algunos de mis contactos. No sabemos qué quieren hacer con ella, pero lo que sí sabemos con seguridad es que es un hombre peligroso.

Kinzhal. En ruso quería decir «puñal». Era la primera vez que oía aquel nombre, Irene me estaba ocultando más de lo que creía. «Para protegerme», pensé impulsivamente. «Porque no se fía de ti», dijo una vocecita feroz en algún rincón de mi mente.

—Kinzhal es el nombre con que se conoce comúnmente el puñal circasiano —observó Holmes—, un arma de combate cuerpo a cuerpo utilizada por los cosacos, los soldados rusos de antiguo origen nómada que le dieron la espalda al zar para unirse a la revolución.

—Eso nos dice mucho de nuestro adversario —intervino Lupin, recalcando la palabra «nuestro».

—¿Todavía estáis de acuerdo en ayudarnos? —preguntó Irene, aprovechando al vuelo aquella oportunidad y concentrando su mirada en Sherlock Holmes.

El investigador asintió con la mirada perdida lejos. Imaginé que los engranajes de su poderosa mente se habían puesto en movimiento. ¿Aún estaba convencido de que Irene nos ocultaba algo? Lo cierto es que era el único capaz de ayudarme a mí a descubrirlo.

CAPÍTULO 10

CITA EN EL PUERTO

La luz de la mañana, que se colaba por los postigos de la ventana cercana a la cama, me despertó demasiado pronto. Todavía embotada por el sueño, confié en que volvería a dormirme al menos unos minutos para reunir todas las fuerzas posibles. Pero los pensamientos se agolpaban en mi mente, ya demasiado avivada para sumirse de nuevo en el territorio de los sueños. Así que me levanté despacio para no despertar a Irene, me quité la camisa de hombre que había cogido de un cajón y usado como camisón y me vestí en silencio con la misma ropa del día anterior. Las medias estaban arrugadas detrás de las rodillas, por no hablar de la falda, que ni siquiera conservaba el plisado. Eché de menos las maletas que habíamos abandonado en el hotel Sacher y me pregunté si no habría forma de recuperarlas.

Mientras el sol volvía a abrazar la ciudad, intenté borrar el miedo y la angustia sentidos la noche previa. Quizá pudiéramos volver a nuestro hotel. Quizá hubiéramos exagerado escondiéndonos en aquella casa. Pero luego volvió a mi mente el cuerpo sin vida de Franz *el Relojero* y me invadió una sensación de frío pese a la tibieza de aquella mañana estival.

No habíamos exagerado. El peligro que corríamos era hasta demasiado real.

Sin embargo, incluso en aquel momento tan complicado, no podía apartar de mí el fastidioso, infantil y caprichoso deseo de recuperar mi ropa, mi sombrerito azul y mi neceser de aseo. Ni el de disfrutar de un desayuno fabuloso en aquel hotel famoso por sus dulces, haciendo como si estuviera de vacaciones y desechando los pensamientos funestos y los miedos por el futuro.

Me dirigí al salón de puntillas.

—Buenos días —me dijo Lupin, que me recibió con una gran sonrisa.

—Buenos días —dije yo sin conseguir disipar la nube de siniestros pensamientos que me envolvía.

—¿Por qué esa expresión ceñuda, princesa? —me preguntó él.

—No me llames así —dije yo, poniéndome de morros.

Una risita salió de su garganta.

—Creía que a la mayoría de las niñas les gustaba que las consideren princesas, y además tú lo eres de verdad…

—Yo no soy la mayoría de las niñas, soy Mila y punto.

Lupin me miró de la cabeza a los pies y asintió satisfecho, como si mi aspecto le hubiera confirmado algo.

—¡Nada de princesa, eres una Adler hecha y derecha! —dijo—. Tú e Irene sois la una para la otra. Pero ahora dejemos a un lado los malos pensamientos por un instante, tengo una sorpresa para ti.

Me puso una mano en el hombro con un gesto suave y protector y me llevó al comedor.

—¡Es fantástico! —exclamé en voz alta.

Ante mí había una mesa puesta con un finísimo mantel de holanda, flores frescas, porcelana con borde de oro y cubertería de plata. Y comida suculenta: un suntuoso *gugelhupf* con uvas, un *strudel*, huevos duros, pan crujiente recién horneado, mermelada…

—¿Té o café? —me preguntó Lupin mientras me invitaba a sentarme a la cabecera de la mesa.

Iba a responderle, pero un ruido de pasos secos y apresurados me paralizó.

—Oh… Creo entender que, cansado de ser un delincuente, el mal afamado Lupin pretende ahora dedicarse a la hostelería —dijo a mi espalda una voz cortante que me sobresaltó.

—Buenos días a ti también, Sherlock —replicó Lupin con una reverencia burlona.

—¿De verdad era necesario? —siguió diciendo Holmes, lanzando una mirada a la mesa puesta.

—¡Claro que sí, vejestorio! Será un día largo y todos tenemos necesidad de un desayuno abundante —contestó Arsène sin ceder ni una pizca en su jovialidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Irene, uniéndose a nosotros.

Me asombró lo fresca y arreglada que parecía pese a vestir la ropa del día anterior. Al contrario que yo.

—Arsène ha pensado que era una buena idea salir a la calle, corriendo riesgos inútiles, para procurarse… ¡huevos y dulces! —explicó Holmes, que se dejó caer en un silloncito.

—Eso es inexacto —rebatió Lupin, riéndose sarcásticamente mientras hundía una cucharilla en la mermelada—. He corrido algún pequeño riesgo, pero en absoluto ha sido en vano… ¡Había algo más que ir a buscar además del desayuno!

Mientras lo decía, señaló un rincón a su derecha, junto a un mueble de taracea.

—¡Nuestras maletas! —exclamé, y me puse en pie dando palmas. Mi ropa estaba allí dentro. Y también mi cepillo, mi perfume, mi dentífrico en polvo… Me sentí como si me acabaran de restituir una parte importante de mi vida.

—¿Has ido al hotel Sacher? —dijo Irene, contrariada—. Habrías tenido que decírnoslo.

—Quería ver si aún había alguien siguiéndoos la pista y, en tal caso, descubrir algo interesante sobre nuestros adversarios —explicó Arsène—. Pero en cualquier caso… si te lo hubiese dicho, habrías querido venir también, te conozco.

—No te correspondía a ti decidir.

—¡Venga, pero si soy el mejor para estas cosas! Y estoy acostumbrado a trabajar en solitario.

—¿Y si te hubiesen visto y reconocido?

—¿Acaso crees que he ido *au naturel*? Me subestimas, querida.

—¿Y si te hubiesen atacado?

Arsène Lupin sonrió y se encogió de hombros.

—Estás pálido —observó Sherlock Holmes, y al principio me pareció una constatación incongruente.

Pero luego vi una mancha oscura, poco mayor que una moneda, en la camisa de Arsène, en el costado derecho. Destacaba por el color rojo parduzco en contraste con el algodón inmaculado de la prenda de vestir.

—¡Pero si estás herido! —exclamé, señalando la mancha.

—Oh, no es nada —minimizó él, haciendo un gesto con la mano.

—Déjame ver —dijo Irene con un tono que no admitía una negativa.

Lupin suspiró y se levantó la camisa.

—Irene, si lo haces para admirar mi escultórico cuerpo, lo acataré, pero de verdad que no es nada.

Una gasa manchada de sangre seca cubría el costado de Arsène.

—¿Quieres decirnos al menos lo que ha pasado? —suspiró Irene, exasperada.

—Oh, más o menos lo que había previsto —respondió tranquilamente Lupin después de beber un sorbo de café—. Había un hombre que vigilaba vuestra habitación. ¡Un tipo que habría hecho mejor dedicándose a otra cosa! Incauto y con una cara que se reconocería entre mil…

Un recuerdo improviso cruzó por mi mente y exclamé impulsivamente:

—¡Tiene un antojo en la mejilla! ¡Lo vi mirándonos durante la cena!

—¿Y por qué demonios no me lo dijiste, Mila? —me preguntó Irene, repentinamente severa.

—Porque pensé que estaba siendo demasiado recelosa…

Lupin me dirigió una mirada auténticamente admirativa y, volviéndose hacia Holmes, dijo:

—¡Amigo mío, tenía toda la razón! ¡Esta brillante muchacha te robará el protagonismo tarde o temprano!

—¡Continúa! ¿Qué ha ocurrido después? —lo apremió Sherlock, haciendo caso omiso de aquel comentario.

—El hombre con el antojo en la mejilla ha intentado clavarme un puñal. Un arma chabacana, llena de muescas en la empuñadura.

—Un Kinzhal —explicó Sherlock.

—En vuestra opinión… ¿era el mariscal? —pregunté yo, dando un respingo.

—Más probablemente uno de sus esbirros —respondió Arsène—. Como habréis adivinado, al final le he ganado la partida, pero, antes de que lo dejara atado y amordazado en la habitación, me ha dicho que estábamos poniendo en nuestra contra a un hombre muy poderoso.

—¿Y por qué no lo has…? —empezó a preguntar Sherlock, pero se calló de golpe y posó una mirada desolada en mí.

—¿… liquidado? —sugirió Arsène—. No es mi estilo.

—¿Estilo? ¿Es que ahora los delincuentes tienen estilo? —repuso

Holmes.

—Servidor lo tiene, eso sin duda, ¡y prueba de ello es la manera en que sabe disponer una mesa para el desayuno! —le contestó, guiñándome un ojo.

—Está bien. Si las cosas salen mal, siempre podrás ofrecerte al mariscal Kinzhal como mayordomo —soltó Sherlock, poniéndose en pie.

Irene puso los brazos en jarra y miró alrededor con sentido práctico.

—No tenemos tiempo para quedarnos aquí riñendo… —dijo—. Tenemos que irnos, y pronto. Seguiremos viaje a Rostock antes de que el enemigo nos caiga encima.

Ante nuestros ojos estupefactos, Arsène, como si tal cosa, se sirvió una taza de té y un gran trozo de *gugelhupf*.

—Nadie me ha seguido, lo juro. Podemos tomarnos otros diez minutos; no querréis desperdiciar todas estas exquisiteces divinas… Además, ya os lo he dicho: no se emprende una gran misión con el estómago vacío.

La calma de Lupin y la perfecta quietud que reinaba en aquel lujoso apartamento fueron suficientes para convencernos a Irene y a mí de sentarnos a desayunar, mientras que Holmes se limitó a beberse una taza de té. En todo caso, una hora más tarde viajábamos ya en un tren que rodaba hacia el norte a través de la campiña de la Baja Austria.

De Rostock me impresionaron los edificios estrechos con tejados a dos aguas increíblemente inclinados. Todo parecía tender hacia lo alto: las torres y los campanarios parecían lapiceros con la punta recién afilada. Pero yo no me encontraba en el estado de ánimo adecuado para distraerme con la arquitectura de aquella ciudad alemana que me parecía salida de un disparatado cuento de hadas.

—Mila, no te despegues de mí —me dijo por enésima vez Irene, que encabezaba nuestro grupo, mientras nos adentrábamos en el puerto.

No protesté. La verdad es que estaba luchando conmigo misma para no agarrarme de sus faldas, como una niña que tiene miedo de perderse en mitad de la multitud.

—Querida… —me dijo Lupin, que me ofreció el brazo con elegancia.

Acepté el ofrecimiento y me dejé llevar del brazo hacia el muelle de los transbordadores, mientras que Sherlock Holmes cerraba la fila mirando a todas partes con atención.

—Por aquí —exclamó de pronto Irene, señalando una embarcación atracada a la que estaba subiendo un grupo de chicas poco mayores que yo, charlando amigablemente.

Un hombre de complexión robusta nos hizo una señal con el sombrero.

—Agnès —saludó el hombre, inclinando apenas la cabeza.

En su documentación falsa, que Lupin había conseguido recuperar con el resto del equipaje, estaba escrito precisamente eso: Agnès de Givencourt. Era el nombre que Irene había utilizado para emigrar secretamente a Estados Unidos casi medio siglo atrás. Por mi parte, yo sería Charlotte de Givencourt.

—Karl —lo saludó Irene.

Vi que los ojos de Sherlock se habían entornado de improviso hasta convertirse en dos rendijas, y que en el rostro de Lupin se había dibujado una sonrisita irónica. «He aquí al famoso espía alemán del beso, gracias al cual hemos obtenido nuestras instrucciones», pensé yo, mirando a Karl de la cabeza a los pies. No me parecía que fuera el tipo de mi madre, pero quizá solo se tratara de celos de hijos.

—¿Y estos dos señores? —preguntó Karl mirando a Sherlock y Arsène.

—Son los amigos de que te hablaba.

—¿Saben que no pueden zarpar con sus verdaderos nombres, por si algo se tuerce?

Lupin sacó del bolsillo dos pasaportes.

—Claro, «Karl» —respondió, y le entregó uno de los documentos a Sherlock, que lo cogió con un gesto brusco.

—Su tapadera es que son los mecenas del coro femenino que actuará en Danzig. Allí, Katrina será sustituida por… la fugitiva, que habrán rescatado antes del espectáculo gracias a las instrucciones que los esperan en el hotel Motlawa, así podrá dejar la ciudad y marcharse a Estados Unidos con ustedes —dijo Karl, haciéndole un gesto a una de las componentes del coro femenino para que se acercara.

—Bienvenidos —dijo una chica de fuerte acento alemán, y yo

me estremecí de sorpresa. Era igual que Asia.

Pero la impresión duro solo un instante. Su voz era completamente distinta. Y esa chica, además, me parecía más baja y débil que Asia, que siempre había sido espigada pero fuerte.

—¿Y Katrina se quedará en Danzig? —preguntó Irene.

—Sí, tengo parientes allí —respondió Katrina con una sonrisa de seguridad.

—¿De verdad vamos a ir a la Ciudad Libre de Danzig? —preguntó Sherlock Holmes, alzando una ceja.

—Sí, por el Tratado de Versalles firmado al final de la guerra es uno de los pocos lugares independientes de la región —explicó Karl.

—¡Es un puñado de tierra en pleno centro de los territorios bajo presión de Rusia! ¡Habrá espías por todas partes! —soltó Holmes.

El hombre le sonrió, imperturbable, y respondió:

—Por eso no hemos conseguido llevarnos a la fugitiva hasta hoy. ¡Por suerte, ahora lo harán ustedes!

CAPÍTULO 11

UN JUEGO PELIGROSO

Poco después viajábamos ya rumbo a nuestro nuevo destino. Me despedí de Karl con un ademán de la mano y él me respondió ondeando el sombrero.

Katrina nos presentó a la directora del coro, *fräulein* Meier, una mujer huesuda y nerviosa que nos agradeció profusamente las generosas donaciones recibidas por el coro y nos prometió una actuación impecable de sus pupilas en el teatro de Danzig. Pero en mi cabeza rondaban otros pensamientos que no tenían relación con las canciones de Brahms para coro femenino.

Mientras Rostock y sus edificios de tejados empinados se alejaban y el transbordador surcaba el mar Báltico creando largas estelas de espuma, yo trataba de calmar la desazón de mi espíritu. Anastasia estaba cerca, a pocas horas de mí. Una breve travesía, unas instrucciones secretas guardadas en un cajón de la habitación de un hotel… Eso era todo lo que se interponía entre nosotras.

Y toda una revolución que se había llevado por delante al resto de nuestra familia y amenazaba con separarnos para siempre.

—Mila, voy a explorar el transbordador para ver si estamos seguros —me dijo Arsène—. ¿Te apetece venir conmigo?

Le sonreí, agradecida, y dije que sí con la cabeza. Desde luego, no necesitaba mi ayuda, pero debía de haber notado mi expresión preocupada y quizá turbada, por lo que probablemente había decidido distraerme un poco. Lo seguí con entusiasmo. Irene había conservado algunos artículos de periódico en los que se contaban las audaces proezas de Arsène Lupin. Por aquellas páginas repletas de hipérboles y exageraciones me había hecho la idea de un fanfarrón vanidoso y temerario, pero me equivocaba. No es que

Lupin no fuese un poco esas cosas, lo era. Pero en él había una vitalidad difícil de encontrar en un hombre de su edad. Era como si cada célula de su cuerpo sonriera.

—¿Cómo va la herida? —le pregunté mientras dejábamos a Irene y Sherlock en cubierta y nos movíamos entre los pasajeros observándolos uno por uno.

—Bueno, solo es un arañazo. Hace falta mucho más para detener a Arsène Lupin —dijo él.

Estuvimos un rato mirando alrededor y fijándonos en cada cara que pasaba por delante de nosotros. A cada instante, yo temía ver aparecer al hombre con el antojo en la mejilla, pero mis ojos encontraron solamente personas de aspecto inofensivo, que no parecían hacerme ningún caso.

—Esperemos que, en nuestra ausencia, esos dos no se enzarcen como gatos —dijo de pronto Lupin, señalando en dirección al lugar en que habíamos dejado a Irene y Holmes.

Yo lo miré con disimulo.

—Tú también sigues enfadado con ella, ¿verdad? —le pregunté de improviso.

Él parpadeó sorprendido.

—¿Y qué te lo hace pensar? Me parece que he estado cordial con la querida Irene.

—No la buscaste cuando volvió hace años. En Londres, Milán o Varsovia.

—Ella no me buscó a mí —replicó él después de haber rumiado un instante, y se encogió de hombros.

—Y no la has abrazado cuando os habéis reencontrado.

—Ni ella me ha abrazado a mí. Además, tampoco he abrazado a Sherlock, aunque sé que ese viejo gruñón todavía me aprecia…, ¡si no, yo estaría en la cárcel desde hace tiempo!

A mí se me escapó una risita.

—¡Pero Sherlock Holmes no es la clase de persona que dé abrazos! Irene sí, en cambio, y me parece que tú también…

Entonces fue Lupin el que soltó una risa, mucho más sonora que la mía.

—¡Queridísima Mila, si no estuviera seguro de saber quién es tu padre, diría que eres la hija secreta de Sherlock Holmes! Tienes su capacidad de percibir cosas que a los demás se nos escapan.

—No soy tan buena…

—Tampoco él lo era a tu edad. Un talento así no llega completo y listo para su uso, hay que cultivarlo a lo largo del tiempo.

Abrí la boca de par en par, pero enseguida me di cuenta de que no era un gesto muy de señorita y me puse una mano delante. Nunca había pensado en esos términos en las facultades de Holmes. Jamás había pensado en aquellos términos en las facultades de nadie, a decir verdad. Los adultos, sobre todo los que son muy buenos en algo, me parecían entonces sólidos e inmutables, perfectos en su habilidad. Jamás había razonado sobre el hecho de que hubiese un antes, un tiempo muy distinto en el que habían sido jóvenes, inexpertos, inmaduros e imperfectos.

—En cualquier caso, sí, todavía estoy un poco enfadado con Irene —confesó Lupin, interrumpiendo aquella repentina iluminación mía—. De vez en cuando pienso que, si se hubiera quedado, o si nos hubiese implicado en su plan de huida a Estados Unidos, habríamos permanecido juntos siempre. Los tres, felices y osados, los mejores amigos de la historia. Y también los más grandes aventureros de la historia. Pero me equivoco al pensarlo.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que yo ya había tomado mi decisión antes de que Irene se marchara.

—¿Y cuál era? —le pregunté.

La mirada de Lupin se volvió distante y opaca por un momento, luego brilló de nuevo, acompañada con una gran sonrisa.

—¡Veamos si tienes algo en común también con el tío Arsène! —exclamó mientras se adueñaba de él un nuevo entusiasmo.

—¡¿Tío?! —pregunté yo, carcajeándome, mientras él se abría paso enérgicamente entre los pasajeros del transbordador.

Arsène se volvió para mirarme e hizo un gesto distraído con el brazo; antes de que pudiera detenerlo, fue a chocar con un señor bigotudo y corpulento.

—¡Cuidado! —soltó el hombre, contrariado.

—Cuánto lo siento, le ruego me disculpe… —dijo Arsène, recolocándole las solapas de la chaqueta.

El otro rechazó sus atenciones y siguió andando en sentido opuesto al nuestro.

Arsène se volvió para comprobar que no lo miraba y, con una

sonrisa de pillo, me enseñó una abultada cartera.

—Pero… ¡¿es de ese señor?! —balbucí desencajando los ojos.

Arsène se rio mientras yo mirada alrededor frenéticamente por miedo a que alguien más lo hubiese visto todo y tiraba de él hasta un rincón escondido.

—¡¿Y si te hubiese pillado?!

—¿A mí? ¿Al gran Arsène Lupin? —respondió él, divirtiéndose.

—¡Tenemos una misión importante! ¡No podemos arriesgarnos a echarla a perder por una estúpida broma! —mascullé yo, cruzándome de brazos y volviendo la mirada al horizonte para darle a entender que estaba realmente enfadada.

—Mila… —dijo él con voz engatusadora.

—¡Bah!

—¡Venga, si es un juego! ¡Voy a devolvérsela, te lo prometo! Y, de todas formas, el juego aún no ha acabado.

—¿Cómo que no?

—Pues que se la devuelvo solo si tú me demuestras que eres capaz de robar algo sin que te pillen.

Me volví de sopetón y clavé mis ojos en los suyos.

—Pero ¡¿es que estás loco?!

—No, tan solo soy un hombre práctico y con muchos recursos. Por eso me gustaría ayudarte a cultivar los tuyos. No conozco tus facultades, pero creo haber comprendido tus deseos.

Resoplé incrédula y le pregunté:

—¿Y cuáles son?

—Llegar a ser como Irene. Y como Sherlock.

—¡Yo no quiero ser como ese gruñón misántropo de Sherlock Holmes!

—Claro que quieres. Ser considerada la mejor en el mundo por tu fina inteligencia… ¡Piénsalo! De lo que estás segura es de que no quieres ser como yo, en cambio.

—Bueno, yo…

—Un ladrón, un malhechor, un tipejo disfrazado de señoritingo —dijo él girando sobre sí como en un pase de modelos—. Pero hay cosas que esos dos saben hacer solo porque las aprendieron de mí. Así que, cuando intenten protegerte de mi oscura influencia, recuerda que sin Arsène Lupin ellos no serían Sherlock Holmes e Irene Adler tal y como los conocemos ahora.

Aflojé mi postura rígida, descrucé los brazos y lo miré con estupor. La habilidad para disfrazarse, ciertas excusas, la capacidad de mentir sin que se le notara… No le faltaba razón. Pese a haber elegido estar al otro lado de la barricada, el de la ley, Irene y Holmes habían tomado de él más de lo que probablemente reconocerían nunca.

—Así que venga, conténtame, prueba también a ser como yo solamente por un instante… —terminó de decir con voz embaucadora.

—¡Bah! —exclamé de nuevo sin saber qué decir.

—Venga… ¿O no eres lo bastante valiente? A tu edad, Irene no se habría echado atrás, y tampoco Sherlock.

Lo miré a hurtadillas. ¿De verdad me estaba juzgando? ¿Estaba decidiendo si estaba o no a su altura? Enderecé la espalda, apreté los puños y, sin decir nada, me abrí paso entre las personas que miraban el mar. El viento nos embestía y hacía ondear como velas las faldas de las señoras. Me apoyé en la borda, entre una señora anciana y un hombre enjuto de aire distraído. Eché una ojeada al bolsillo del hombre, del que salía la cadena de un reloj de oro. Intenté alcanzarla con los dedos, pero los retiré en el último momento por temor a hacer un movimiento torpe y ser descubierta. Notaba la mirada divertida de Arsène clavada en mi nuca y me entró el estúpido deseo de demostrarle que era tan buena como él. En potencia, incluso más. Necesitaba desviar la atención.

—¡Miren allí! ¿No es un delfín aquello? —grité de repente, señalando un punto impreciso entre las olas.

La gente que me rodeaba se entusiasmó y varias voces empezaron a superponerse.

—¡¿Dónde?!

—¡Allí! ¡Lo he visto!

—¡No, no, solo son olas!

—¡Allí! ¡No, allá! ¡Miren!

Todos los que se encontraban cerca se aplastaron contra la borda para ver mejor y yo lo aproveché para meter la mano en el bolsillo del señor que estaba a mi lado. Cerré los dedos alrededor del reloj y, con un movimiento rápido, se lo sustraje. Luego me volví hacia Arsène con expresión triunfante e iba a llegar a él cuando una voz me detuvo.

—¡Te he visto, jovencita! ¡Le has quitado algo al señor! —dijo la anciana que poco antes estaba a mi lado.

Palidecí mientras todos los pasajeros me miraban curiosos. Imaginé enseguida a los policías, las esposas, la cárcel. Quería gritar: «¡Solo era un juego!», y darme de bofetadas por mi necedad, que podía hacernos perder tiempo y dar al traste con el plan.

Me sentí atrapada.

CAPÍTULO 12

LA SOMBRA DE UN DOLOR

—¿Qué ocurre? —preguntó Arsène, acercándose con las manos en los bolsillos, sereno y sonriente como siempre.

—Esta chica le ha robado algo al señor —dijo con convicción la anciana, señalando al dueño del reloj.

—¡Charlotte! —me regañó Arsène.

—En realidad, yo…

—Te había dicho que no fueras por ahí sola, siempre te metes en las situaciones más embarazosas, cielo —dijo él, meneando la cabeza con una sonrisa benévola. Luego añadió—: Es mi sobrinita adorada, ¿saben? Inteligentísima, pero un poco patosa. Debe de ser la edad.

Intuí que tenía un plan para salvarme del desastre, pero no pude evitar resoplar. ¡¿Patosa yo?!

El dueño del reloj, entretanto, se había llevado la mano al bolsillo y había empezado a armar escándalo:

—¡El reloj de mi padre! ¡Ha desaparecido!

Yo apretaba el reloj con ambas manos, buscando desesperadamente una manera de librarme de él. Lupin cogió mis manos entre las suyas y dijo:

—¡Vamos a tranquilizar a estos amables señores!

Sentía el contacto frío del metal y traté de oponer resistencia mientras Lupin me abría los puños para enseñarles a todos lo que apretaba. ¿Qué tenía intención de hacer? ¿Quería que me descubrieran para darme una lección? Un relampagueo burlón cruzó por sus ojos y yo sentí un escalofrío. Pero, cuando Lupin les

enseñó a todos el contenido de mis manos, tuve que luchar conmigo misma para no lanzar un grito de estupor. En mi palma izquierda no había un viejo reloj de bolsillo, sino un medallón labrado.

—¡La foto de tu tía! —exclamó Lupin, falsamente sorprendido—. Tesoro, te he dicho que no te entregues en exceso a la pena y la melancolía. También yo la echo mucho de menos, ¿sabes?

Yo abrí el medallón y encontré el retrato de una mujer preciosa de grandes ojos dulces.

—Vale, tienes razón, tío, perdóname —dije, devolviéndole el medallón.

—Bien está lo que bien acaba —dijo afablemente Arsène, tomándose la libertad de darle unas palmadas en el hombro al dueño del reloj.

—Sí, de acuerdo, pero… ¿y mi reloj? —protestó este último.

—A lo mejor se lo ha guardado en el bolsillo de la chaqueta —sugirió Arsène.

El hombre lo comprobó y, con gran asombro, sacó el objeto que yo le había robado. La misma expresión de incredulidad se dibujó en mi rostro. Había observado a Arsène todo el tiempo, pero no lo había visto dejar caer el reloj en el bolsillo del hombre. ¡No solo era transformista, sino también prestidigitador!

La anciana se prodigó en excusas y yo las acepté gentilmente antes de alejarme con Arsène.

—¿Quién es? —le pregunté mientras mi corazón recuperaba su ritmo normal.

—¿Quién es quién? —preguntó a su vez, haciéndose el tonto.

—La «tía»…

—Alguien que ya no está a mi lado —respondió él, y por un instante su máscara de imperturbable jovialidad se contrajo y mostró los surcos dejados por un gran dolor. Pero no fue más que un instante, después Arsène se recompuso y dijo con una sonrisita —: Tengo que enseñarte sin falta algunos trucos. No puedo dejar que afrontes la vida sin poseer siquiera las bases para la supervivencia.

Yo me reí mientras el nerviosismo se me pasaba definitivamente.

—Venga, volvamos con esos dos ahora, se estarán preocupando —añadió Arsène, volviendo a cogerme del brazo.

Irene y Sherlock estaban en la misma postura en que los

habíamos dejado, como si no se hubieran movido, casi como si hubiesen seguido mirando el horizonte ostentando desinterés la una por el otro. Pero la tensión que había entre sus cuerpos distanciados era casi visible, decididamente más fuerte que cuando Arsène y yo nos habíamos alejado. Debían de haber hablado y a ninguno de los dos le habría gustado mucho lo que se habían dicho.

Llegamos a Danzig después de la puesta de sol. Al final de la Primera Guerra Mundial, reclamada por Polonia para disponer de una salida al mar Báltico, pero habitada por una población de lengua alemana en su mayoría, la ciudad había logrado obtener la independencia y ahora se hallaba en una encrucijada de varios conflictos, como un juguete en el centro mismo de un polvorín. La arquitectura me pareció muy similar a la de Rostock, con la cual, por lo demás, había compartido el dominio prusiano. La única forma de control visible por parte de Polonia eran los acuerdos aduaneros, conforme a los cuales había una guarnición militar polaca en el puerto de Danzig. Me puse rígida al ver los uniformes, pero Irene me cogió la mano y me la apretó con fuerza, y me acompañó a través de los controles.

Fräulein Meier, que hablaba polaco, expuso las razones de nuestro viaje. Charlando amistosamente con los soldados, la mujer les contó quiénes éramos, y ellos, tras un examen atento pero bastante rápido de nuestros documentos y equipaje, nos dejaron pasar.

Acompañando al coro femenino, fuimos al hotel Motlawa, que debía su nombre al río que atravesaba Danzig. De hecho, desde sus ventanas podía verse el agua discurriendo plácida entre las riberas, surcada de vez en cuando por pequeñas embarcaciones. Nuestro alojamiento no tenía nada de la suntuosidad del hotel Majestic parisino o del Sacher de Viena. Irene y yo nos contentamos con una habitación modesta pero limpia, con dos camas individuales y un pequeño baño. Irene insistió en hacer una inspección de la habitación contigua, ocupada por Holmes y Lupin, y la encontramos idéntica a la nuestra y, aparentemente, libre de peligros.

—¡Pero no hay ningún mensaje! —exclamé yo, exasperada, después de abrir todos los cajones.

Sherlock me invitó a apartarme y examinó con detenimiento cada rincón de las dos habitaciones. No obstante, una vez concluida

su meticulosa busca, tuvo que darme la razón: los misteriosos contactos de Irene no nos habían dejado las indicaciones para pasar a la fase siguiente del plan.

—¿Y si ha sucedido algo grave? —pregunté yo, retorciéndome las manos de la ansiedad.

—Quizá tan solo se estén retrasando —trató de reconfortarme Irene.

—¿Qué hacemos?

—Esperar, puede que hayan tenido algún impedimento.

—¿Y si Asia está en peligro? ¿Y si necesita ayuda? ¡Tenemos que salir a buscarla! —exclamé yo, cada vez más alterada.

Sherlock Holmes me dirigió una mirada glacial y dijo:

—No sirve de nada perder la calma. No sabemos dónde buscar y, sin la menor pista que seguir, nos arriesgamos a causar más perjuicio que provecho.

Busqué una manera acorde de replicarle, pero me di cuenta de que tenía razón.

—Puesto que no podemos hacer nada más, pensemos en los aspectos prácticos: ¿soy el único que tiene algo de hambre? —preguntó Arsène en tono jovial.

—Me parece evidente que en estos años has caído en una obsesión por la comida —observó Sherlock con ojos de asombro. Su comentario habría querido ser hiriente, como de costumbre, pero vi que había pronunciado aquella frase con una sonrisa casi imperceptible a flor de labios.

A mis oídos, aquella broma sonó como una pulla a un viejo amigo, y también Arsène se rio.

—Cuando vives cada instante como si fuese el último, aprendes a apreciar cada placer y a mimarte siempre que tienes ocasión —dijo luego. Y añadió dirigiéndose a mí—: ¿Crees que Asia necesita a una hermanita nerviosa y hambrienta o a una rescatadora calmada y bien comida?

Me dejé convencer y los seguí al restaurante del hotel, entre otras cosas porque sentía que, si me quedaba donde estaba, la espera me habría enloquecido. La carta incluía platos típicos de la cocina de aquella zona en una mezcla de términos alemanes y polacos, y enseguida tuve que vérmelas con palabras de aspecto terriblemente complicado.

—¿*Barszcz*? ¿Y cómo se pronuncia esto?

—Se trata del *borscht*, una sopa de remolacha —respondió Holmes con tranquilidad.

Irene negó con la cabeza y dijo:

—Necesitamos algo más contundente. ¿*Bigos* para todos? Es un plato a base de coles, carne de cerdo y salchichas.

—¡Una elección digna del profesor Schellinger! —comentó Lupin, dirigiéndome una sonrisa.

Irene se rio, Sherlock Holmes dio su aprobación con un gesto vago de la mano y yo también acepté la propuesta.

La verdad era que, por mucho que los adultos sentados a la mesa conmigo hicieran lo posible para que me sintiera a gusto, yo estaba nerviosa. Nerviosa y preocupada.

Ya en Viena alguien había intentado cortar el hilo de nuestro plan y ahora las instrucciones que nos habían prometido no estaban en el hotel Motlawa.

¿Todo había acabado?

¿Tenía que aplacar mi corazón y aceptar que no volvería a ver a Asia?

Con pensamientos así de funestos en la cabeza, traté de comer lo que me sirvieron sin tener nada de apetito.

Revolvía el contenido del plato y de vez en cuando tomaba un bocado. Con la mente en otra parte, hice un movimiento desafortunado y la col que tenía pinchada en el tenedor me cayó sobre la falda.

Hice un gesto de rabia, pero enseguida decidí aprovechar aquel pequeño incidente.

—Disculpad, subo a mi habitación a limpiarme —dije, me levanté de golpe y cogí la llave de la habitación que Irene había dejado junto a su servilleta.

—¿Adónde vas, Mila? Quédate aquí, no has comido casi nada —dijo sorprendida.

—Tardo solo un minuto —mentí yo, y me fui.

Subí corriendo la escalera, ansiosa por volver a la habitación, apagar la luz y tumbarme en la cama con los ojos cerrados, sin pensar en nada. Pero, nada más poner un pie en el cuarto, me di cuenta de que algo no marchaba. Primero de todo, la puerta estaba abierta, mientras que yo estaba segura de que Irene había cerrado

con llave. Y, en cuanto entré, una sensación extraña me erizó el pelo de la nuca al tiempo que un gélido escalofrío me corría por la espina dorsal.

Alguien se había colado dentro.

Me quedé quieta, petrificada, en el hueco de la puerta. No sabía qué hacer, habría querido gritar, pero no me salía la voz.

«No hagas el tonto, Mila. Ahora echarás un vistazo y verás que no hay nadie, solo te estás dejando sugestionar por los nervios y el cansancio», pensé.

Entretanto, sin embargo, en mi mente se formó la imagen de un puñal como el que había herido a Lupin, alzado para traspasarme. Mi fantasía generó la figura del mariscal Kinzhal, al que nunca había visto, como un hombre de dos metros de altura, espesa barba negra y ojos feroces y relucientes como brasas.

Quizá lo más sensato fuera dar media vuelta y correr abajo, volver con mis compañeros de viaje y dejar atrás a cualquier enemigo real o imaginario. Pero, antes de que pudiera hacerlo, una mano me tapó la boca y otra tiró de mí hacia la oscuridad.

CAPÍTULO 13

DOS HERMANAS

—Chist, *sestra* —me susurró una voz al oído.

Tenía los ojos cerrados por el terror, pero los abrí de golpe mientras la mano que me tapaba la boca se retiraba. Me volví de inmediato y exclamé:

—¡Asia!

Incluso en la penumbra noté que había adelgazado, en su cara había signos de cansancio. Su precioso pelo, antes una ondulante melena siempre peinada hacia atrás para dejar despejada la frente, era más fino y seco, y le caía sobre los hombros.

Pero era ella. Mi hermana Anastasia.

Cerré rápidamente la puerta, encendí la luz como para asegurarme de que Asia no era fruto de mi imaginación y de las sombras de la habitación y me arrojé a sus brazos.

—¡Asia! ¡Asia querida! ¡Qué miedo tenía de no volver a verte más!

—¡Mila, hermanita mía! ¡Pensar que me esperabas con los brazos abiertos ha sido lo único que me ha empujado a seguir adelante!

Mejilla contra mejilla, sentía sus lágrimas mezclándose con las mías. Nos quedamos abrazadas un buen rato, como si el destino pudiese desgajarnos la una de la otra en cualquier instante. Nos murmuramos palabras inconexas y dulces para llenar los años en que habíamos estado separadas, para repeler los horrores que habían amenazado con separarnos para siempre.

—Quise que fueras tú, no podía fiarme de nadie… —me explicó Asia—. Perdóname, perdóname si te he puesto en peligro, pero no sabía a quién recurrir. ¡No podía fiarme de los espías ni de las

conspiraciones urdidas a mis espaldas, sin una cara amiga que me guiara!

—¡No te preocupes, Asia, ahora estoy aquí, y conmigo están los mejores aliados que puedas imaginar!

En aquel momento, como si los hubiese invocado, se presentaron en la habitación Irene, Holmes y Lupin.

—Vuestra Alteza —dijo Holmes con una leve inclinación, comprendiendo inmediatamente delante de quién estaba.

—Solo Asia, por favor. Solo Asia —dijo ella con ojos cansados y velados por la tristeza.

Irene, después de hacer que se escondiera en el cuarto de baño, hizo que nos subieran la cena a la habitación. Solo trajeron cuatro cubiertos, pero comida en abundancia para los cinco. Comimos con ganas los *pierogis*, raviolis de patata con panceta ahumada por encima. Yo recuperé inmediatamente el apetito y devoré todo lo que Irene, con gran solicitud, me ponía en el plato. También Asia recibió el mismo tratamiento, y casi se emocionó al saborear la *szarlotka*, una exquisita tarta de manzana acompañada de nata montada.

No hablamos en toda la cena, la única conversación estuvo hecha de miradas entre Anastasia y yo. Volvió a mi mente cada uno de los momentos pasados con ella. Asia nunca se estaba quieta, en la corte todos decían que estaba hecha de electricidad en vez de carne y sangre. Recuerdo tardes enteras con ella riéndonos a mandíbula batiente, porque Asia era un genio de las imitaciones. Había decenas de fotografías que la inmortalizaban haciendo las muecas más cómicas y menos señoriales que podían imaginarse; era la desesperación de los fotógrafos, pero una auténtica diversión para mí, que había sido elegida su cómplice secreta para cualquier travesura. El hecho de que le estuviera prohibido verme hacía todavía más anhelada y preciosa mi amistad para ella y, gracias a mi ayuda, podía lanzarse a las hazañas más temerarias y secretas que pasaran por su mente vivacísima. En ese momento, mientras la veía comer con los ojos llorosos y las manos temblándole, se me encogía el corazón por lo cambiada que estaba. Era más frágil. A ella, que en otro tiempo había sido capaz de colgarse de ramas y vigas, y elevar el cuerpo con la sola fuerza de los brazos (y con la única intención de irritar a la institutriz y a quienes esperaban de

ella un comportamiento de zarina), se la veía ahora débil y delicada como un arbusto marchito. Era ella, sin embargo, mi Asia, y me lo demostró abriendo la boca de repente y enseñándome un bocado a medio masticar con una mueca de pilluela. Por un momento fuimos otra vez nosotras dos, sin enemigos dispuestos a darnos caza, sin peligrosos planes que llevar a la práctica con el simple propósito de seguir viviendo.

Después, sin embargo, en la habitación el silencio adquirió un matiz de espera. Y fue como si un dique se hubiese roto de improviso. Asia empezó a hablar de la revolución. De que su tío, el gran duque Miguel, había sido el primero en perecer a manos de los insurgentes, los bolcheviques. Un mes después, ella y toda su familia, formada por su padre Nicolás II, su madre la zarina Alejandra, sus hermanas Olga, Tatiana y María, y su hermano Alexéi, habían sido encerrados en una «casa con finalidad especial», como la denominaban los revolucionarios. Allí habían vivido bajo la estrecha vigilancia de los soldados, que los sometían a ultrajes y humillaciones. Luego, de pronto, llegó el comisario Yurovski y los soldados cambiaron de conducta para volverse más amables con los prisioneros. Anastasia empezó, cautamente, a tener la esperanza de que hubiese alguna posibilidad de salvación.

Pero, la noche entre el 16 y el 17 de julio, la familia real, junto con algunos servidores fieles, fue obligada a entrar en una habitación vacía.

—«Vamos a llevarlos a otro lugar. Pero antes tengo que hacerles una fotografía para que mis superiores vean que están en buen estado», nos dijo el comisario —siguió contando Asia con la voz rota—. Todo parecía tan tranquilo, en calma… Sin embargo, cuando todos, mi familia y nuestros servidores, habíamos formado una hilera, el comisario llamó a diez soldados, que abrieron fuego contra nosotros.

—¿Cómo pudiste salvarte? —le preguntó Sherlock Holmes con una amabilidad que nunca había oído en su voz.

—Mi madre había hecho que nos cosiéramos joyas por dentro de los vestidos para que no nos las robaran. Fueron ellas las que desviaron los proyectiles —respondió Asia—. Fingí que estaba muerta, aunque pensaba que de todas formas iba a morir cuando nos llevaron al bosque para enterrarnos. Pero el camión en que nos

habían cargado se atascó en el barro y, mientras los soldados pensaban una manera de sacarlo, me deslicé fuera y me escondí en el bosque. Me salvó un joven ayudante de cocinero, Leonid Sednev.

—¡Lyonka! —exclamé yo, recordando el apelativo de aquel chiquillo que trabajaba en las cocinas del zar.

—Él. Había conseguido escapar pocas horas antes de que nos fusilaran y fue él quien me escondió y me llevó a casa del conde G.

—Y el conde G. se ocupó de hacerte huir al extranjero —comentó Irene.

—Te conocía a ti y te había entregado a Mila —dijo Anastasia.

Irene sonrió enigmáticamente y dijo:

—Un amigo realmente especial el conde G.

—Servicios secretos, siempre los habituales servicios secretos —dijo Lupin con un falso gesto de enojo.

—Pero querías estar segura de que te entregarían a la persona adecuada y no a una hipotética impostora —constató Sherlock Holmes, señalándonos a Irene y a mí.

Asia se tapó la cara con las manos y murmuró:

—He sido una egoísta, ¿verdad? ¡Poner en peligro a mi hermanita! Pero no sabía qué hacer, tenía miedo de ser capturada por los bolcheviques y acabar muerta, o que me apresara el Ejército Blanco, los contrarrevolucionarios fieles a mi padre, y me usara como peón para sus jugadas políticas.

Irene, sentada a su lado en el borde de la cama, le pasó un brazo por los hombros.

—No puedo ni imaginar lo que habrás tenido que soportar y cómo te habrás sentido. Pero si hay algo que comprendo es esto precisamente. Te prometo que haremos lo imposible para que seas libre.

Asia, mi Asia, que no le tenía miedo a nada y todo se lo tomaba a broma, me pareció increíblemente pequeña entre los brazos de Irene.

—¿Conoces a ese que se hace llamar mariscal Kinzhal? —le preguntó Holmes al cabo de unos instantes.

—Sí, no sé cuál es su verdadero nombre, pero formaba parte de los cosacos de la guardia. Era un oficial de las tropas de mi padre.

—¿Estás segura? —le preguntó Lupin.

—Lo vi varias veces en el Palacio de Invierno. Nunca le presté

mucha atención, después de todo solo era un soldado entre muchos otros, y tenía un aspecto muy corriente —dijo Asia con un estremecimiento—. Pero luego lo volví a ver y no lo he olvidado.

—¿Dónde? —pregunté yo.

—Aquella noche, cuando masacraron a mi familia. Esperaba el camión en el bosque y lo vi hablando con los soldados bolcheviques. No sé qué se dijeron, pero estoy segura de que estaban compinchados.

—Un soldado del zar que cambió de bando —constató Sherlock.

—En caso de que estuviera en uno y no se haya limitado siempre, en cambio, a buscar su interés personal —supuso Irene, vaga, pero sus ojos me parecieron de improviso huidizos y lejanos.

—Un traidor oportunista —sugirió Lupin, agachando la cabeza —. Si es así, se trata de la peor clase de enemigo, el que no se mueve por un ideal y no se enfrenta de cara.

—¿Sabes si actúa solo? —preguntó Irene.

Anastasia lo pensó un momento y dijo:

—El conde G. me puso en guardia contra otro hombre, creo que es un sicario de Kinzhal. Uno que, a diferencia del mariscal, tiene un rostro mucho menos corriente.

—¡El hombre con el antojo en la mejilla! —exclamé yo, y Asia asintió y se apretó aún más a Irene.

—No os preocupéis, Alteza —intervino Arsène, sonriendo con dulzura a Asia—. Ese tipo ya ha recibido una buena lección y, si es preciso, estaremos dispuestos a darle otras más convincentes.

—Así es, Anastasia. No debes preocuparte, te mantendremos lejos de él y de cualquiera que pretenda hacerte daño —la tranquilizó Irene.

Nos preparamos para la noche que nos separaba del gran día de la huida. Le di uno de mis camisones a Anastasia, que, pese a ser más alta que yo, había adelgazado tanto que no solo era de su talla, sino que hasta le quedaba un poco ancho. Irene insistió en cederle la cama y descansar en un silloncito, montando guardia, pero Asia se negó con determinación y pidió poder dormir conmigo. Pasamos una noche agitada, apretadas en la pequeña cama como niñas. Amanecía casi cuando me levanté de puntillas para ir al baño. Irene tenía los ojos entreabiertos, como un gato. Imaginé que, en la otra habitación, al otro lado de la pared, también Holmes y Lupin

estarían alerta, así que no me sorprendió oír sus voces bisbiseando. Me demoré un instante humedeciéndome la cara con agua fresca para aplacar el nerviosismo de aquella noche de espera y temores. Las paredes eran tan delgadas que dejaban pasar hasta el menor ruido… Iba a volver a la cama cuando mi mirada cayó sobre el vaso del lavabo. Casi sin pensarlo, antes de que prevalecieran en mí los escrúpulos y desistiera, lo apoyé contra la pared entre nuestra habitación y la de Holmes y Lupin.

No pude oír mucho, pero algo que capté claramente fue una frase seca de Sherlock:

—Irene nos está escondiendo lo que sabe de ese mariscal Kinzhal. Se lo he leído en la cara.

El vaso resbaló de mis manos y a punto estuvo de caer al suelo. Afortunadamente, lo cogí antes y lo dejé en su sitio con dedos temblorosos. Tenía razón. Lo que había observado en la cara de Irene lo había visto yo también.

CAPÍTULO 14

EL CORO DEL MIEDO

El día siguiente transcurrió lento e inexorable. Confinada en la habitación del hotel, me sentía dentro de una burbuja de ansiedad. No dejaba de observar a Anastasia furtivamente para asegurarme de que estaba bien y de que estaba realmente conmigo. Ella me devolvía una mirada atemorizada, pero inmediatamente después enderezaba la espalda y me sonreía y trataba de poner caras bufas para darme a entender que no había cambiado nada.

Pero todo había cambiado.

Lo que había visto y vivido el 17 de julio del año anterior había sido de una ferocidad y una crueldad pavorosas. Asia era fuerte e imparable, siempre lo había sido, y por eso había logrado sobrevivir y llegar hasta allí. Pero en ese momento las fuerzas que habían aniquilado a su familia estaban a punto de lanzar su ataque y entre ella y sus enemigos solo estábamos nosotros.

Todavía me sorprende que yo considerara a la familia real como algo lejano y desconocido. Sin embargo, siempre había sido así: la única de ellos que había entrado en mi vida era Anastasia. Ella lo había deseado enérgica y orgullosamente, como todo lo que se le metía en la cabeza, y ahora estábamos ligadas.

—No me mires así —me dijo de improviso tras mi enésima ojeada.

—Así, ¿cómo?

—Como si yo pudiera romperme de un momento a otro.

—La electricidad no se rompe —respondí yo con una sonrisa alentadora.

—La electricidad puede electrocutar —susurró ella, sombría—. Para salvarme, estoy poniendo en peligro vuestras vidas. ¡No tendría que haber pedido que vinieras tú!

De pronto cogió mis manos entre las suyas. Eran tan finas que parecían ramitas, y su piel, en otro tiempo cálida y suave, estaba áspera y helada. Resistí el impulso de librarme de aquel agarre y repliqué:

—¿Crees que te habría dejado aquí sin tratar de ayudarte?

—Irene no tendría que haberlo permitido. ¿Qué clase de madre hace que su hija arriesgue la vida?

Me puse colorada, retiré de golpe mis manos y me levanté de sopetón.

—¡Ya no soy una niña y tú no conoces a Irene!

Aquellas palabras salieron de mi boca antes de que pudiera pensarlas. Yo misma me sorprendí de la vehemencia que había puesto en ellas. Después de todo, era la misma persona que la noche anterior había oído las palabras entre Holmes y Lupin y cuya cabeza se había llenado de dudas acerca de las verdaderas intenciones de su madre adoptiva. Y, sin embargo, para mí Irene era el eje alrededor del cual giraba todo. No lo era Asia, por la que en cualquier caso estaba dispuesta a jugarme la vida. Tampoco la familia que nunca había tenido en Rusia. Ni mis orígenes nobles ni los siglos de historia que corrían por mis venas.

Irene me había acogido sin pedir nada a cambio.

Irene era como yo, una hija secreta, y me había enseñado que no hay nada escrito y cada uno de nosotros tiene en su mano las riendas de su destino.

Asia se me acercó despacio, puso una mejilla sobre mi hombro y se quedó un poco separada, con los brazos colgándole a los lados.

—Gracias —me susurró al oído.

Instantes después Irene nos encontró así, a la vez distantes y cercanas junto a la ventana.

—Es hora de ir al teatro —nos dijo con voz ligera, como si no quisiera añadir más peso a nuestras almas asustadas.

Tras admirar la Ópera de Viena y la de Londres, me quedé un tanto atónita al ver el edificio al que nos dirigíamos con el coro femenino de Rostock. Situado en una amplia plaza con losas de pórfido, era una construcción cúbica y sin gracia, con toscas columnas en la

entrada y una cúpula encima que no conseguía hacerlo más esbelto.

—Los ciudadanos de Danzig lo llaman «el Molinillo» —comentó *fräulein* Meier con evidente bochorno al percatarse de mi mirada perpleja—. Desde luego, a ustedes, mecenas del bel canto y que estarán habituados a templos de la música muy diferentes, este teatro no puede más que decepcionarlos…

—Oh, nada de eso, *fräulein* Meier —repuso Irene con una sonrisa—. Nosotros amamos el canto y su belleza, no las salas pomposas.

Lupin asintió con expresión tan inspirada que tuve que reprimir una risita nerviosa. Sherlock Holmes no estaba con nosotros, como tampoco Asia. En aquellos momentos, el más grande detective de todos los tiempos prestaba servicio como guardaespaldas personal de mi hermanastra la princesa. Eso era lo que yo me repetía continuamente, recalcando la grandeza de Holmes, como si eso pudiera tener a raya todo peligro. Él estaba convencido de ello, así que yo también quería estarlo. Holmes había declarado que era capaz de interceptar al mariscal Kinzhal y a sus esbirros pese a no haberlos visto nunca. «Cuando los vea los reconoceré inmediatamente», había dicho, y en cualquier otro me habría parecido una estúpida fanfarronería, mientras que de él no me esperaba nada menos. El plan era llevar a Asia al teatro a escondidas, como simple espectadora, ocultarla entre bastidores y hacer el cambio entre ella y Katrina al final del espectáculo.

—Pompa aquí van a ver muy poca —nos explicó Katrina precisamente, señalando el teatro, mientras *fräulein* Meier se ponía a la cabeza del grupo para ir a anunciar la llegada del coro—. Corre el rumor de que el director ha tomado decisiones desacertadas, dejándolo más arruinado de lo que estaba antes de la guerra.

—Por eso ha aceptado ayudarnos —suspiró Irene—. El conde G. debe de haberle pagado generosamente.

Repasamos el plan por última vez. Katrina fingiría un problema de garganta y se retiraría corriendo a los camerinos nada más concluir el concierto. Allí, con el beneplácito del director del teatro, se haría el cambio con Asia, escondida entre bambalinas con Sherlock. Durante el viaje de regreso, Asia fingiría que había perdido la voz y pasaría el mayor tiempo posible tosiendo con un pañuelo sobre la boca para mantener apartadas a las demás chicas y

ocultar todo lo que pudiera su rostro. El pasaporte de Katrina le permitiría entrar en Alemania y desde allí la llevaríamos cuanto antes a Estados Unidos.

Mientras repasábamos el plan delante de la entrada de aquel viejo y maltrecho teatro, me parecía que todo era perfecto. Pero luego, cuanto más tiempo esperaba sentada en primera fila con Irene y Lupin, más generaba mi mente inquietantes escenarios en los que todo se torcía.

—¿A qué viene esa cara tan larga, no te gustan los coros? —me preguntó Lupin en broma.

Normalmente me fascinaba su personalidad frívola e irreverente, pero en aquel momento me habría gustado mucho asestarle una buena patada en la espinilla.

—¿Y si algo saliera mal?

—¿Como por ejemplo? El plan me parece sólido y bien ideado, Mila.

—¿Y si aparece el maris…? —titubeé y me mordí la lengua.

—Mira, nombrarlo no lo hará aparecer como una invocación demoniaca —se burló él, retomando por un instante el acento alsaciano del profesor Schellinger.

—De todos modos, no lo nombres —dije yo con brusquedad.

Cuanto más lo pensaba, más probable me parecía que el mariscal Kinzhal estuviese allí, en el teatro, entre un público que, ignorando todo aquello, había acudido a disfrutar del espectáculo.

Estaba en un estado de gran agitación y, aunque en el teatro no hacía nada de frío, no me había quitado el abrigo, como si una capa más de ropa pudiera hacerme invisible o protegerme del peligro.

Luego empezó el concierto y aquellas voces afinadas y angélicas, en vez de distraerme, removieron algo dentro de mí. Algo que pugnaba por salir, que me retorcía el estómago y me cerraba la garganta.

—Tengo que levantarme —dije, aferrando el brazo de Irene.

—¿Adónde vas? —me preguntó ella, alarmada.

—No puedo respirar —contesté yo mientras a mi alrededor todo se ponía a girar vertiginosamente.

Me solté del brazo de Irene y me levanté impetuosamente del asiento. No hice caso de las protestas de las personas a mi lado y traté desesperadamente de alcanzar el final de la fila.

—Yo me encargo de ella —oí que decía Arsène.

No quería que me siguiera, pero tampoco quería escapar de allí. Solo deseaba dejar atrás todo por un instante y respirar. Me metí en el pasillo y la música del coro se volvió enseguida más débil.

El hombre con el antojo en la mejilla estaba a pocos pasos de mí y caminaba en sentido opuesto con paso decidido.

Salté hacia atrás, me metí detrás de la gruesa cortina de terciopelo que separaba el teatro del pasillo y me aplasté contra la pared. El corazón parecía querer salírseme del pecho, pero cuando me percaté de que nadie venía a capturarme aminoró ligeramente sus latidos alocados. Luego, sin embargo, dio un brinco repentino cuando me di cuenta de algo importante: ¡tenía que avisar a Lupin! Pero mis pies eran incapaces de separarse del suelo hasta para dar un solo paso. Asomé la cabeza tímidamente. El pasillo estaba desierto. El sicario se había ido y Lupin no estaba a la vista.

Una mano fulminante me agarró y yo reaccioné instintivamente golpeando a ciegas.

—¡Ay! —exclamó Lupin, alcanzado por mi puñetazo sin tino—. Así pues, es cierto que en Estados Unidos también las chicas hacen boxeo… —Pero enseguida se dio cuenta de mi estado de ánimo alterado y me preguntó—: ¿Qué te pasa, Mila?

—¡Está aquí! ¡El sicario con el antojo en la mejilla está aquí! —susurré, indicándole que hablara en voz baja.

Lupin asintió con gesto serio.

—Vuelve a la sala —me dijo imperativamente.

—¡No, tenemos que ir con Asia!

—Voy yo, tú vuelve a la sala.

—No —repuse con determinación. Toda la agitación y el pánico de poco antes habían desaparecido y sentía una especie de extraña y decidida calma.

Lupin suspiró y dijo:

—Eres igualita que Irene, ¿sabes?

Lo tomé como un cumplido y le hice seña de seguirme en la dirección por la que había desaparecido el sicario.

Nos metimos en un pasillo al fondo del cual se entreveía una puerta. Se la señalé a Lupin con mirada interrogativa y él me hizo un gesto para que me pusiera detrás. La abrió despacio e, instantes después, me indicó que el camino estaba libre. Bajamos por una

estrecha escalera de madera hasta un almacén lleno de viejos trajes y objetos de escena. Vi dos ojos negros que me miraban y me sobresalté, pero comprendí enseguida que se trataba de una máscara colgada de un viejo perchero.

Iba ya a suspirar de alivio cuando un ruido en la oscuridad me sobresaltó y Lupin tiró de mí para escondernos detrás de una gran caja de madera. Unos pasos resonaron lentos y cadenciosos en el almacén. El sicario no nos había visto, no hacía nada para ocultar su presencia. Al contrario, caminaba de un lado a otro como si estuviera esperando algo ansiosamente.

Pero ¿el qué?

En aquel momento, la puerta por la que habíamos entrado se abrió de pronto y una voz masculina un poco chillona dijo:

—¡Por aquí, rápido! Han sido descubiertos, la señora Adler me ha dicho que los trajera aquí para esconderlos. ¡En mi teatro no hay lugar más seguro que el almacén!

Se me puso la carne de gallina al instante. Eso era lo que estaba esperando el sicario: ¡que aquel traidor del director del teatro le entregara a Asia!

CAPÍTULO 15

OTRA HUIDA

—¿Y se lo ha dicho la señora Adler? —preguntó Sherlock Holmes, parándose en lo alto de la escalera.

Iluminado por la luz del pasillo, el director del teatro parecía un hombrecillo bajo y macizo.

—¡Desde luego! Es como acabo de decirles… —respondió con prontitud. Pero la voz le salió de la garganta un poco demasiado aguda y febril. No fue más que un matiz, pero hasta yo lo capté y a Holmes debió de parecerle una autoacusación en toda regla.

—Usted primero, por favor —dijo el detective, agarrando a Asia del brazo.

Después, de improviso, con la punta del pie le dio un golpe en el tacón al director y este rodó escalera abajo.

El hombrecillo lanzó un chillido que se apagó bruscamente cuando, terminada su caída con un batacazo, quedó desmayado en el suelo.

—¡Corre, Anastasia, aquí no estamos seguros! —exclamó Holmes, que la empujó hacia atrás, al pasillo.

Pero el sicario ya se había adelantado.

—Quietos o disparo —dijo con un fuerte acento ruso.

Holmes se detuvo y se interpuso entre Asia y el sicario con las manos levantadas.

Conteniendo la respiración, percibí apenas un movimiento silencioso a mi lado. Lupin había alzado un perchero de madera y lo descargó sobre la nuca del sicario, derribándolo al suelo.

—Todavía somos un buen equipo, después de todo —dijo Lupin yendo hasta su amigo.

—Por ahora nos ha salido bien —concedió Holmes—. ¡Pero

tenemos que salir de aquí inmediatamente!

Asia se agarró a él como una náufraga y se dejo sacar de allí.

—¡Eh, esperad! ¿Y el plan? —pregunté yo, saltando por encima del sicario y del director del teatro, ambos sin sentido al pie de la escalera.

—El plan se acaba de ir al garete —sentenció Sherlock—. Yo tengo uno alternativo. Pero tenéis que moveros.

Arsène me cogió de la mano y nos lanzamos a la carrera tras Sherlock y Asia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Irene viniendo sofocada a nuestro encuentro.

—El mariscal Kinzhal está aquí —respondió Sherlock.

Todos nos miramos por un instante, como para decidir qué hacer. Y entonces oímos unos pasos espaciados y regulares.

—Exacto —dijo una voz masculina—. El mariscal Kinzhal está aquí.

Asia se apretó todavía más contra el brazo de Sherlock Holmes.

—¡Es él! —dijo con voz ahogada.

Lo había imaginado tantas veces que en mi mente se había convertido en un demonio de facciones monstruosas. El hombre que tenía delante, el mariscal Kinzhal real, no se parecía en nada al que me torturaba en sueños desde que había oído su nombre por primera vez. No alcanzaba ni de lejos el metro ochenta y llevaba el pelo tirando a rubio peinado con una raya milimétrica en el lado derecho. Sus ojos eran de un cálido color avellana, y la nariz, levemente aplastada y torcida. Sonrió y se le formó un hoyuelo en la mejilla izquierda. Solo sus dientes eran raros, con colmillos puntiagudos como los de un lobo. Su aparente normalidad tuvo, quién sabe por qué, el efecto de helarme la sangre en las venas aún más que el monstruo que había imaginado.

—Bien, señores, se terminaron las carreras —dijo, abriendo los brazos de manera teatral—. Entréguenme a Anastasia y dejaré que se vayan.

Antes de que pudiéramos replicar, se metió rápidamente la mano en el bolsillo y sacó un revólver. Irene reaccionó apuntándole con su propia pistola de cachas de madreperla. Pero él no pareció impresionado y siguió apuntando a la cabeza de Anastasia.

—Un solo paso, un pequeño movimiento, y la chica morirá.

—Vas de farol —le dijo Lupin—. Si matas a Anastasia, toda tu misión habrá sido inútil.

El mariscal Kinzhal ladeó levemente la cabeza mientras una sonrisa enigmática se ensanchaba en su rostro.

—¿Y por qué creéis saber cuál es mi misión?

Anastasia seguía enlazada a Sherlock Holmes, que con un gesto seco se libró de su abrazo. Mi hermana tropezó ligeramente, dio un pasito hacia delante y miró en torno suyo desconcertada. Sherlock, por su parte, dio un paso atrás y dejó a Anastasia entre el mariscal Kinzhal y él.

—Nadie debe morir hoy, coge a la chica y déjanos ir —dijo Holmes.

El mariscal recibió aquella rendición con una expresión perpleja, pero, puesto que todos nos quedábamos quietos, dio un paso hacia Anastasia.

Me habría gustado chillar. Él, el héroe de los libros, el genial solucionador de cualquier misterio se estaba rindiendo así. Me habría gustado abofetearlo, gritarle que era un cobarde y que todo lo que se decía de él debía de ser por fuerza una completa invención del doctor Watson. Me habría gustado hacer algo…

Y en cambio fue él, Holmes, el que actuó.

Con Anastasia tapándole la visión al mariscal, se llevó las manos a la espalda y, a escondidas de Kinzhal, se sacó de los bolsillos de la chaqueta dos objetos. Uno parecía una vela envuelta en papel y el otro una cajita cuadrada de latón con unas pinzas encima. Lo miré estupefacta mientras accionaba las pinzas y producía una chispa que encendió el pábilo de aquella extraña vela.

—¿Qué diablos…? —gruñó Kinzhal, alargando una mano para apoderarse de Asia. En aquel momento, sin reflexionar lo más mínimo, di un salto y tiré de ella hacia mí con todas mis fuerzas, consiguiendo arrancarla de las garras de aquel hombre.

En ese preciso instante, Holmes arrojó al suelo lo que tenía en la mano y que había empezado a producir una densa nube de humo.

El mariscal soltó una maldición en ruso.

Irene aprovechó la distracción para lanzarse hacia delante y golpearlo en la cara con la culata de la pistola. Lupin nos agarró a Anastasia y a mí por el brazo y nos arrastró fuera de allí. Corrimos hacia la entrada principal, pero, cuando estábamos a punto de

traspasar la puerta, un proyectil silbó junto a mí y penetró en la pared.

—¡¿Adónde creéis que vais?! —nos gritó el mariscal, saliendo de la nube de humo. Su rostro era una máscara de rabia y un hilillo de sangre le chorreaba desde la ceja en que Irene lo había golpeado.

—¿Qué ocurre? —preguntó un guardia de servicio en el teatro que había acudido al oír el disparo.

—¡Detenga a esas personas, van armadas! —dijo Kinzhal, que escondió la pistola a su espalda. La que tenía Irene en la mano era bien visible, en cambio.

—¡No se muevan! —nos ordenó el guardia.

Miré a los demás, inmóviles en la puerta. Solo dos metros más y estaríamos fuera…

—¡Fuego! —chillé con todo el aire de mis pulmones—. ¡Ese hombre ha prendido fuego al teatro!

Para demostrarlo, señalé el pasillo lleno de humo, que se elevaba en bocanadas cada vez más densas.

Mi jugada desesperada funcionó.

—¡Fuego! —exclamó el guardia inmediatamente—. ¡Alarma! ¡Hay que evacuar el teatro!

—¡Alarma! ¡Fuego! —repitieron más voces tras los cortinajes de terciopelo que separaban la platea del vestíbulo.

Nos quedamos quietos, cada uno donde estaba, durante unos momentos interminables. Después, una multitud desordenada y asustada se desbordó entre nosotros y Kinzhal, creando una ola imparable que nos empujó afuera.

—¡Mila! —gritó Irene, y yo le agarré la mano tratando de que no me aplastaran dos corpulentas señoras en fuga.

—¡Aquí estoy, mamá! —respondí, esquivando patadas y codazos.

—¿Y ahora? —preguntó Anastasia sin apenas voz, temblando de terror.

—¡Por allí! —nos ordenó Arsène, señalando un lado aún vacío de la plaza. Había un automóvil aparcado.

—¡Tenemos que coger ese coche! —le dijo Sherlock.

Arsène miró a su amigo y, sin decir ni palabra, saltó al vehículo y trató de ponerlo en marcha.

Entre la multitud alborotada se oyó un débil:

—¡Eh, ese es el automóvil del señor Klaff! ¿Qué hacen?

Vi la figura de un hombre con levita que intentaba alcanzarnos abriéndose paso entre la gente, pero no me fijé mucho, porque no muy lejos de él distinguí también los rostros del mariscal y su esbirro.

—¡Venga, arranca! —le gritó Lupin al automóvil.

Pasaron unos instantes en que me sentí aplastada por una angustia feroz.

El motor retumbó al fin.

—¡Todos arriba! —exclamó Sherlock, que nos empujó a Anastasia y a mí al asiento posterior.

Le hizo una seña a Irene para que entrara también, pero ella se negó con un decidido:

—Ni hablar. El puesto junto al conductor se llama en Norteamérica *shotgun seat*. Y soy la única que tiene pistola.

Sherlock Holmes no perdió tiempo en discutir y se resignó a apretujarse a mi lado con sus largas piernas presionando contra el asiento delantero.

Irene cerró la portezuela y Lupin salió derrapando a toda velocidad.

—¿Y ahora adónde vamos? —pregunté yo.

—Ya no es posible zarpar con el coro —contestó Irene, tensa.

—No —confirmó Sherlock Holmes con cara ensombrecida—. Kinzhal ya ha estrechado el cerco en torno a Anastasia… Tenemos que huir de esta ciudad, y aprisa.

—¡Al puerto entonces! —exclamó Arsène, que seguía rodando a una velocidad de locura por las calles de Danzig.

—También Kinzhal sabe que intentaremos huir y es precisamente allí adonde irá a buscarnos —observó Irene.

—Conozco los puertos, son iguales en todo el mundo —replicó Lupin—. Y con el dinero que llevo conmigo tendríamos que poder encontrar a un capitán que nos deje subir a bordo clandestinamente. ¡Mañana por la mañana podríamos estar ya en Copenhague o Estocolmo!

Irene y yo nos volvimos hacia Holmes.

El detective asintió:

—Arsène tiene razón. Si nos quedamos en Danzig, el mariscal jugará con nosotros como el gato con el ratón. Tenemos que correr

este riesgo.

Lupin, obtenida la aprobación de su amigo, pisó a fondo el acelerador e hizo chirriar las llantas sobre el adoquinado.

Apreté la mano de Asia.

Estábamos juntas.

Nuestra huida proseguía.

A nuestro lado teníamos a aliados extraordinarios y gracias a ellos disponíamos de un nuevo plan, una nueva esperanza.

Seguía estrechando la frágil mano de Asia y repitiéndome aquellas palabras en la cabeza, como si de aquel modo pudiesen volverse más verdaderas e incontestables.

Por desgracia, a veces el mundo de fuera no respeta las pequeñas ilusiones que dejamos germinar en nuestra cabeza.

—¡Maldita sea! —exclamó Lupin pocos minutos después, dándole puñetazos al volante. Se me hizo un nudo en la garganta, como si me estrangularan.

Estábamos a solo unos cientos de metros de nuestro destino, pero al fondo de la calle había un puesto de control.

Danzig era en aquellos días una ciudad constantemente en alerta, por la que pululaban soldados y policías.

—Documentación —nos pidió un militar de acento polaco mientras su compañero observaba nuestro vehículo.

Nos hicieron bajar y registraron el automóvil de cabo a rabo dos veces. De vez en cuando un agente se volvía para echarnos un vistazo.

—Es evidente que están haciendo tiempo —dijo Lupin—. Sospechan algo… Tenemos que irnos de aquí.

—Nos dispararán —dijo Sherlock, señalando el fusil en manos de uno de los soldados.

—¿No tienes otro de esos cartuchos de humo? —le preguntó Lupin, pero Holmes negó con la cabeza.

Dos faros redondos iluminaron la calle y vinieron a toda velocidad hacia nosotros.

—Ya llegan —dijo Sherlock, envarándose.

Irene nos lanzó una mirada y luego ordenó:

—¡Huid!

Un instante después la vi propinar un codazo en la cara al soldado más cercano a ella. El joven militar, pillado por sorpresa,

perdió el equilibrio y dejó caer el fusil a los pies de Lupin.

El soldado saltó hacia delante para tratar de recuperar el arma, pero Lupin fue más rápido en recogerla y a continuación la apuntó contra él.

—¡Quietos! —rugió el segundo soldado desde detrás del automóvil en el que habíamos llegado.

Entretanto, el segundo auto se detuvo y vi claramente al mariscal Kinzhal con su esbirro del antojo en la cara. En ese momento Sherlock nos agarró a Anastasia y a mí y nos gritó:

—¡Corred!

—Pero Irene… Lupin… —balbucí yo con el corazón latiéndome tan fuerte que casi impidió aflorar a mis labios aquellas palabras.

—¡Saben cuidar de sí mismos! —gritó Holmes, que con un empujón me obligó a correr.

Nos metimos por una callejuela lateral mientras sonaban disparos a nuestra espalda.

—¡No puedo más! —se quejó Asia, trastabillando.

—¡Tienes que poder! —le dijo seco Holmes.

Corrimos hacia los muelles entre los astilleros navales. Un gruñido sordo nos avisó de la presencia de perros vagabundos guarecidos entre los restos de viejos barcos, pero Holmes no aminoró el paso y se las ingenió para orientarse entre cobertizos de herramientas y almacenes desiertos.

—¡Maldición! —exclamó cuando llegamos ante una verja alta—. Tenemos que saltarla.

—¡No puedo! ¡No tengo fuerzas! —gimió Asia.

—¡Puedes hacerlo, *sestra*! —la espoleé yo—. ¡Lo hicimos mil veces en Gátchina! ¡Fuiste tú la que me enseñó a trepar a los árboles y a encaramarme al tejado desde la ventana!

—Estoy cansada… —me dijo Asia, y la luz de la luna me mostró su rostro exhausto y desesperado.

—¡Por allí! —exclamó Holmes, señalando uno de los almacenes.

Asia tropezó y cayó al suelo. Sherlock soltó mi brazo y la agarró por los hombros para ponerla en pie. Luego ocurrió todo muy deprisa. Oí un disparo y vi una mancha oscura en el pecho de Asia.

«Qué raro, no me había fijado», pensé asombrada, pero luego me di cuenta de que la mancha se estaba agrandando.

Es increíble que en los momentos más terribles puedan pensarse

las cosas más tontas. Es la penosa manera en que nuestra mente se protege de la verdad cuando esta es insoportable.

Miré alrededor aterrorizada y desorientada. El mariscal Kinzhal estaba a un centenar de metros de nosotros, apuntándonos con una pistola mientras que con la otra mano sujetaba contra la garganta de Irene el puñal del que había tomado su siniestro nombre. Su secuaz apuntaba con el fusil a la espalda de Lupin.

—Rendíos, todo ha acabado —dijo el mariscal.

Asia braceó, como si de improviso se hubiera quedado sin aire.

—Mila…

Su cuerpo vaciló, giró a medias y su nuca se apoyó sobre el pecho de Sherlock Holmes, que la agarró por la cintura para que no cayera.

«Es sangre», logré comprender al fin. La bala del mariscal Kinzhal la había alcanzado justo debajo del corazón. Y yo también tuve la sensación de haberme quedado sin aire.

CAPÍTULO 16

UN ÚLTIMO SECRETO

Busqué por un instante la mirada de Sherlock Holmes. No sabía qué hacer, necesitaba su ayuda. Pero encontré un par de ojos tan perdidos como los míos. Holmes miró sus manos manchadas de la sangre que se extendía cada vez más sobre el pecho de Anastasia y la apretó contra sí como para retener la vida en aquel frágil cuerpo.

—¡Asia! —gemí yo, acercándome con manos temblorosas, deseando cerrar la herida y temiendo que su delgado cuerpo se resquebrajara como cristal con solo rozarlo.

—Acércate, Mila —me susurró Anastasia.

—¡Ayúdala! —le grité a Sherlock Holmes, que me dirigió de nuevo aquella mirada resignada y doliente.

El mariscal ya estaba a unas decenas de metros de distancia.

—Mila, no hay tiempo… —insistió Asia.

Con manos incontroladas, se quitó el medallón de plata que llevaba al cuello y me lo dio.

—Ábrelo.

—Asia, todo saldrá bien, no…

—Ábrelo y lee —repitió ella con la voz reducida para entonces a un bisbiseo casi imperceptible.

Obedecí. En el interior del medallón había una pequeña llave y un trozo de papel lleno de manchitas oscuras, con un número. Una parte de mi cerebro se dijo que aquellas manchitas debían de ser sangre. Más sangre. Como la que estaba saliendo del pecho de Asia, mi Asia…

Sus ojos se entrecerraron. Yo debía, al menos, intentar hacer lo que me había dicho, así que leí el número del papel: *734090*.

Lo doblé de golpe y lo devolví al medallón, que me metí en el

bolsillo. Pero las manos me temblaban demasiado y la llave y el papel se salieron de su hueco de plata y cayeron entre la tela blanda del bolsillo.

—¡Dame esa cosa, chiquilla! —dijo con un rugido el mariscal, ya cercano—. Dame ese medallón o le corto la garganta a tu madre.

—¡No se lo des! —gritó Irene—. ¡Tíralo al agua!

La hoja del puñal presionó la garganta de Irene y una gotita de sangre brotó junto a la punta.

—¡Suéltala! —le supliqué yo.

—Dale el medallón —me dijo Sherlock.

Miré a Asia, inmóvil entre sus brazos.

¿Cómo podía entregarle aquel objeto, para ella tan importante, al monstruo que acababa de dispararle?

Miré a Irene, vi sus ojos llenos de fiereza.

—¡No lo hagas, Mila! —me repitió.

—¿Qué es este medallón? —grité yo—. ¿Por qué es tan importante?

—*Devushka*, ni siquiera puedes imaginártelo —me contestó el mariscal con una voz acariciadora que me puso la piel de gallina.

—Escúchame, Mila… —murmuró Irene.

Con la mano en el bolsillo, apreté el medallón, la hojita y la llave. Y mis dedos encontraron otro objeto, del que me había olvidado.

—¡Aquí está, aquí tiene el medallón, pero ahora soltadlos! —exclamé tendiendo el brazo derecho frente a mí para enseñar el contenido de mi mano.

El mariscal se acercó apuntándome con la pistola; después, de repente, empujó a Irene hacia delante, librándola de la amenaza del cuchillo, y se apoderó del medallón, la llave y la hojita.

—¡No! —dijo Asia con un grito roto.

—¡Déjalo libre a él también! —dije señalando a Lupin.

—Ah, mi pequeña *devushka*, ¿no has comprendido que de aquí no se va nadie salvo nosotros? —replicó el mariscal, enseñando sus dientes de lobo.

—¡Mila! —gimió Irene, abrazándome en un intento de servirme de escudo con su cuerpo.

Pero cuando el mariscal y su esbirro estaban a punto de abrir fuego, unos haces de luz traspasaron la oscuridad del muelle.

Alguien dio gritos en polaco.

—¡Los soldados del puesto de control! —exclamó el hombre con el antojo en la mejilla.

El mariscal miró las luces que se acercaban, nos contempló una última vez y luego se fue corriendo tras hacerle seña al otro de seguirlo.

—¡No tenías que haberle dado el medallón, Mila! —dijo abatida Irene.

—¡¿Por qué, qué era esa cosa?! —le pregunté yo, desasiéndome de ella.

Irene me señaló a Asia. Incluso en la oscuridad podía ver lo pálida que estaba. A sus ojos les costaba permanecer abiertos, pero consiguió dirigirme una mirada llena de desesperación y reproche.

—Le has… dado… a ese…

Me arrodillé a su lado.

—¡No te alteres, Asia, ahora te llevaremos con un médico! No debes malgastar fuerzas.

Fue como si no hubiese hablado.

Asia intentó inclinarse hacia mí y sus ojos ardientes buscaron de nuevo los míos.

—*Sestra*… Le has dado a ese hombre…

—¡No, Asia! Mira… —balbucí yo, negando con la cabeza, y saqué del bolsillo la llave. La verdadera llave que se encontraba en el medallón. No la que le había dado al mariscal, que no servía más que para abrir un reloj roto en forma de huevo fabricado por Franz *el Relojero*.

—Esa llave… —se estremeció Holmes, intuyendo lo que acababa de suceder.

También Asia miró la llave y su rostro se iluminó por un instante. Volví a ver la mirada que me dirigía cuando, de pequeñas, una de nuestras travesuras nos salía especialmente bien. No duró más que un segundo, pero aquella mirada fue el regalo más preciado que haya recibido en toda mi vida. Después de haberme hecho aquel obsequio, Asia cerró los ojos y expiró entre los brazos de Holmes.

Mi recuerdo de lo que ocurrió después es increíblemente confuso. Los militares polacos nos encontraron y nos arrestaron. Tuvieron que cogerme entre tres para levantarme, ya que quería quedarme

con Asia. Se nos llevaron a todos.

Estuvimos horas en un cuartel, Irene y Lupin mostraron pasaportes diplomáticos, amenazaron y halagaron, discutieron y negociaron. El nombre de Mycroft Holmes se mencionó más de una vez. Y también más de una vez sonó el teléfono de baquelita al fondo de la oficina. Yo no dejé de apretar la misteriosa llave en la palma de mi mano y, cuando nos pusieron en libertad al amanecer, me di cuenta de que su forma se me había quedado impresa en la palma por la presión de los dedos. Irene me pidió que se la entregara, diciéndome que la guardaría ella. Yo estaba demasiado cansada para pedir explicaciones o para negarme y discutir. Abrí la mano y ella la cogió antes de que se me cayera.

—Así que has conseguido darle a Kinzhal otra llave —constató Sherlock Holmes mientras esperábamos a que nos permitieran ver a Asia.

—Le he dado la del huevo decorado con flores. Se me quedó en el bolsillo aquella noche en Viena —respondí señalándome el abrigo, para entonces con rasgones y estropeado.

Sherlock Holmes me dirigió una mirada enigmática. Ya no había ni rastro de fastidio en su actitud hacia mí. Sin embargo, algo me preocupó en su inesperado cambio.

Irene declaró que Asia era hija suya. Su parecido conmigo y las importantes personalidades a las que, como habíamos demostrado, podíamos recurrir convencieron a los empleados del depósito de cadáveres. Anastasia Romanova, la última descendiente de los zares de Rusia, fue enterrada dos días más tarde como Asia Adler en un pequeño cementerio de Danzig.

Aquella misma tarde nos embarcamos para regresar a Inglaterra. Lupin decidió acompañarnos, afirmando que ya no había nada que lo retuviera en Francia. Pensé en la foto de la mujer que me había enseñado. También él había perdido a alguien importante en tiempos recientes.

Quizá por eso, una vez a bordo, se me acercó cuando estaba sola mirando el mar, en realidad viendo solamente los ojos de Asia en aquel último momento en que había estado conmigo.

—Estás enfadada con ella —dijo simplemente.

No había necesidad de especificar más. Se refería a Irene, con la cual yo apenas había hablado desde que habíamos salido del

cuartel.

—Ella sabía lo del medallón… Estoy segura de que no nos lo ha dicho todo.

—Irene es así —suspiró Lupin—. Pero no me cabe duda de que tendrá buenas razones para comportarse de esta manera.

—¿Como cuando se burló de vosotros y os abandonó en aquel muelle? —dije yo, picada.

Lupin bajó los ojos y de sus labios escapó una breve risa.

—Dicho así, parecemos dos completos idiotas.

—No quería decir eso.

Él volvió a mirarme con una luz limpia en sus ojos rodeados de una densa trama de arrugas.

—Pregúntaselo. Pregúntale qué es esa llave.

—¿Tiene alguna importancia? —respondí yo, encogiéndome de hombros.

—La tiene, en vista de que Asia e Irene hicieron de todo para mantenerla oculta.

—Asia ya no está.

—Pero Irene sí. Y si de algo estoy seguro es de que haría cualquier cosa por tu bien.

Dirigí una mirada rencorosa a mi espalda, donde podía ver a Irene observándome a lo lejos, y repuse:

—Irene solo piensa en sí misma.

Lupin meneó la cabeza, haciendo ondear su cabello blanco.

—No. Irene piensa mucho en los demás. Cuando se marchó, hace muchos años, lo hizo para no arrastrarnos a Sherlock y a mí a una situación que nos sobrepasaba. Si se hubiese quedado en Europa, los tres nos habríamos convertido en marionetas de un teatrito bastante peligroso. Y aunque éramos buenos, éramos tan jóvenes…

—Sherlock nunca se lo ha perdonado —dije yo con brusquedad.

—Y tú lo entiendes perfectamente, ¿no es cierto? —Arsène sonrió—. Es normal, os parecéis mucho. Veis cosas que los demás no ven. Pero hay algo que sé de Sherlock desde hace muchos años y que quisiera decirte.

—¿El qué? —pregunté a la defensiva. ¿Adónde quería ir a parar con aquellas extrañas palabras?

—Siempre ha sido demasiado… intransigente. Con los demás,

pero sobre todo consigo mismo. Recuérdalo.

—¿Por qué me lo dices?

—Para que no acabes como él —dijo Arsène—. ¿Qué crees que hay detrás de esa mirada dura, esas réplicas desdeñosas, ese encogerse de hombros?

—¿Qué hay?

—Un mar de arrepentimientos, Mila, en el que corre el riesgo de ahogarse cada día que sale el sol.

Aquellas palabras me impresionaron.

—Eres duro con él.

—Él lo es más. Y ya te he dicho que, a mi juicio, os parecéis mucho.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—Que no es culpa tuya que Asia ya no esté. Esa chica tuvo que luchar contra una corriente demasiado fuerte… Has intentado salvarla con gran valor, Mila. Nosotros te hemos ayudado y creo no mentir si digo que hemos tratado de hacerlo lo mejor que sabemos. No ha sido suficiente y ella se ha ido… Pero no es una carga que debas llevar sobre tus hombros.

Todas las lágrimas que no había derramado hasta entonces empezaron a correr por mis mejillas. Quise detenerlas, apreté los dientes y me tapé los ojos con las manos. Pero tenía un nudo en la garganta tan fuerte que para deshacerse se adueñó de mi voz y me hizo balbucir frases inconexas y chillar como una niña pequeña. Era consciente de las miradas atónitas de la gente a nuestro alrededor y lo único que quería era encogerme sobre mí misma y desaparecer, pero sentí que Lupin me estrechaba en un abrazo protector.

—Chist, chist… No se te pasará, pero mejorará un poco día tras día. Soy lo bastante viejo para saberlo, ¿no crees?

CAPÍTULO 17

LLEGADA A BRIONY LODGE

Irene y yo casi no hablamos durante el viaje de regreso. Ahora, al cabo de muchos años, comprendo que en aquel momento ella no supiera cómo comportarse conmigo, pues estaba convencida de haberme desilusionado para siempre. Había estado segura de poder salvar a Asia y lo sucedido le había hecho comprender que no era invencible. Y, fundamentalmente, que no tenía la certeza de poder protegerme de todo, al igual que no había conseguido proteger a aquella joven que se me parecía tanto. Ejecutamos durante días una especie de danza para dos bailarinas, extraña y silenciosa. Procurábamos no permanecer juntas, a solas, demasiado rato, ni mirarnos a los ojos, y usar como escudo a Lupin, sobre todo, pero también a Holmes.

Los dos se prestaron de buen grado a interpretar aquel papel y, en cuanto a Holmes, me pareció que, tras los dramáticos acontecimientos de Danzig, las aristas de su carácter se habían ido suavizando. Lupin y él incluso llegaban a conversar relajadamente casi sin intercambiar pullas o insinuaciones. O, si lo hacían, era solo por escenificar un pequeño espectáculo que pudiese ofrecer a Irene o a mí un poco de entretenimiento.

Al volver a pensar en aquel largo viaje, que pasé más escuchando que hablando, me doy cuenta de que en las palabras de Holmes y Lupin había algo más profundo que solo ahora comprendo. Creo que ambos estaban tanteándose mutuamente para saber si, después de todos aquellos años vividos por caminos tan diferentes, su amistad podía recomponerse de algún modo.

Es así, por tanto, cómo los recuerdo en aquel momento: sentados a una mesita, charlando. Arsène sonriente pero con una sonrisa para

entonces más tenue y melancólica, Sherlock siempre serio pero con continuos destellos de curiosidad que relampagueaban en sus ojos, lo cual probaba que encontraba dignas de interés las historias de su amigo de otros tiempos. Un privilegio del que podían gozar pocas cosas en este mundo.

—¡Ya estamos en casa! —anunció Irene cuando el carruaje que nos había conducido desde el puerto a la ciudad se detuvo en Serpentine Avenue—. Esta es Briony Lodge.

—Briony Lodge —repitió Holmes, perplejo.

—¿Qué ocurre, no te gusta? —le preguntó Irene con una pizca de ironía en la voz.

—Pésima situación. Zona demasiado expuesta, excesivamente animada para ser una pequeña calle en un barrio tranquilo —comentó él, señalando el ir y venir de transeúntes que mataban el tiempo en la calle.

A mí, en cambio, me pareció espléndida. Era una casona de dos pisos que daba directamente a la calle, con jardín en la parte trasera.

Irene nos hizo entrar. En la parte derecha había un salón de mobiliario un poco anticuado pero elegante, con enormes ventanas que dejaban entrar mucha luz.

—¡Y los cierres parecen datar de los tiempos del rey Jorge I! —resopló Sherlock, señalando las ventanas—. Incluso un niño podría hacerlos saltar sin dificultad.

Lupin ladeó la cabeza como evaluando la afirmación y, con una mueca, dijo:

—¡En esto hay que reconocer que nuestro viejo Holmes tiene razón!

—De acuerdo, hay que modernizarla un poco, pero diría que podemos establecernos aquí… —replicó Irene, encogiéndose de hombros—. Mila y yo, quiero decir —añadió sonriendo tras un momento de vacilación.

Aquella puntualización era totalmente superflua; sin embargo, me cogió por sorpresa.

Una sorpresa dolorosa.

Era como si solo en ese momento comprendiera que nuestros compañeros de aventura no se quedarían con nosotras. Se me hizo un vacío en el corazón y me asombré de cuánto formaban parte ya

de mi vida aquellos dos. Eran personas extraordinarias que habrían podido enseñarme muchísimo… y, sin embargo, estaban a punto de marcharse como si tal cosa. El instante de dicha que me había regalado la visión de aquella gran casa pasó súbitamente y me ensombrecí de nuevo. Entonces sonó la campanilla.

—Debe de ser el mayordomo que me envía la agencia —dijo Irene, y se apresuró a abrir.

Yo la seguí, curiosa, y me encontré delante a un chico poco mayor que yo con pelo negro perfectamente peinado, con flequillo ondulado, y la mirada más elegantemente impertinente que había visto nunca. En condiciones normales tal vez le hubiera cogido simpatía enseguida, pero mi fúnebre humor hizo que me pareciese molesto e inoportuno.

Él nos hizo una leve reverencia a mi madre y a mí.

—Buenos días, me llamo Billy Gutsby, me envían de la agencia —dijo.

—¿Y en la agencia saben que eres menor de edad, Billy Gutsby? —dijo Sherlock Holmes, entrometiéndose con sus modales expeditivos.

El aspirante a mayordomo lució una sonrisa radiante que tuvo el efecto de desmoronar, un poquito al menos, mis defensas y respondió:

—No, me temo que no lo saben. Por desgracia, la edad puede ser un impedimento, pero un joven lo bastante voluntarioso y emprendedor puede esquivar fácilmente ciertas convenciones sociales y tener la esperanza de dar con personas igual de abiertas, que consientan en ponerlo a prueba.

—¡Pero míralo, este muchacho ya me cae bien! —exclamó Lupin —. ¿Tú qué dices, Irene, lo contratamos?

—¿«Contratamos»? —repitió Irene, sorprendida.

—Era una manera de hablar… —le quitó importancia Lupin.

—Ah, bueno, pensaba que… —balbució ella.

—Pero no, qué va, en absoluto —respondió Lupin, dando rodeos con las palabras del mismo modo—. No quisiera haberte dado idea de que yo…

—No, no, si lo entiendo bien, imagínate…

Sherlock Holmes puso cara de impaciencia, mientras que Billy se quedó respetuosamente en silencio a la espera de eventuales

decisiones.

Aquel intercambio de balbuceos a media voz entre Irene y Arsène me había puesto aún más triste y decidí reaccionar.

—¿Qué te parecería mudarte aquí con nosotras, Arsène? —le pregunté con rapidez, con la voz un poco demasiado estridente.

Mientras miraba de reojo a Billy, esperando que no hubiese encontrado demasiado cómica o ridícula mi voz, Arsène Lupin puso unos ojos como platos.

—Pues, en fin, antes tendría que poner en orden algunas cosas en Francia… —titubeó.

—Pero estamos en el siglo XX y todo se puede arreglar por medio del correo, los telegramas y el teléfono —repliqué.

—Tengo que recoger mis cosas…

—Para eso existen las compañías de transporte —insistí yo, cada vez más aguerrida.

—¡Esta chiquilla es realmente terca! —exclamó Lupin, divertido —. Entonces… de acuerdo, si me queréis con vosotras, me quedaré como guardaespaldas, al menos un tiempo, y luego decidiremos. ¿Irene?

Yo me volví inmediatamente hacia ella y le dirigí una mirada suplicante, pidiéndole su consentimiento. Irene se quedó muda y nos miró a todos uno por uno, incluido Billy, como preguntándonos nuestro parecer.

—¿Preparo una habitación para el señor? —dijo Billy, aprovechando al vuelo la ocasión—. Siempre que la señora Adler acceda a concederle un periodo de prueba también a servidor.

Irene lo miró pasmada y luego soltó una sonora carcajada.

—Pues claro, Billy, pues claro. Te acompaño a ver la casa y a preparar las habitaciones de Arsène —capituló inmediatamente, y señaló a Billy la dirección por la que empezar una pequeña visita a la casa, seguida por Arsène y por mí.

—Os espero aquí —dijo Holmes, indicando un sillón del salón. Su expresión impasible no dejaba traslucir nada, pero me pregunté si acaso no habría sido descortés por mi parte no invitarlo a él también en ese momento. Me detuve un instante, indecisa sobre si remediarlo o no. Pero él miraba ostentosamente por la ventana, sin hacerme caso, y Arsène me llamó:

—¡Ven, Mila, que te pierdes la visita turística!

Con un suspiró, me fui corriendo, esperando poder retomar el asunto en un momento más adecuado.

Billy demostró ser un muchacho con iniciativa. Era muy fuerte para su edad y nos explicó que era hijo de inmigrantes irlandeses, acostumbrado a una vida dura y aventurera. A saber por qué. De todos modos, hablaba como un perfecto londinense, su lenguaje era cuidado y sus modales parecían los de un joven de clase social muy superior.

Lo miré intensamente para captar cada matiz de sus extraños aunque irreprochables modales. Él debió de percatarse, porque de repente me lanzó una mirada abierta y franca, como diciéndome: «Tan solo tienes que preguntarme». Pero yo era una chiquilla de ni siquiera trece años frente a un jovenzuelo poco mayor que yo y, con extrema consternación, no hice más que sonrojarme.

Billy y Lupin hicieron buenas migas enseguida y se esforzaron en volver habitable el ala este de Briony Lodge, en la que había muebles aún más anticuados que los del salón, amontonados contra las paredes y cubiertos de lonas y sábanas viejas. Obviamente, para Arsène fue una cuestión de honor demostrar que la edad no le había restado fuerza y agilidad, así que se empeñó en levantar los mayores pesos y encaramarse a los puntos más inaccesibles. Billy iba tras él como un fantasma, dando muestras de estar a su servicio y pendiente de sus palabras, pero en realidad asegurándose, con gestos rápidos y atentos, de que no se hiciese daño aquel cabeza loca nada joven ya.

—Me parece un acierto —me susurró Irene, señalando a Billy y haciendo a escondidas un veloz gesto con la cabeza a Arsène. También ella tenía la misma impresión que yo.

Los dejamos solos acondicionando los aposentos de Lupin e íbamos a volver al salón con Sherlock cuando Irene se detuvo en mitad de la escalera.

—Todavía no hemos hablado, perdona.

Yo la miré directamente a los ojos, puesto que me había quedado un peldaño más arriba. No sabía qué decir. Lo que había ocurrido era demasiado importante y demasiado malo para poder salir de mi mente en palabras. Y entonces la abracé.

—Te quiero —susurré.

Fue una de las pocas veces en que se lo dije. Entre nosotras no

había ese tipo de relación. En aquel momento no me importaba conocer la historia de la misteriosa llave guardada en el medallón de Asia, solo quería confiar en mi madre y sentirme en casa. Deshicimos nuestro abrazo instantes después, carraspeando cortadas.

—Quizá convenga volver con Sherlock —me dijo Irene.

—Sí, tienes razón —respondí yo.

Pero, al entrar en el salón, descubrimos que Sherlock Holmes se había marchado.

CAPÍTULO 18

ALGUIEN CON QUIEN CONTAR

Corrí afuera con el corazón en un puño. Sherlock estaba al final de Hereford Road, a punto de montarse en un carruaje.

—¡Espera! ¡Espera, Sherlock! —le grité mientras corría hacia él.

Él, con un pie ya en el estribo, se volvió de sopetón. Era la primera vez que lo tuteaba.

—¡Espera! ¡No te vayas, quédate también! Perdona, quería pedírtelo antes, no me gustaría haberte dado la impresión de desear que solo se quedara Arsène con nosotras…

—¿Sube o no, señor? —preguntó el cochero, impaciente, pero Holmes le hizo un gesto imperioso con la mano y el hombre se calló al instante.

—Vuelve a casa —me dijo Sherlock, seco.

—No, no sin ti.

—¿Por qué? —me preguntó, y en su voz noté un matiz que nunca había oído. Por un momento me pareció derrotado.

—Porque no quiero que te vayas.

—Soy viejo, Mila.

—No es cierto.

—Estoy cansado. Mi lugar está en Sussex, con mis abejas.

—No es culpa tuya que haya muerto Asia.

Desorbitó los ojos, como si le hubiera dado una bofetada.

—No, no lo es. Pero no debería haberme dejado arrastrar a toda esa historia.

—Sin ti no habríamos podido…

—¿Hacer qué? ¿Dejaros vencer por el mariscal Kinzhal?

¿Recuperar una llave de la que no sabemos nada y de la que Irene no nos ha dicho ni una palabra? Teníamos que salvar a una persona y no lo hicimos. Mila, era un juego demasiado grande para nosotros, somos tres viejos y una niña.

—No digas eso.

—Acepté seguiros y me he cubierto de ridículo.

Pensé en todo lo que podía decirle para hacerle cambiar de opinión. Habría querido alentarlo, hacer que razonara, que desistiera. Pero solo me salieron frases inconexas.

—Yo… yo no quiero que te vayas… No te has cubierto de ridículo… Has hecho de todo por ayudarnos… Eres… ¡eres un héroe! Además, Irene te quiere mucho… y también Arsène y… en fin… Y es tarde, además, ni siquiera encontrarás un tren que te deje en casa antes del anochecer.

Él me miró en silencio mientras yo parloteaba sin freno mirándome la punta de los zapatos y con los puños apretados, allí inmóvil en la acera.

—¿Y bien? ¿Señor? —protestó el cochero, nada enternecido por aquella escena.

Sherlock movió una mano como si espantara a un insecto molesto.

—He cambiado de idea —dijo, un poco para sí y un poco para mí—. Es tarde para marcharme, me quedo a pasar la noche.

Billy Gutsby preparó con presteza un cuarto para Holmes también en las habitaciones del ala este. Y a través de la agencia llegó asimismo una cocinera, Mary Cavanagh, de edad un poco más en consonancia con su trabajo y con un portentoso acento irlandés que la hacía casi incomprensible. Billy se ofreció inmediatamente como traductor y, en vista de la hora ya tardía, Irene le concedió también a la mujer un periodo de prueba. He de decir que fue una excelente decisión, porque Mary nos preparó una cena exquisita. El pastel de verduras en particular era tan bueno que Arsène y yo nos disputamos el último trozo. Nadie hizo mención de la llave, ni de lo que había sucedido en Danzig. Por primera vez en mi vida tuve la impresión de formar parte de una verdadera familia. Una familia un poco rara, con una madre de edad inhabitual, dos tíos extravagantes y originales, y una fascinante casona todavía por explorar entera.

Una vez sola en mi habitación, sin embargo, la tristeza volvió a

adueñarse de mí. No podía quitarme de la cabeza a Asia, revivía sin cesar el momento fatal en que me habían arrebatado a mi *sestra*. Pensar de nuevo en la sonrisa que Asia me había regalado antes de su desaparición definitiva hacía que se me saltaran las lágrimas. Había sido lo más bonito que yo había visto nunca, pero también había sido un adiós. Me costó dormirme y tuve sueños muy agitados. Estaba soñando con el mariscal Kinzhal, que me perseguía por el muelle de Danzig, por el interior del teatro, incluso por Viena… cuando de repente oí un ruido.

Abrí los ojos. No había sido parte del sueño. Contemplé la posibilidad de llamar a Irene, pero me sentí tonta. ¿Cómo iba a confiar en mí y revelarme el secreto de la llave si daba muestras de asustarme con el primer chirrido? Descalza, en camisón, salí cautelosamente al pasillo. La casa estaba sumida en un silencio profundo, roto solamente por el ulular lejano e insistente de un búho.

«A lo mejor me lo he imaginado todo, quizá solo sea culpa de ese estúpido búho», me dije mientras bajaba la escalera, pero no conseguía apartar de mi cabeza la idea de que había algo extraño y fuera de lugar. Si lo hubiese pensado bien, habría podido deducir que quizá se tratase simplemente de alguno de los otros ocupantes de aquella casa nueva que, por algún motivo, no conseguía conciliar el sueño y se había levantado a estirar las piernas. Después de todo, a Irene, Sherlock y Arsène, al igual que a mí, debían de atormentarlos pensamientos terribles. Y luego estaban Billy y Mary en su primer día de trabajo en una nueva casa, que podían tener mil razones para sentirse nerviosos por aquel comienzo.

Pero había algo dentro de mí, quizá las pesadillas de las que el ruido me había sacado, que me empujaba hacia el salón. La puerta que daba al pasillo del primer piso estaba abierta. La luz de la luna entraba por las grandes ventanas y vi algo en el suelo.

Sentí que el corazón se me paraba. No podía soportar que alguien más hubiese sido…

No.

No debía pensar en lo peor.

Me acerqué despacio. Era un cojín del sofá tirado en el suelo. Me agaché para recogerlo, refunfuñando y preguntándome quién lo habría dejado allí. Pero enseguida un escalofrío me corrió por la

espalda. Mientras mis ojos se adaptaban a la oscuridad vi un sillón volcado, con el tapizado rasgado. Un cajón tirado al suelo del que salían papeles que se movían ligeramente, acariciados por la brisa que entraba por una ventana entreabierta. Me quedé paralizada y, a continuación, un dolor violento en la nuca me arrancó un grito.

Alguien me había golpeado.

Caí al suelo y me di con las costillas contra el cajón volcado. Sentí un dolor agudo y rodé inmediatamente hasta quedar de espaldas para tratar de levantarme, pero dos manos se cerraron alrededor de mi cuello. Sobre mí se cernía el sicario con el antojo rojo en la mejilla.

—¡¿Dónde está?! —me susurró en voz baja.

—¿El… qué? —conseguí articular, braceando.

No podía respirar. Extendí las manos y traté de arañarle la cara, pero sus brazos eran más largos que los míos y me mantenían a distancia.

—La llave. ¿Dónde está la llave? Nos diste una falsa —me dijo, y apretó aún más.

Sentía que me fallaban las fuerzas, moví los brazos sobre el suelo en busca de asideros a los que agarrarme. Cuando estaba a punto de rendirme, mis dedos encontraron el tirador de latón del cajón. Todavía recuerdo el ruido que produjo el impacto del cajón de madera maciza contra la nariz ganchuda del sicario. Un crujido como de rama rota.

El sicario profirió un aullido feroz y me soltó el cuello para llevarse las manos a la cara.

—¡Estúpida chiquilla! —gritó, y sacó una pistola del cinturón.

Pero en aquel momento una sombra llegó por su espalda y algo cayó sobre su cabeza. El sicario se desplomó al suelo como un árbol abatido. Detrás de él estaba Sherlock Holmes en batín, blandiendo un atizador.

—¡¿Qué ocurre?! —exclamó Irene entrando a la carrera, y un instante después llegó también Lupin.

—El sicario del mariscal —dijo Holmes, señalando al hombre sin sentido.

—¡Quería la llave! —expliqué, palpándome la garganta.

Billy se presentó en aquel momento, con el pelo revuelto, pero debidamente vestido. Miró por un instante al hombre tendido en el

suelo, luego a Holmes con el atizador en la mano y a mí con el cajón que aún sujetaba como un arma.

—Señora Adler, si no disponemos de esposas, voy ahora mismo a buscar cuerdas resistentes —dijo nuestro mayordomo sin alterarse, luego entrechocó los tacones y se fue.

—Irene, ¿qué es esa llave? —pregunté yo, rompiendo el silencio de la habitación.

—No lo sé —contestó ella.

—No es posible —bufó Sherlock.

Irene alzó las palmas de las manos para pedir clemencia, luego se acercó a la pared y, desplazando un panel secreto, sacó la llave y nos la enseñó. Parecía un objeto cualquiera, anónimo.

—No sé para qué sirve, lo digo en serio. El conde G. no quiso revelármelo. Solo me dijo que Anastasia estaba en posesión de la información acerca de algo muy valioso, que ella misma defendería por todos los medios.

—¿Y por qué no insististe?

—Porque a mí no me interesaba esa llave, sino salvar a tu hermana. Lo único que se me dijo al respecto es que, si la llave caía en manos del mariscal Kinzhal, habría graves consecuencias para todos, sobre todo para ti. Por eso traté de impedirte que se la dieras en el muelle —me respondió Irene, y me sentí culpable por haber dudado de ella.

—¿Y qué hacemos con este tipo ahora? —preguntó Lupin.

—Se lo entregamos a los servicios secretos de Su Majestad y ellos se librarán de él —sugirió Sherlock mientras Billy volvía con una gruesa soga y, con su imperturbable sonrisa, se ponía a atar con nudos de marinero las manos y los pies del sicario.

—No querrás darles a los esbirros de Mycroft también la… —dijo Lupin a media voz.

—No se preocupen por mí. No oigo, no veo y no hablo a menos que me lo pida expresamente mi jefe —comentó angelicalmente Billy señalando a Irene con un ademán de la cabeza.

Irene, Holmes y Lupin lo miraron mal, y él, comprendiendo en el acto que no tenía el permiso de sumarse a la conversación, se aseguró de que el prisionero no pudiera escaparse y se apresuró a salir tras hacer una inclinación.

—No, claro que no. No antes de haber descubierto qué es lo que

abre —respondió Holmes.

—¡El código! —exclamé yo, y todos se volvieron hacia mí—. ¡En el medallón había también un código!

—¿Y a qué esperabas para decírnoslo? —se maravilló Holmes.

—¿Lo recuerdas? —preguntó Irene.

—Por supuesto. Es 734090.

—Puede tratarse de una caja de seguridad —supuso Holmes—. Pero no sabemos dónde se encuentra… Podría ser en cualquier lugar de Europa.

—Tenemos que resolver el misterio —dije yo, posando los ojos en cada uno y deteniéndolos en Holmes—. Hagámoslo por Asia.

Él dudo un instante, pero luego asintió.

—¿Estamos todos seguros de querer hacerlo? —preguntó Irene.

Yo sonreí y, abarcándolos con la mirada, respondí:

—¿Quién podría ser más adecuado para esta misión que Sherlock, Lupin y nosotras?